

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

No. 239





PINTURAS OPTIMUS, S.A.

PINO No. 428 MEXICO 4, D.F.
TEL. 47-76-20 CON 10 LINEAS

4/NORTE

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A. C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17 D. F. Tel.: 45-37-17. Registrada como correspondencia de 2a clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D. F., el dia 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

MIEMBRO DE LA CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA EDITORIAL.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal, L. A. E.

ASESOR CULTURAL

Leopoldo de Samaniego

COORDINACION

Daniel García Caballero

JEFE DE REDACCION

Jorge Silva Izazaga

DISEÑO GRAFICO

Ernesto Lehfeld Miller

SECCION POETICA

Juan Cervera

COLABORADORES: Victor Mai-
cas, Emilio Marín Pérez, Miguel
Malo Zozaya, Albino Suárez,
Braulio Sánchez Saez, Joaquim
Montezuma de Carvalho, Claudio
Borja, Manuel T. de Samaniego,
Berenice Garmendia, René Re-
betez, Juan López.

FOTOGRAFIA: Sergio March

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadrada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S. A., Dr. Lucio 139, Tel. 78-67-48 México 7, D. F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA ESPAÑO-AMERICANA

No 239

Sumario

CARTAS DE LA COMUNIDAD	7
EDITORIAL	9
NUESTRO INDIVIDUALISMO	(Ensayo del Director) 10
UN COLOQUIO CON MIGUEL ANGEL	12
LA LIBERTAD Y EL ESTADO	15
SENECA EL RETORICO	17
ORACION DE CORTES A LOS SOLDADOS	Francisco López de Gómarra 18
PARA REFLEXIONAR	19
MAGIN BERENGUER	Albino Suárez 20
¡ESE DON VENUSTIANO!	José Fuentes Mares 21
LA CANCION Y AGUSTIN LARA	Efrén Núñez Mata 22
CONQUISTA DE COAHUILA Y TEJAS	Francisco Frejes 23
INVASION DE MEXICO	26
LAS LETRAS ARGENTINAS VISITAN ANGOLA	César Tiempo 28
AMENA CHARLA CON ROSARIO CASTELLANOS	30
DOLORES DIEZ DE SOLLANO	33
EL MUSEO DE RAMON Y CAJAL	Miguel de Aguilar Merlo 38
DON RAMON MENENDEZ PIDAL	Joaquim Montezuma 41
EL POETA EN LA SOCIEDAD DE MASAS	Luis Ricardo Furlán 45
OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROSIS POLITICAS	Arthur Koestler 48
AGUSTIN LARA	Leopoldo de Samaniego 58
TODO POR EL HIJO	José Maqueda Alcaide 64
LOS INCUNABLES	67
PALOMA	68
LAUD DEO	Manuel Ruano 69
PLACERES CAMPESTRES	Guillermo Prieto 70
CANTO V.	Vicente Géigel Polanco 73
TRES MEDITACIONES DEL QUIJOTE	Adam Rubalcaba 74
PEDRO GARFIAS	75
DOS POEMAS DE LUIS ALVAREZ LENCERO	76
UN POEMARIO DE ANGELES CAINAS PONZOA	77

DE EL PALOMAR ARGENTINA

Como siempre, la revista aborda los temas con dignidad y sus colaboradores prestigian la publicación al posibilitar la difusión de una temática hispanoamericana a rigor de seria y paciente investigación. Y qué decir de sus notas donde Ud. aporta la enjundia de su conocimiento y la plasticidad de su verbo, además de un alto y meritorio espíritu de confraternidad.

Desglosó de su remesa el cuadernillo "La filosofía dinámica de Cervantes a Ortega" cuyos conceptos de meridiana claridad y acendrada filosofía cultural nos acerca las meditaciones lógicas de un lector que escanda la médula del pensamiento clásico y lo dispensa en un tiempo de caos y de reconstrucciones. Haddado Ud. a este trabajo lo esencial de sus meditaciones y en tal sentido la obra sirve a la instrumentación de una metodología neohumanista del hombre actual. No es mi opinión, seguramente, la más valiosa que llegará: el juicio de los críticos le alcanzará, no lo dudo, con todo su poderío de evaluación y le será favorable. ¡Muy bien y adelante!

DE CURITIBA-PARANA, BRASIL.

Recebi, pelo mesmo correio, os Nos. 233 e 234 da apreciada revista "NORTE", essa preciosa publicação surpreendente em seu conteúdo artístico, admirável em seu alto nível cultural, de cuja leitura sempre o espírito sai enriquecido.

A apresentação material, a excelência das colaborações, a superior diretriz que o amigo e seus companheiros seguiram sem desvios, dão à revista uma trajetória ascensional magistralmente marcada pelo cultivo dos valores espirituais.

Ao fazer registo, pois, de minha simpatia e admiração constantes, quero agradecer a remessa de "NORTE" e o encantamento que sua leitura tem me proporcionado. Quero, ainda, destacar seus trabalhos, em prosa e verso, que tanto falam de seu talento, inclusive essa esplêndida plaqueta "La filosofia dinâmica de Cervantes a Ortega", um punhado de inteligência e cultura que confirma sua vocação literária e seu valor autêntico.

Receba, assim, meus agradecimentos e minhas felicitações, igualmente meus votos pelo continuado sucesso de "NORTE" e por sua felicidade pessoal.

Luis Ricardo Furlán

Gracielle Salmon

NUESTRA CIVILIZACION

Es menester que el hombre cazador se torne sedentario para que se inicie con este simple proceso la civilización. En el momento en que se forman las sociedades agrícolas el hombre dispone de tiempo para su perfeccionamiento interior, observa los fenómenos del mundo con más calma, se abstrae en la meditación, dialoga tranquilamente con sus coetáneos, e imita a la naturaleza con sus actividades artísticas, alcanzando con su lirismo una profunda satisfacción espiritual.

Desarrolla pues el hombre su ser individual: sus facultades, sus sentimientos y sus ideas. Y aunque este desarrollo está íntimamente ligado a su elección, decisión y esfuerzo, la posibilidad que le brinda su sociedad de dedicar el tiempo a otra cosa que no sea la procuración de los elementos indispensables para su existencia, es de vital importancia.

Está entonces el progreso de la sociedad ligado al progreso de la humanidad. Es así como el desarrollo intelectual, efecto de la estabilidad material, logra a su vez acelerar el medio que le dio vida, o sea, a mayor actividad intelectual mayores son las posibilidades de progreso social.

Hoy en día el avance de la técnica permite al hombre tener más tiempo libre, pero si este tiempo que sobra no es utilizado, aunque sea en parte, para el cultivo intelectual, habrá dado nuestra civilización un paso atrás, puesto que el medio será un fin en sí mismo, y el fin que es el progreso individual se habrá sacrificado en aras del bienestar material.

Es la cultura el acervo intelectual de la humanidad, que se adquiere mediante el conocimiento absorbido principalmente en la lectura. Y este conocimiento nos lleva a los hispanoamericanos a comprender que en nuestras manos llevamos encendida la tea de la cultura mediterránea que siempre nos alumbrará en el camino del engrandecimiento de la civilización iberoamericana.

El Director

FORO DE NORTE

Nuestro Individualismo

reflexiones
del
director

El hombre ha llegado a ser lo que es a través de dos mil millones de años de filogénesis, o sea de evolución como especie. Descendientes del hombre de Cro-magnon que hace cincuenta mil años se queda entre otros hominoideos como el único representante de nuestro género en el planeta Tierra, dejó de ser naturaleza para convertirse en historia, como dijera Ortega.

Sin embargo, aunque los dos mil millones de seres que formamos parte de la corteza terrestre somos descendientes de una especie única; el clima, el alimento y la cultura nos han hecho diferentes en color, costumbres y carácter.

Ante estos hechos inexorables no nos queda más que conformarnos con nuestra forma de ser, o bien analizar las razones que nos impulsan a ser como somos, porque mucho depende del conocimiento que tengamos de nuestro carácter, para poder sobrevivir culturalmente en los siglos venideros.

Como tal parece que la nave de la Hispanidad va a la deriva, sin tan siquiera un timonel, no ya un plan de ruta que la encamine a seguro puerto, es menester que las aristocracias intelectuales prosigan la búsqueda ya empezada por nuestros eruditos para encontrar nuestro *Gnoti Seauton*.

Ortega nos confiesa: "Si yo hubiese encontrado libros que me orientasen con suficiente agudeza sobre los secretos del camino que España lleva por la historia, me habría ahorrado el esfuerzo de tener que construirme malamente, con escasísimos conocimientos y materiales a la manera de Robinson, un panorama esquemático de su evolución y de su anatomía".

Ortega va al meollo del carácter ibérico al reflexionar sobre su dispersión, su individualismo o particularismo: "La esencia del particularismo es que cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte, y en consecuencia deja de compartir los sentimientos de los demás".

Este particularismo lleva al hombre ibérico por el camino de la desintegración social, de la anarquía, madre de la acción directa y la dictadura.

El hecho de que el carácter del hombre ibérico sea en exceso libertario tiende a provocar el desorden y por reacción la tiranía. Y es este desequilibrio político el que más perjudica nuestro desenvolvimiento cultural. No puede haber cultura sin orden, pero un orden basado en una libertad responsable.

Cuando no existe el orden se rompe el proceso selectivo de nacionales para los puestos clave en toda civilización. O sea, el mando nunca deja de ser oligárquico para convertirse en aristocrático, y la colectividad en manos de gente mediocre no puede organizarse, no ya para absorber, sino para transmitir conocimientos a las nuevas generaciones. En resumen, se rompe el proceso cultural.

Por algo quería inducir Sócrates a los mejores hombres de la comunidad a formar parte del gobierno, aunque para ello hubiera que castigarlos haciéndoles comprender la desdicha de ser gobernados por personas inferiores o menos preparadas que ellos.

Madariaga pone el dedo en el renglón en su magnífico ensayo de psicología comparada: *Inglese, Franceses, Españoles* diciendo en su prefacio: "Brindo el pensamiento a los Estados Desunidos de Suramérica, entre quienes abundan también los separatistas unos de otros y todos del tronco y raíces de la encina hispana".

Es Madariaga el intelectual español que más profundiza en la psicología de su pueblo, y reconoce que el ibero es un hombre de pasión que se deja ir "a la velocidad y a la dirección de la corriente vital". Y esta conducta trae aparejada consigo "tres características: el amoralismo, el humanismo y el individualismo".

El hombre hispano tiene un ego demasiado desarrollado que "se manifiesta con fuerza singular en todo lo que atañe a la defensa de la personalidad contra la invasión del medio. Tal es probablemente el secreto del instinto hostil a toda asociación". Dentro de la escala de valores del español está "primero la familia; luego, los amigos. El Estado ocupa el último lugar".

Una diferencia de opinión puede ser para un hispano una herida al amor propio, porque "las opiniones de un español no son tan solo ideas que lleva en la cabeza, sino convicciones que respira y que circulan en su sangre".

Para Madariaga la pasión es la negación misma de la acción, y encuentra en nuestro carácter una pasividad contemplativa fuente de la que se alimentaba ya el estoicismo senequista. Esta pasividad nos lleva también al defecto específico de nuestro carácter: la envidia, y a nuestra calidad de espectadores ante el fluir de los acontecimientos.

El ser humano que se guía por los consejos de su inconsciente: su intuición, se siente capaz para todo e improvisa. Es pues, el *homo hispanicus* el rey de la improvisación. Esta forma de actuar lo hace negado para la investigación y para la técnica, defecto que ya tenían nuestros hermanos los romanos, "...el intelecto en España es, sobre todo, espontáneo, creador y de la índole del genio, mientras flaquea en el talento crítico y metódico". Es entonces la pasión, el denominador común para todos nuestros actos.

En este conocimiento de sí mismo, el hombre ibérico tiene localizada su característica básica: su individualismo, separatismo, egotismo o egocentrismo, es pues menester ahondar en las razones que nos pueden aclarar el por qué, precisamente nuestros individuos, tienen por lo general esa característica psicológica.

Sabemos por Bergler que todo ser humano cuando sale del claustro materno sigue afiorando el paraíso perdido. En efecto, toda persona nace con un sentido de omnipotencia, omnisciencia y megalomanía, pero ninguna escuela psicoanalítica nos da razón de por qué algunos infantes nacen con más y otros con menos; siendo esta interrogación de tal importancia que casi todos los estudios psicoanalíticos se hacen en torno a individuos cuyo egocentrismo no les permite adaptarse fácilmente a las nuevas circunstancias postnatales, creándose en ellos la neurosis básica: masoquismo psíquico.

El hecho de que desde tiempo inmemorial el pueblo español se caracterice por su estoicismo va en con-

sonancia con su egocentrismo frustrado y derivado hacia el placer inconsciente: masoquismo psíquico.*

Esto nos explica las dos facetas del carácter ibérico: el dinámico, caballeresco o aventurero y el estático, místico o religioso. Cuyos dos impulsos proceden del mismo tronco: el egocentrismo. La diferencia está en que el primer aspecto se defiende agresivamente contra su pasividad, siendo esta agresividad de tipo neurótico como lo podremos comprobar en los grandes capitanes que regó España por el mundo, cuya intrepidez rayaba en la locura, y cuya meta era alcanzar eterno nombre y gloria. El segundo aspecto se deja llevar por su pasividad gozándose intensamente y sublimando sus impulsos agresivo-eróticos hacia la salvación del alma. Pero como el fondo es común, tan estoico fue Cortés en su viaje a Hibueras como Kino a Californias.

Pero seguimos con la misma interrogación: ¿Por qué somos más egocentristas que las demás razas o grupos culturales?

Creo sinceramente que el hombre hispano es un hombre que en su individualismo mucho se parece a todo hombre mediterráneo, aunque en él se note en forma más acentuada. Y ha estado pues este hombre sujeto a un proceso evolutivo-cultural más avanzado, lo que tuvo que haber influido en su carácter.

Ahora, de ser verdad que la necesidad crea el órgano, genéticamente tuvo que progresar su neocortex (cerebro) más que el del hombre que vivía en las tinieblas.

Sabemos que el pensamiento del primitivo es entre otras cosas colectivo, poco individualizado, poco crítico, estereotipado: es decir, se aceptan sin revisión personal las creencias vigentes en la comunidad, nos dice Pinillos. Es pues evidente el estado de primitivismo colectivo en que se encuentran hoy en día las razas gregarias.

Pero el gregario ha creado la infraestructura social que permite el desarrollo acelerado de la cultura occidental, mientras el hombre individualista no ha tenido más remedio que incorporarse como un engrane más a la gran maquinaria, y ha sabido ser aprovechado por las grandes sociedades germánicas: Einstein, Fermi, Ochoa, son ejemplos fehacientes. Políticamente es lógico que el gregario haya creado cuerpos parlamentarios al contrario del hombre mediterráneo cuya tendencia al culto de la personalidad no es en realidad más que la potenciación de su propio ego.

COLOFON

Nos dice Ortega que "una raza es superior a otra cuando consigue poseer mayor número de individuos egregios". Pero, ¿de qué sirve tener hombres excelentes cuando sus congéneres no los saben apreciar? Es pues menester, ante todo, crear un cuerpo social consistente que mantenga el orden indispensable para la selección de los mejores individuos, y de esta forma, y no otra, podremos seguir llevando en alto la inapagable tea de la cultura mediterránea.

* Leer Intento de Psicoanálisis de Cervantes. Fredo Arias.

FORO DE NORTE

Un Coloquio con Miguel Angel

«Hay muchos que afirman mil mentiras, y una es decir que los artífices eminentes son extraños y de conversación insoportable y dura. Y así los necios los juzgan por fantásticos, engreídos y soberbios. Mas no tienen razón los imperfectos ociosos que de un perfecto ocupado exigen tantos cumplimientos, habiendo tan pocos mortales que hagan bien su oficio. Los valientes pintores no son nunca intratables por soberbia, sino porque hallan pocos ingenios capaces de entender la sublimidad de la Pintura, o por no corromper y rebajar con la inútil conversación de los ociosos el entendimiento que no quieren distraer de las continuas y altas imaginaciones en que andan siempre embelesados. Y afirma a Vuestra Excelencia que hasta Su Santidad me da enojo y fastidio cuando a las veces me llama y tan ahincadamente me pregunta por qué no le veo; y en ocasiones pienso que le sirvo mejor con no acudir a su llamamiento y estarme

en mi casa, porque allí le sirvo como Miguel Angel, lo cual vale más que servirle estando todo el día de pie delante de él como tantos otros. Y aun he de deciros que tanta licencia me da el grave cargo que tengo, que muchas veces, *estando con el Papa, me acontece ponerme por descuido en la cabeza este sombrero de fieltro, y hablarle con toda libertad, y, sin embargo, no me matan por eso, antes me honran y sustentan.* A quien tiene tal condición como la mía, ya por la fuerza de la disciplina intelectual que lo exige, ya por ser de natural poco ceremonioso y enemigo de fingimientos, parece gran sinrazón que no le dejen vivir en paz. Y si este hombre es tan moderado en sus deseos que no quiere nada de vosotros, ¿vosotros qué queréis de él? ¿Qué empeño tenéis en que haya de gastar las fuerzas de su ingenio en esas vanidades enemigas de su reposo? ¿No sabéis que hay ciencias que reclaman al hombre todo entero, sin dejar en él nada desocupado para vuestras ociosidades? Cuando tuviere tan poco que hacer como vosotros, mátenle si no hiciese mejor que vosotros vuestro oficio y vuestros cumplimientos. Vosotros no conocéis a ese hombre, no le alabáis sino para honrarlos a vosotros mismos, porque veis que tratan familiarmente con él Papas y Emperadores. Yo osaría afirmar que no puede ser hombre excelente el que contentare a los ignorantes y no a la ciencia o arte de que hace profesión, y el que no tuviere algo de singular y retraído, o como le queréis llamar; que los otros ingenios mansos y vulgares fácilmente se hallan por todas las plazas del mundo sin necesidad de buscarlos con una linterna».

Asunto capital de este primer diálogo es la comparación entre la pintura italiana y la flamenca, bajo cuyo nombre comprende Francisco de Holanda todo el arte germánico. No hay que decir en qué términos resuelve la cuestión, él, italianizado hasta los huesos, a pesar de su apellido y de su origen. Pero hay algo de grandioso en su intransigencia misma, y no se le puede negar la razón desde el punto de vista estético en que él se coloca; debiendo tenerse en cuenta además que, desde principios del siglo XVI, la pintura flamenca (Mabuse, Van Orley, Schoreel) había recibido en alto grado la influencia italiana, dando con ello testimonio de su derrota. No es maravilla que Francisco de Holanda, que era un sectario y un dogmatizador intolerante, no transigiese con ningún género de eclecticismo, ni admitiese que pudiera darse verdadera pintura fuera de Italia.

«—Mucho deseo saber (pregunta Victoria Colonna) qué cosa sea el modo de pintar de Flandes y a quién satisface, porque me parece más devoto que el modo italiano.

»—La pintura de Flandes (respondió Miguel Angel) satisfará, señora, a cualquier devoto más que ninguna de Italia, que no le hará nunca llorar una sola lágrima, y la de Flandes muchas; esto no por el vigor y bondad de aquella pintura, sino por la bondad de aquel devoto. A las mujeres parecerá bien, principalmente a las muy viejas, o a las muy mozas, y asimismo a los frailes y a las monjas, y a algunos hidalgos que no sienten ni perciben la verdadera armonía. Pintan en Flandes propiamente para engañar la vida exterior, o pintan cosas que

os den alegría y de que no podáis decir mal, así como santos y profetas. Otras veces gustan de pintar trapos, alquerías, campos verdes, sombras de árboles, y ríos y puentes, a lo cual llaman paisajes, y muchas figuras por acá y por allá; y todo esto, aunque parezca bien a algunos ojos, en realidad de verdad, es hecho sin razón, ni arte, ni simetría, ni proporción, sin advertencia en el escoger, sin tino ni despejo y, finalmente, sin ninguna sustancia y nervio. Y con todo eso, en otras partes se pinta peor que en Flandes, y no digo tanto mal de la pintura flamenca porque sea toda mala, sino porque se empeña en hacer tantas cosas, que no puede hacer bien ninguna.

»Solamente a las obras que se hacen en Italia podemos llamar casi verdadera pintura, y por eso a la que es buena la llamamos italiana. La buena pintura es noble y devota por sí misma, pues no es otra cosa sino un traslado de las perfecciones de Dios y una remembranza de su arte, una música y una melodía que sólo el intelecto puede sentir, y eso con gran dificultad. Y por eso la verdadera pintura es tan rara que apenas nadie la puede saber ni alcanzar. Y más os digo, que de cuantos climas o tierras alumbría el sol, en ninguno otro se puede pintar bien sino en el reino de Italia. Y es cosa imposible que se haga bien fuera de aquí, aunque en las otras provincias hubiese mejores ingenios, si es que los puede haber: Tomad un grande hombre de otro reino, y decidle que pinte lo que él quisiere y supiere hacer mejor; y tomad un mal discípulo italiano y mandadle dibujar lo que vos quisieredes, y hallaréis que, en cuanto al arte, tiene más sustancia el dibujo del aprendiz que la obra del maestro. Mandad a un gran artífice, que no sea italiano, aunque entre en cuenta el mismo Alberto (Durero), hombre delicado en su manera, que para engañarme a mí o a Francisco de Holanda, quiera contrahacer y remediar una obra que parezca de Italia, y yo os certifico que en seguida se conocerá que tal obra no ha sido hecha en Italia ni por mano de italiano. Así afirmo que ninguna nación ni gente (exceptuando sólo uno o dos españoles) puede imitar perfectamente el modo de pintar de Italia, sin que al momento sea conocido por ajeno, aunque mucho se esfuerce y trabaje. Y si, por gran milagro, alguno llegare a pintar bien, aunque no lo hiciere por remediar a Italia, se podrá decir que lo pintó como italiano, y llamaremos italiana a toda buena pintura, aunque se haga en Francia o en España (que es la nación que más se aproxima a nosotros); no porque esta nobilísima ciencia sea peculiar de ninguna tierra, puesto que del cielo vino, sino porque desde antiguo floreció en nuestra Italia más que en ningún otro reino del mundo, y aquí pienso que tendrá su perfección y acabamiento.

»—¿Y qué maravilla es que esto suceda así? (interrumpe Francisco de Holanda). Sabréis que en Italia se pinta bien por muchas razones, y que fuera de Italia, por muchas razones, se pinta mal. En primer lugar, la naturaleza de los italianos es estudiosísima por todo extremo, y si alguno de ellos se determina a hacer profesión de algún arte o ciencia liberal, no se contenta con lo que le basta para enriquecerse y ser contado en el

número de los profesores, sino que vela y trabaja continuamente, por ser único y extremado, y sólo trae delante de los ojos el grande interés de ser tenido por monstruo de perfección, y no por artista razonable, lo cual Italia tiene por bajísima cosa, pues sólo estima y levanta hasta el cielo a los que llama águilas, porque sobrepujan a todos los otros y son penetradores de las nubes y de la luz del sol. Además, nacéis en una provincia que es madre y conservadora de todas las ciencias y disciplinas, entre tanta reliquia de vuestros antiguos, que en ninguna otra parte se hallan; y ya desde niños, sea cualquiera la inclinación de vuestro genio, tropezáis a cada momento por las calles con vestigios de su grandeza, y os acostumbráis a ver lo que en otros reinos nunca vieron los más ancianos. Y conforme vais creciendo, aunque fuéseis rudos y groseros, traéis ya los ojos tan habituados a la contemplación y noticia de muchas cosas antiguas y memorables, que no podéis menos de imitarlas; cuanto más que, con esto, se juntan ingenios extremados, y estudio y gusto incansable. Tenéis maestros singulares que imitan y llenan las ciudades de cosas modernas, con todos los primores y novedades que cada día se descubren y hallan. Y si todas estas cosas no alcanzasesen, las cuales yo muy suficientes estimaría para la perfección de cualquier ciencia, a lo menos ésta es muy bastante: que nosotros los portugueses, aunque algunos nacemos de gentil ingenio y espíritu, como nacen muchos, todavía hacemos alarde y vanidad de despreciar las artes, y casi nos avergonzamos de saber mucho de ellas, por lo cual siempre las dejamos imperfectas y sin acabar. Es cierto que tenemos en Portugal ciudades buenas y antiguas, principalmente mi patria, Lisboa; tenemos costumbres buenas y buenos cortesanos, y valientes caballeros, y príncipes valerosos, así en la guerra como en la paz, y, sobre todo, tenemos un rey muy poderoso y preclaro, que en gran sosiego nos gobierna y rige, y domina provincias muy apartadas, de gentes bárbaras que convirtió a la fe, y es temido en todo el Oriente y en toda Mauritania, y favorecedor de las buenas artes, tanto, que por haberse engañado en la estimación de mi corto ingenio, que, de mozo, prometía algún futuro, me envió a estudiar las magnificencias de Italia y a conocer a Miguel Angel, que está aquí presente. Es verdad que no tenemos la cultura de aquí, ni en edificios ni en pinturas; pero ya comienza a desaparecer poco a poco la superfluidad bárbara que los godos y mauritanos sembraron por la España; y espero que, en volviendo yo a Portugal con la doctrina que en Italia he adquirido, algo he de hacer, esforzándome en competir con vosotros, ya en la elegancia del edificar, ya en la nobleza de la pintura. Pero, hoy por hoy, esta ciencia está casi perdida y sin resplandor ni nombre en aquellos reinos, tanto, que muy pocos la estiman y entienden, a excepción de nuestro serenísimo Rey y del infante Don Luis, su hermano».

Tomado del Desarrollo de las ideas estéticas en España. Ramón Menéndez Pelayo.

FORO DE NORTE

La libertad y el estado

Salvador
de
Madariaga

Cuando, desde el punto de vista del individuo, pasamos al del Estado, llegaremos, desde luego, a conclusiones en armonía con las que acabamos de establecer, puesto que, al fin y al cabo, aunque por distinto polo, vamos a examinar el mismo problema. La idea que desde el polo social corresponde a la de libertad es la de autoridad. Bajo este concepto se pueden distinguir varios elementos diferentes, que se agrupan en tres categorías: **Primera, la latitud que el Estado tiene que poseer para actuar sobre el individuo como guardián de las libertades de los demás ciudadanos; después, la latitud que el Estado necesita para asegurar su propia conservación y su propio funcionamiento; por último, siempre se encuentra en la autoridad del Estado un elemento que emana de la libertad individual de los hombres que lo encarnan en el momento en que la autoridad se ejerce, y este elemento no deja de ser a veces en la mecánica moral de la política el más importante de los tres.**

Es evidente que, en la primera de estas capacidades, el Estado no puede constituir amenaza alguna para los verdaderos intereses de la libertad individual, puesto que aquí la autoridad no es otra cosa que lo que los matemáticos llamarían la integral de las libertades de los ciudadanos. Quizá sea este el momento para apuntar que la libertad individual no es esencial sólo para el individuo, sino también para el Estado, o en otros términos, **el Estado es tanto más floreciente cuanto más cerca del polo libertad se encuentra su línea de equilibrio (su orden) entre la libertad y la autoridad.** Esto no es una mera frase, ni tampoco una vana querencia, ni una ilusión de idealista. Es un hecho que se puede probar. Porque, bajo el régimen de máxima libertad, la fluidez

del medio social es también máxima, y los ciudadanos pueden con máxima facilidad encontrar el rango y función más adecuados a su capacidad, y por lo tanto, por un lado, a su felicidad personal, y por otro, a su utilidad para el Estado. Además, la libertad de pensamiento, indispensable, como lo hemos visto, para el individuo, resulta ser también indispensable para el Estado. Esto puede probarse tanto en política como en cultura. En política, porque el Estado tiene por fuerza que regirse con arreglo a un conjunto de ideas, que pudiéramos designar, quizá pecando de excesiva solemnidad, como una filosofía política o una verdad política; ahora bien, la verdad política puede definirse como la relación menos inadecuada posible en un tiempo dado entre lo que los hombres piensan y el ambiente que les rodea. Esta definición sugiere, por lo menos, dos argumentos en pro de la libertad de pensamiento como factor indispensable para la colectividad; el primero es que esta relación, la menos inadecuada posible, ha de buscarse en cada momento y por un proceso de readaptación continua, es decir, por una especie de experiencia intelectual continua, que implica libertad para investigar y libertad para comunicar los resultados de la investigación; la segunda razón es que lo que se busca es una verdad y un conocimiento colectivos tanto en su objeto como en su sujeto; la colectividad es la que busca conocimiento, y el conocimiento que busca es el de la colectividad; por lo tanto, **sin libertad de pensamiento no hay conocimiento colectivo, y sin conocimiento colectivo no hay colectividad.**

Existe todavía otro argumento que hace a la libertad de pensamiento indispensable para la colectividad por razones políticas. **Dos de las funciones más importantes de la colectividad son la crítica inteligente e informada de la actividad del Estado y la selección de su personal director.** Es apenas necesario insistir sobre la importancia del pensamiento libre para que en un país exista crítica seria, educada para sus delicadísimas funciones e informada con exactitud de lo que hace el Estado. Y si la libertad de pensamiento es indispensable para que haya crítica y para que tenga instrumentos de trabajo, ni que decir tiene que sin ella la crítica no puede actuar. Sin libertad de pensamiento, el Estado actúa en la oscuridad y en el vacío y tiene que degenerar a la fuerza, por el efecto naturalmente corruptor que produce en el hombre el poder sin trabas.

Pero todavía es más importante para el Estado la libertad de pensamiento en cuanto concierne a la formación de los directores que toda colectividad tiene que poseer. Sin libertad de pensamiento no hay opinión pública, ni estímulo para la vida colectiva, ni reflexión y discusión sobre asuntos del Estado, ni hombres públicos.

Este argumento en favor de la libertad de pensamiento por razones políticas lleva, naturalmente, a considerar la importancia que esta libertad tiene por razones de cultura. **La cultura es el más alto de los fines del Estado.** La nación es el vaso en que se moldea cierta forma de vida colectiva, que mantiene el mínimo de continuidad necesario para producir una cultura. La cultura

es, desde luego, para nosotros esencialmente individual. Sólo se encuentra en hombres concretos y como reflejo de ellos. Todos los valores que constituyen una cultura se acumulan por continuidad nacional bajo las alas del Estado; así hallan más fácil los hombres la adquisición de los primeros elementos de información, y por medio de la educación y de las influencias modeladoras del hogar y de la urbe, la recepción de impresiones sociales, morales y estéticas, que son los indicios de la cultura. **La creación y el mantenimiento de un ambiente propicio a la cultura son, por lo tanto, las funciones más importantes del Estado.** Es evidente que, para cumplirlas, el Estado tiene que asegurarse la colaboración libre y espontánea de los espíritus creadores del país, y no es menos evidente que tal colaboración sólo puede obtenerse en un sistema de pensamiento libre, es decir, de comunicación libre del pensamiento y de respeto a la conciencia humana. Suele alegarse que libertad de pensamiento no es más que libertad de error, y que la cultura es cosa de ciencia y de pensamiento riguroso que puede fácilmente hacerse sin libertad. La experiencia enseña que aquellos para quienes no hay más libertad de pensar que la de pensar el error, son precisamente los que así piensan; y el sentido común indica que, puesto que nadie está capacitado para definir **ex cathedra** lo que es error y lo que es verdad, lo que es cultura y lo que es discusión política, la única solución satisfactoria del problema está en la libertad del pensamiento. Las relaciones entre las ideas políticas corrientes y los errores que entre ellas se deslizan con los frutos más seguros y profundos de los espíritus selectos son demasiado numerosas y sutiles para que cualquier extraño intervenga autoritariamente, marcando la frontera con tijeras y lápiz rojo. **De aquí que en la práctica de las dictaduras, el severo índice que se ven obligadas a establecer expulse siempre a un ostracismo mental a los espíritus nacionales más distinguidos, juntamente con los más atrevidos polemistas.** Esto aparte del hecho, más difícil de probar, pero no menos evidente para los buenos observadores, de que la actividad mental termina por agotarse en las jaulas, por doradas que sean. Será, pues, nuestra conclusión que la libertad de pensamiento es tan esencial para la vida del Estado como para la del individuo.

Resulta, por lo tanto, que, en cuanto a una proporción considerable del problema de la libertad, las necesidades del Estado y las del individuo se hallan en perfecta armonía. Esto es un hecho importante, porque con excesiva frecuencia se arguye como si la relación entre libertad y autoridad, que aquí hemos descrito cautelosamente con el término de **polaridad**, fuera pura y sencillamente antagonismo. Que, hasta cierto punto, tal antagonismo existe, es cierto, como lo hemos de ver más adelante; pero siempre queda que la tendencia a la libertad en el individuo es favorable para el Estado en más de un aspecto de la vida colectiva.

FORO DE NORTE

Séneca el retórico

«Así podréis entender cuánto va degenerando cada día el ingenio, y no sé por qué fatal influjo de la naturaleza va retrocediendo la elocuencia. Lo poco que los romanos pueden oponer o anteponer a la insolente facundia de los griegos floreció en la época de Cicerón. Todos los ingenios que han dado luz a estos estudios nacieron entonces. Después las cosas han ido cada día de mal en peor, ya por culpa de los tiempos, porque **nada hay tan mortífero para el ingenio como la corrupción de costumbres**, ya porque ha faltado todo premio para un arte tan laudable, trasladándose toda la emulación a las cosas torpes, únicas que granjean honores y dignidades, o quizás por alguna oculta disposición del hado, cuya maligna y perpetua ley en todas las cosas humanas quiere que, así que han llegado a la perfección, desciendan a lo ínfimo, todavía con más rapidez que ascendieron. Mirad cómo degenera torpemente el ingenio de esta disidiosa juventud, y cómo no vigilan en ningún trabajo honesto. El sueño, el abandono, y, lo que es peor que el abandono y que el sueño, la industria aplicada al mal, se han apoderado en breve tiempo de los ánimos. Sólo les halaga el afeminado estudio del canto y de la danza lasciva, y el rizar de mil modos los cabellos, y el dar a la voz **inflexiones blandas y mujeriles**, y el competir con las mujeres mismas en lo muelle y **re galado del cuerpo**. Tal es la vida de nuestros adolescentes. ¿Quién de vuestros contemporáneos puede llamarse, no ya ingenioso, sino ni siquiera varón de veras? Lascivos, enervados, expugnadores de la honestidad ajena, negligentes de la propia, ¡no consientan los dioses que en tales manos caiga jamás la elocuencia! Id y buscad un orador entre esos que no se muestran hombres sino en la lujuria».

Tomado del *Desarrollo de las ideas estéticas en España*. Ramón Menéndez Pelayo.

Oración de Cortés a los soldados

Francisco
López
de
Gómara

“Ciento está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña que será después muy famosa; porque el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, más se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas virtuallas y todo lo otro que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas paréceme que cuanto de ella tengo menos, he acrecentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen. Mucho mayor provecho, según en Dios espero, vendrá a nuestro rey y nación de esta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuán agradables será a Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia cuando el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará victoria; y el tiempo traerá el fin que de con-

tinuo sigue a todo lo que se hace y guía con razón y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra maña hemos de tener que Córdoba y Grijalba; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo, que nos da priesa. Empero allá haremos así como viéremos; y aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisieredes llevar la esperanza por virtud o la virtud por esperanza; y si no me dejáis, como no dejaré yo a vosotros ni a la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras a la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo”.

FORO DE NORTE

Para reflexionar

En una carta del licenciado Fredo Arias de la Canal, director de "Norte", revista hispano-americana que se edita en México, encontramos algunos pensamientos filosóficos lo suficientemente sustanciosos como para hacernos caer en la tentación de ofrecerlos a la reflexión de nuestros lectores. Mediante los mismos, expone un punto de vista muy interesante acerca de la filosofía existencialista, tan discutida, la cual, por su fundamental carácter dinámico, diverge de la filosofía estática que parte del cogito cartesiano: "Pienso, luego existo".

Nos dice Fredo Arias de la Canal: "Se habrá dado usted cuenta que la filosofía dinámica de Cervantes no es otra que la filosofía existencialista de Bergson, Jaspers, Kierkegaard, Heidegger, Sartre, Ortega y Abbagnano. Es, en efecto, Cervantes el padre del existencialismo. En mi *Ensayo de la 234* (se refiere a la revista Norte) pretendo comprobar esto sucintamente. Pruebe usted a leer el *Quijote* desde la perspectiva existencialista, y se percatará de que la escuela filosófica vitalista alemana es cervantina. Fichte desarrolla toda su filosofía en torno a una cosa que no es otra que la de 'facer hazañas', netamente ibérica. Kieserling reniega de Europa, a principios de este siglo, aseverando que España era el único reducto europeo donde todavía existía una ética vitalista. Y cien ejemplos más. Nuestra desgracia racial es haber caído dentro de la órbita de nuestras propias fuerzas estáticas, que nos llevan sumidos durante cuatrocientos años en la más abyecta miseria espiritual. Mientras las razas germánicas han sabido utilizar lo que fue nuestra dinámica para dominarnos. Sí, fueron ellos los que despertaron su impulso cultural con nuestro ejemplo. La vocación de nuestros pueblos es hispánica. Una tradición cultural mediterránea de 6000 años fue truncada en el siglo XVI. Ahora debemos partir de la dinámica cultural del siglo XV y RENACER. Más vale tarde que nunca es nuestro dicho".

Publicación autorizada por el autor.
28 de abril de 1970

Fredo Arias de la Canal

Tomado de *Tribuna Literaria*. Argentina.

Magín Berenguer

grada y creada para defender todo lo que lleve raíces hispánicas, cultura, idioma, costumbres... En este 230 número conmemorativo del referido aniversario, las páginas centrales están dedicadas al arte rupestre en Asturias y más concretamente a la Cueva de Tito Bustillo de Ribadesella, un trabajo firmado y avalado, con científico conocimiento, por don Magín Berenguer, nuestro primer valor en este arte de la pintura prehistórica, los edificios de lejanas generaciones y otras razones presentes, pero siempre ignoradas no siendo en su inteligencia.

"Norte", además del trabajo documentadísimo del señor Berenguer, publica otro documento no menos interesante: varias fotografías que dan doble valor a su trabajo. Pero no sólo aquí, en el número que señalamos, don Magín Berenguer es motivo de atención por esta publicación altamente afamada y garantizada en y por sus trabajos, sino que también lo es en el número 234 con una amplia reseña biográfica y artística, amén de su fotografía a toda plana. Junto con esto, varias planas más con reproducciones de sus obras, varias de ellas a todo color y logradamente concebidas. Don Magín Berenguer, pintor asturiano, por lo que siempre trabajó en pro del arte en Asturias bien merece esta atención en una de las principales publicaciones de España y América. Sin que nos envanezca el orgullo, nos sentimos satisfechos por haber puesto a la dirección de esta revista en contacto con este alto artista asturiano.

No ha de pasar un número sin que "Norte" tenga algo referente a Asturias. En estos dos números que hemos citado, los trabajos abundan preferentemente sobre todo lo que sea hispanidad. Varias antologías poéticas y, entre clásicos y modernos, otros trabajos, como entrevistas, cuentos, reportajes. Y una respuesta al escritor Maqueda Alcaide, la que es otra continuación de una respuesta mía publicada en Asturias, de que Pemán no es TODAVÍA el mejor poeta español. Cervera Sanchís acierta y atina en valorar qué vates se pueden considerar auténticos, cosa que no se puede decir del académico señor Pemán (don José María). Claro que Cervera Sanchís omite, no obstante, otro poeta: a Alfonso Camín.

Las firmas que aparecen en "Norte" dan, a la hora de hacer valor y recuento de garantías, toda la solidez que la fama une a su carro: desde Salvador de Madariaga a Malo Zozoya; de Federico C. Sáinz de Robles a Alfonso Camín, hay toda una larga lista de colaboradores, escritores y poetas que dan total y absoluta garantía a esta publicación, que haciendo historia, procurando levantar los valores hispánicos, no se olvida de los hombres que más han representado cultural y espiritualmente dentro de España como de América. Nos falta decir, para terminar, que las dos portadas de estos indicados números están, para más gloria astur, representados por una pintura rupestre de la cueva de Tito Bustillo y la otra por un brioso caballo, obra del mencionado señor Berenguer. El arte de Asturias va al frente de las mejores publicaciones de la Lengua Española.

Albino Suárez

Publicado en: *La Voz de Asturias*.

La gran revista "Norte", portavoz siempre del preclaro poeta astur Alfonso Camín, al cumplir su cuarenta aniversario —cada cual siempre en ascenso y mejoramiento— ha logrado una edición especial para conmemorar tan señalada fecha de efemérides. Decimos, para que cada cual se lleve su gloria, que esta revista hace dos años largos que es pilotada, dirigida y mantenida, ante el retorno de nuestro mejor poeta Alfonso Camín a España, por el joven mexicano don Fredo Arias de la Canal, con origen en Asturias, y respaldada por el Frente de Afirmación Hispanista, que es una asociación lo-

FORO DE NORTE

¡Ese
don
Venustiano!*

José
Fuentes
Mares

No creo que se haya dado suficiente realce al hecho de haber sido don Venustiano un sereno campeón del gran ideal hispánico, o sea de la esencial comunidad de intereses entre las naciones americanas de origen español. Alamán fue el primero con su fracasado Congreso de Panamá, y luego Carranza. Todo lo demás en Hispanoamérica ha sido yanquofilia o indigenismo; querer vernos como apéndice cultural y económico de los Estados Unidos, o querer hacer de este país un calpuli azteca. Carranza era norteño, y los norteños son pochos o llevan en su alma el ideal ecuménico de la hispanidad. Recibió a Manuel Ugarte, un agresivo argentino que defendía el Ser de nuestra América contra el imperialismo yanqui; agasajó con todos los honores a los cadetes de la fragata argentina *Sarmiento*; un grupo de estudiantes recibió becas para visitar los países hermanos del Sur, y en un discurso que pronunció en Matamoros reiteró su posición iberoamericana: "Debemos unirnos, como lo hemos estado haciendo durante la lucha, para que en la época de paz y reconstrucción, después de esta guerra que ha realizado una transformación radical en todos los sistemas, podamos llegar a la meta de nuestras aspiraciones, logrando el engrandecimiento de toda la América Española. Digo sobre todo de la América Española, porque a ésta la forman naciones que por su poca significación no han ocupado todavía el lugar distinguido que les corresponde en el progreso de la humanidad".

En varios discursos de Carranza se puede apreciar cómo despertaba él una segura conciencia del destino común de los pueblos iberoamericanos. El solo hecho de hablar de la América Española y no de la América Latina, concepto éste fraguado por franceses y por yanquis, coloca a Carranza al nivel de los hombres capaces de intuir que existe un mundo hispanoamericano con problemas económicos semejantes, con identidad de destino cultural y, dicho sea sin rodeos, con el perfil de una gran nacionalidad. Dentro de esa nacionalidad cabe por supuesto España, que sólo cobra significación como provincia hispanoamericana, al nivel de México, de Chile y del Perú. Ser naciones hispánicas, y ser hombres hispánicos, es algo de lo más importante que algo o alguien pueda ser hoy. Todo lo demás es provincialismo, como ser guatemalteco, ser mexicano o ser español. Nuestro mundo es más amplio, un mundo hispánico que dejó de ser español para ser nuestro. Nuestro: el de una veintena de países. España incluida. Carranza tuvo esa intuición porque fue un mexicano del Norte. En el Sur privan todavía complejos aztequistas que no tienen sentido para los hombres de allá.

* Extracto

Tomado de *Diorama de la Cultura. Excélsior*. 11 de octubre 1970.

La canción y Agustín Lara

Efrén
Núñez
Mata

Hace años en mi cátedra de la Escuela Normal Superior, de la Universidad Nacional, me atreví a decir que la canción de Agustín Lara, en lo que se refería a la letra no satisfacía las reglas ni exigencias de la literatura. El metro se dislocaba y las ideas vagaban en un mundo extraño a la estética y aun a la moral.

Un murmullo se oyó en el salón. Me honraban escuchando mi plática un poco más de sesenta educadores inteligentes y cultos.

Una voz se elevó. Era la de la muy estudiosa y digna, hoy doctora Rosario Gutiérrez Eskildsen. Me dijo que le diese tiempo para reunir las letras y podría entonces comprobar que yo no tenía razón. Así fue como después de algunos días, ante el concurso de mis alumnos, co-

menté sabrosamente los versos que adornaban la inspiración de Agustín Lara.

Era verdad. Había algunas ingeniosas; otras bellas; algunas en que no cuajaba aún el héroe de la canción popular.

En aquel tiempo el aire se poblaba con el gusto de la *Aventurera*, perdida en los barrios bajos de la sociedad metropolitana, o se detenía en *Rosa*, de trémulos amoresos.

Se habló entonces, y aún se habla, de influencias musicales. No entiendo de asuntos musicales y mal puedo decir de esos compromisos de familia en el arte, igual en todas partes del mundo. Lo que debo afirmar hoy es que he sentido equivocarme rotundamente en lo que es el músico popular.

No comparto todas sus ideas y sigo pensando que una letra que levantara el espíritu del pueblo en sus canciones me habría contentado más como educador. Hay un deber en el artista; el que lleva una suma de fuerza y amor a todos y el que, recreando, impulsa al gran destino de los hombres y los pueblos.

Me ganó Agustín Lara. Se metió en el alma de las muchedumbres no sólo de México sino de las Américas. Volcó en más de una ocasión oro puro. Hoy podrían escogerse muchas composiciones que valen por la inmortalidad de cualquiera. La *Maria Bonita* la cantó todo México con una dulzura emotiva que parecía renacer en cada viejo corazón.

Agustín Lara ha sido auténticamente inspirado, sentimental. Enseñó a cantar a un pueblo desengañado y triste en otro tono, que el que se cobija en el corrido del mal; pero sí en el dolor angustioso, en la desesperanza cautiva. Es el lado hondo y trágico que México ha vivido durante largos días. Ese es Agustín Lara: un cantor de los pesares del pueblo mexicano y que encendía el drama con la música popular o se volvía por pegadiza y resuelta por no esconder un ángulo de la vida. Porque si hemos de decir verdad, Agustín Lara ha dicho su propio dolor en la canción.

Ahora que murió rico de fama, el cancionero obtuvo lo que significa la lucha tremenda del arte. Tendrá voces que le susurrarán en este recuerdo la dulzura de sus canciones, que es el mejor pago de todos los de México, y el hombre sonreirá, pensando, acaso, que la vida es una gran aventura y el hombre un gran aventurero; pero que todos, al fin, reconocerán que vivió y dio una gran lección de entusiasmo y de gallardía a los tristes y a los que aman todavía un farolito que alumbra una calle misteriosa y callada, o suelta los canes de la melancolía con la marimba robusta que suena en el endeble corazón.

Tiene la canción popular el genio de la raza y quien logró inmortalizarla y remozarla, como lo hizo Agustín Lara, merece el homenaje caluroso de todo un pueblo.

El mayor gusto será decir que en su patria, algunas ocasiones olvidadiza de sus hijos, le ha rendido la flor de su cariño cantando con él los versos afligidos en que se enredaron, como una rosa fragante, a nuestros labios.

FORO DE NORTE

Conquista de Coahuila y Tejas

Historia breve de
la conquista de los estados
independientes del
antiguo Imperio
Mexicano

La Nueva Extremadura o provincia de Coahuila, es límitrofe a la de Tejas o Nuevas Filipinas; ambas se tuvieron por una sola, confinan por el oriente con la costa del golfo de Méjico y Estados Unidos por la parte occidental de la Luisiana, por el occidente con la Nueva Vizcaya y Nuevo Méjico, por el mediodía con Nuevo León, y por el norte se ignoran sus límites, que pueden extenderse hasta el grado de 42 de latitud boreal. Es la tierra más fértil que posee la República Mejicana, aunque poco templada, pues prevalecen los inviernos; en la mayor parte de su extensión no hay cerros; pero abunda en montes espesos de exquisitas maderas, arbustos y plantas medicinales; se reproducen allí de un modo extraordinario los ganados de toda especie; abandonadas en algunas épocas de agresiones desoladoras de los bárbaros, las manadas de caballos y mulas se han multiplicado tanto, que se encuentran atajos de mestieños en todas direcciones. Las costas que tiene al golfo, son muy abiertas, y acomodadas para puertos y arsenales. Sólo el abandono del gobierno pudo ser causa de que se retardase la colonización de tan dilatadas y feraces provincias. Corren regando todo el territorio y a las más proporcionadas distancias, de 10 ó de 15 leguas, ríos caudalosos que tienen los más su origen en las sierras occidentales; el río Bravo del Norte es el más célebre, atraviesa por la provincia de Coahuila y después de fertilizar más de 300 leguas entra al golfo por Matamoros.

Se habían suspendido ya las conquistas de estos estados hechas casi todas a fuerza de armas, por los años de 1670, ciento cuarenta después de la invasión de Jalisco por Nuño de Guzmán: aún había muy pocos pueblos civilizados, y apenas algunos puestos militares en las fronteras inmediatas a la inmensa gentilidad que poblaba las tierras del norte; los presidios de Chihuahua y Saltillo eran los más internos, pero no podían contener, como se deseaba, las agresiones de los bárbaros que no se querían rendir al yugo español. De estos unos pertenecían a las tribus errantes que salieron del centro del país huendo de los conquistadores; y otros a pueblos que desde su origen disfrutaban de su libertad natural.

Siendo por lo expuesto las provincias de que trató las más difíciles de conquistar, quiso en esta vez el Autor de las sociedades confundir el orgullo de los hombres, y dispuso que la reducción de los indios del norte fuera obra de un solo fraile. Había salido del pueblo de Atoyac, no lejos de Colima, en donde había una vicaría de la provincia de San Francisco de Jalisco, el P. Fr. Juan de Larios, natural de Sayula, con dirección a la ciudad de Durango a cierto negocio; luego que lo concluyó se regresaba a su convento cuando a dos días de jornada se encontró con un grupo de indios gentiles que lo contuvieron impidiéndole con el mayor empeño que diese un paso adelante, pero la sorpresa que debió producir en el padre este hecho y el temor de perder la vida en aquel acto, desaparecieron a vista de los ademanes de cariño y benevolencia que advirtió en los que creía enemigos. Por señas le dieron a entender que eran de tierras lejanas, que sus tribus eran muy numerosas, que todas eran mansas y adictas a los españoles, y más a los toatches o sacerdotes, y que le suplicaban se fuese con

ellos a echarle las aguas santas en la cabeza. No se necesitaban más demostraciones para que el P. Larios se enterneciese, y manifestara a estos predestinados la buena voluntad que tenía de seguirlos; pero les dijo que él estaba sujeto a voluntad ajena, cual era la de sus superiores que vivían muy lejos, que andaba en asuntos a que ellos mismos lo habían destinado. Se vio no obstante obligado a hacer alto en aquel punto porque los indios ya no lo dejaron pasar adelante y por más de un día se entretuvieron el padre y los indios en deliberaciones de que resultó la determinación de que sí se había de ir de allí con ellos, y que supuesto que era preciso dar aviso a sus prelados fuesen algunos hasta Guadalajara a dar cuenta de lo que le pasaba. Escribió el padre Larios todo lo sucedido al R. P. Provincial Fr. Juan Mohedara, y se resolvió a partir con sus raptos, entregado en manos de la Providencia, hasta donde quisieran conducirle. Es inútil hacer las muchas reflexiones que sugiere este suceso, pues por sí mismas se están manifestando, solamente diré, que de la heroica resolución del padre Larios dependió el descubrimiento y conquista de las tres grandes provincias de Coahuila, Tejas y Nuevo León.

Tomó el camino la caravana de indios con su misionero por el nordeste, y como las primeras voces que les oyó el padre cuando lo detuvieron, fueron Coahuila, Coahuila, así se llamó hasta el día la primera misión que se fundó y toda la provincia, llegaron felizmente después de veinte días, a una ranchería de indios, que con demostraciones de alegría recibieron al padre. Todos, desde el jefe de la nación hasta el último se le colgaban al cuello, y le daban ósculos de paz; siguieron con las mismas demostraciones de amor y reverencia visitando las otras tribus y caciques amigos, y ninguno de aquellos felices indígenas desmintió jamás el aprecio con que era recibido el padre Larios y después sus compañeros.

Comenzó el padre su misión por formar una capilla de madera y ramas; los indios trabajaron mucho en esto y en hacerle a su misionero una habitación y adelantaron tanto en el catequismo, que en breves días tuvo el padre Larios más de quinientos cristianos en su compañía. Tres años dilató la fundación de toda forma de las misiones de Coahuila, a cuyo efecto salieron de Guadalajara los padres Fr. Esteban Martínez, Fr. Manuel de la Cruz y Fr. Juan Barrero. Entre tanto le sucedió al padre Larios el caso siguiente.

Eran las tribus que habitaban en aquel país los coetzales, bausorigames, tocas y tobozos. Determinó el padre hacer una visita general a todas ellas, y se internó a larga distancia acompañado solamente de cinco indios de los coetzales, siendo el principal y cabo de la escolta un capitancillo llamado Diego Francisco. Llegaron a un punto, que hoy es la misión del Nombre de Jesús, y encontraron allí como 300 indios tobozos, los cuales luego que vieron al padre y la poca gente que llevaba, se resolvieron a matarlo y hacer baile o mitote, como ellos llaman, con su cabeza. Resistieron a todo trance los coetzales; mas viéndose perdidos por ser tan pocos, propusieron un partido a sus enemigos, y fue, que comenzase la diversión por un juego de pelota, que si ellos perdían ganaban los tobozos la cabeza del padre; y si al contrario, los dejase

ir libremente. Aceptaron los bárbaros tobozos el partido, y entre tanto metieron los coetzales al bendito padre en el hueco de un árbol viejo que proporcionaba alguna defensa. No fue inútil la prevención, porque por desgracia perdieron los indios cristianos el juego; pero decididos a morir en defensa de la vida de su padre y benefactor, se pusieron de espaldas contra el árbol para defenderlo en todas direcciones. Nunca se vio cuadro más pequeño, ni más natural de una desesperada defensa. Diego Francisco habló a sus contrarios diciéndoles: "Lo que fue juego ha de ser ahora veras, acometed si queréis, pero nosotros estamos decididos a morir matando." Comenzó la acción: los coetzales solamente acometían a los que se les acercaban sin disparar sus flechas que reservaban a un tiro seguro, y los tobozos estaban confiados en la multitud, cuando reflexionaron habían perdido ya la mayor parte de sus saetas, que admirablemente se quedaban a mucha distancia del blanco de su furor. Entre tanto los defensores cristianos mataron muchos de sus enemigos, que azorados de la carnicería, y desesperados de vencer por no poderse acercar sin peligro a levantar sus jaras, huyeron precipitadamente.

Entrada la noche se retiró el padre Larios con sus ínclitos defensores, y poco a poco se alejaron del puesto lo suficiente para quedar libres de otra sorpresa de sus enemigos; llegaron con felicidad a la misión de Coahuila, y con todos los indios cristianos celebró el padre la acción de gracias al Todopoderoso por el singular beneficio que les había hecho. Los tobozos se quedaron resentidos, y siguieron haciendo hostilidades en las misiones, hasta que al cabo de muchos años acabaron con la nación entera, que jamás quiso reducirse, los soldados de los presidios que después se fundaron.

A los tres años de una penosa soledad llegaron a compañía del padre Larios los tres misioneros Martínez, Cruz y Barrero de que hablé antes. En el mismo tiempo se fundó inmediata al presidio del Saltillo, una vicaría con algunas familias de indios tlaxcaltecas, que mandó la audiencia de Guadalajara. Esta vicaría fue después convento de donde salían los misioneros a trabajar en la reducción de tantas tribus como habitaban el país.

Dio cuenta la audiencia al soberano de los nuevos descubrimientos y sus progresos; el rey mandó que se hiciese una visita general del país, y se providenciase su colonización; se encargó de esta comisión el ilustrísimo señor don Manuel Fernández Santacruz, entonces obispo de Guadalajara, con el fin de hacer al mismo tiempo la visita de su obispado, y desempeñó su deber habiendo visitado por sí mismo a los indios en las misiones y aun en sus rancherías; esto no le fue tan difícil por haber sacado la escolta necesaria de los presidios de Parras y el Saltillo, que entonces eran los fronterizos, y fundó algunas misiones en las tribus de los cartujanos, chichicales, boboles, salineros y alazapas.

A algunas de estas misiones vinieron varias familias de tlaxcaltecas, que en toda la Nueva España y Nueva Galicia ayudaron a la conquista de las demás naciones. Por su carácter de conquistadores, y especialmente por ser muy laboriosos, fueron llevados también a otras muchas misiones para la colonización, y fundación de pue-

blos; así se establecieron algunos como el Saltillo, San Miguel de la Boca y otros que no conservan el nombre primitivo, como Candela, Santa Rosa, San Buenaventura y Nadaderos.

La capital de la provincia siempre ha sido el Saltillo, y el Nuevo Reino de León, descubierto y conquistado 30 años después de Coahuila, estuvo mucho tiempo sujeto a esta provincia. Los progresos de Monterrey y todo el Nuevo Reino de León que llegaron a exceder a los del Saltillo, provinieron de cierta competencia de jurisdicción que hubo entre el virrey de Méjico y el gobierno y audiencia de Guadalajara, como se dirá después.

Al descubrimiento de Coahuila fue consiguiente el de apreciable, dilatada y feracísima provincia de Tejas. Por el descubrimiento de la Florida, Móvila y Pansacola, se suponía ser muy dilatado el territorio que mediaba entre aquellos países y los de Coahuila y Nuevo Reino de León; y la audiencia de Guadalajara con la idea de hacer esa nueva conquista, dio comisión a don Pedro Rivera, entonces corregidor de Zacatecas, para que hiciera una visita general a las provincias últimamente descubiertas, y se adelantase todo lo posible a reconocer el territorio; pero como Dios tenía reservada esta empresa para los misioneros franciscanos no se verificó por varias causas lo que había mandado la audiencia. Se hallaba el año de 1688 de ministro de la misión de Candela el P. Fr. Damián Martínez, quien tuvo noticia por unos gentiles errantes que llegaron a su misión de que algunos franceses estaban poblando en la costa del golfo, no muy lejos del río Bravo del Norte. Comunicó el P. esta noticia al gobernador de Coahuila, don Alonso de León, y éste al virrey de Méjico, de cuyas resultas recibió órdenes para que con la gente que pudiese sacar del Saltillo, y en unión del P. Fr. Damián, marchase inmediatamente a desalojar de la costa a cuantos hubiesen poblado, que no fuesen españoles. Juntó el gobernador de varios puntos la gente necesaria para la expedición, y acompañado del P. Martínez apresuró sus marchas a la costa; no encontró en el camino obstáculo ninguno y en breves días llegó al punto colonizado por los franceses, que era la llamada Bahía del Espíritu Santo, y aunque halló ser verdad lo que los gentiles habían informado al misionero, **no encontró a los franceses**, sólo vio la fortaleza que habían hecho, y le aseguraron algunos indios que allí había, que los nuevos pobladores habían perecido todos a manos de los carancahuases. Destruyó lo que había quedado del fuerte, y trató de dar la vuelta para Coahuila por rumbo distinto, internándose más de 40 leguas al noroeste por todo el río de San Antonio.

Allí encontró un grupo de indígenas desconocidos, que parecían ser de lo más interior, porque los indios que iban con la expedición no los conocieron; sorprendidos a la primera vista de los españoles, decían algunos de ellos en alta voz: **Tejia, Tejia, que en su idioma quiere decir, amigo, amigo**, y por eso se dio a la nueva provincia el nombre de Tejas. Viendo el padre misionero la docilidad y mansedumbre de estos indios, les propuso su reducción a la fe católica, y gustosos manifestaron toda sumisión a cuanto les mandó; pero eso debía ser en

sus tierras que estaban muy lejos de allí. **En donde esto sucedió es hoy el presidio de San Antonio de Béjar, capital de toda la provincia.** Dejó en aquel punto don Alonso León un regular destacamento, y contramarchó para Coahuila desde donde dio un exacto informe de todo lo acaecido al virrey de Méjico y audiencia de Guadalajara. Desde el año de 1630 hasta 1719 hubo varias alternativas de rebelión y sujeción de las innumerables tribus que habitaban aquel país respecto de los colonos que de muchos puntos ocurrieron a poblar tan delicioso territorio, hasta que se preparó con más formalidad una expedición puesta a las órdenes del marqués de San Miguel de Aguayo, don José Valdivieso, quien entró a la provincia con bastante tropa, y dos trozos de misioneros de los colegios apostólicos recién fundados, de la Santa Cruz de Querétaro, y Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas. Esta expedición invadió todo el territorio hasta el río Cadoudachos o de la Empalizada, y se fundaron pueblos y misiones por todo el río de San Antonio, y el país de los Aises y Odaises, **hasta el río Rojo o Cadoudachos, que se reconocía por límite de Tejas y la Luisiana.** La provincia tuvo nuevos incrementos por una colonia que se trajo de las islas Canarias y los presidios que se fundaron.

FRANCISCO FREJES
1784-1847

NORTE/25

FORO DE NORTE

Invasión de México

Circular del Departamento de Estado para los Procuradores de los Estados Unidos sobre la vigilancia y represión de actividades filibusteras contra México.*

Departamento de Estado
Washington 30 de agosto de 1848

Señor:

Sin más informes sobre la materia que los que provienen de los periódicos, hay razón para temer que algunos ciudadanos de los EE. UU. estén empeñados en preparar una expedición militar para invadir a México. Su objeto, según parece, es hacer una revolución en los Estados del Norte de esa República, y establecer lo que llaman la República de la Sierra Madre.

Semejante intento para excitar, ayudar e impulsar una rebelión contra el Gobierno mexicano sería una violación flagrante de nuestras obligaciones nacionales. Si los ciudadanos americanos pudieran emprender con impunidad semejantes empresas; el comercio y la paz del país estarian a merced de aventureros que pudieran salir de los EE. UU. con el propósito de hacer la guerra contra gobiernos extranjeros. Estas observaciones se aplican a nuestro trato con todas las naciones; pero en las circunstancias actuales son aplicables más peculiarmente a la República Mexicana que a cualquier otro país. En el artículo quinto de nuestro último Tratado de Paz con la República Mexicana se previene expresamente que:

"La línea divisoria que se establece por este artículo será religiosamente respetada por cada una de las dos repúblicas, y ninguna variación se hará jamás en ella, sino de expreso y libre consentimiento de ambas naciones, otorgado legalmente por el gobierno general de cada una de ellas, con arreglo a su propia constitución".

y el Presidente, en un mensaje al Senado de los EE. UU. del día 8 del actual, ha declarado que "el reciente Tratado de Paz con México ha sido y será fielmente cumplido por nuestra parte".

El Congreso de los EE. UU. ha cumplido con su deber al hacer cumplir de buena fe nuestras obligaciones internacionales. Comenzó esta buena obra desde junio de 1794, adoptando y poniendo en vigor los principios de la célebre proclama de neutralidad de Washington del año anterior. Posteriormente aprobó diversos decretos sobre el mismo tema; finalmente el 20 de abril de 1818 aprobó el "Decreto adicional al Decreto para el castigo de ciertos crímenes contra los EE. UU. y para derogar los decretos allí mencionados". Este decreto ha derogado todas las primitivas leyes para hacer efectivas nuestras obligaciones como neutrales y ha recopilado todas las disposiciones que se consideraron necesarias para ese objeto. Puede encontrarse en los "Estatutos Generales de los EE. UU." volumen 3, página 447 y en las "Leyes de los EE. UU." volumen 6, página 320, y llamo especialmente la atención de usted sobre este Decreto. Si se cumple fielmente con él se hallará que es ampliamente suficiente para impedir o reprimir la proyectada expedición contra los Estados Mexicanos al Norte de la Sierra Madre. Observará usted que entre otras disposiciones se declara (Sección I) que es un delito castigado con severas penas que cualquier ciudadano de los EE. UU., dentro del territorio o jurisdicción de éstos, "acepte y ejecute una comisión para servir a un príncipe, estado, colonia, distrito o pueblo extranjeros que se encuentren en guerra, por mar o por tierra, contra cualquier príncipe, estado, colonia, distrito o pueblo con quién los EE. UU. estén en paz", y también (Sección II) que cualquiera persona, sea ciudadano o no dentro del territorio o jurisdicción de los EE. UU. "se aliste o se afilie personalmente o alquile o contrate a otra persona para que se aliste o se afilie, o que alquile o contrate a otra persona para que se vaya fuera de los límites o de la jurisdicción de los EE. UU. con el propósito de alistarse o de entrar al servicio de algún príncipe, estado, colonia, distrito o pueblo extranjero, como soldado, como marino o como marinero", y también (Sección VI) que cualquiera persona, sea ciudadano o no, dentro del territorio o jurisdicción de los EE. UU. "comience o emprenda, provea o prepare los medios para que se organice alguna expedición o empresa militar que deba llevarse a cabo desde allí contra el territorio o los dominios de algún príncipe o estado extranjeros, o de alguna colonia, distrito o pueblo con quien los EE. UU. se encuentren en paz".

He hecho referencia especialmente a estas disposiciones porque parecen ser peculiarmente aplicables en la presente ocasión; pero deseo llamar particularmente la atención de usted respecto de todo el decreto.

Tengo instrucciones del Presidente para recomendar a usted que emplee la mayor vigilancia a fin de descubrir cualquiera violación de las disposiciones de este decreto en el distrito de usted; y en todos los casos en que la prueba que usted pueda obtener se considere

suficiente para ameritar un proceso, que instaure inmediatamente procedimientos persecutorios contra los infractores. Es deber de usted también advertir a todas las personas que tenga usted motivos para creer que intentan violar este decreto, que serán perseguidas con el mayor rigor en caso de que persistan.

El honor, así como la paz de la nación, exige que no se escatime ningún esfuerzo para hacer cumplir de buena fe las sabias y saludables disposiciones de esta ley en favor de la República Mexicana.

Queda usted también instruido para que mantenga enterado a este Departamento con regularidad de todos los informes que pueda usted adquirir sobre la materia de la proyectada expedición contra los Estados del Norte de México. Espero el inmediato acuse de recibo de esta carta, juntamente con todos los informes que posea usted sobre la materia.

El Secretario de la Guerra, por instrucciones del Presidente ha comunicado hoy al Mayor General Taylor una orden para que haga efectivas las disposiciones de la Sección VIII de este decreto hasta donde sean aplicables al presente caso, diciendo como sigue: "Que en todo caso... en que se comience o emprenda alguna expedición militar o alguna actividad contraria a las disposiciones y prohibiciones de este decreto, ... El Presidente de los EE. UU. o cualquiera otra persona que tenga facultades para ese objeto, tendrá autorización legal para emplear una parte de las fuerzas terrestres o navales de los EE. UU. o de la milicia de ellos... con el propósito de impedir que se lleve a cabo semejante expedición o aventura, desde el territorio o la jurisdicción de los EE. UU., contra los territorios o dominios de algún príncipe o Estado extranjeros o de alguna colonia, distrito o pueblo con quien los EE. UU. se encuentren en paz". No dejará usted por consiguiente de comunicarle [al Secretario de la Guerra] cualesquier informes que posea usted o que pueda obtener posteriormente y que le sean útiles en el cumplimiento de este deber.

De usted muy respetuosamente,
James Buchanan.

P. S.

Estando ahora ausente de la ciudad el Secretario del Tesoro, el Presidente requiere a usted para que informe al recaudador o recaudadores de los Puertos que estén dentro de la jurisdicción de su distrito que espera se mantengan vigilantes en el cumplimiento de las disposiciones de las Secciones X y XI del decreto de 20 de abril de 1818 y para impedir que se violen éstas con perjuicio de la República Mexicana.

NOTA: Si esta misma actitud asumida por el Gobierno Americano en 1848 contra los "cazadores de Búfalos" que pretendían la insurrección e independencia de la "República de la Sierra Madre", hubiera sido adoptada de buena fe por el Presidente Jackson en 1835 (cuando ya estaba vigente el decreto de 20 de abril de 1818), se habría evitado la segregación de Tejas y por consiguiente el desmembramiento de la República Mexicana. (Luis Cabrera)

* Diario del Presidente Polk.

LAS LETRAS ARGENTINAS VISITAN ANGOLA

por César Tiempo

No hay que confundir Angora con Angola. En Angora se libró, en la Edad Media, la famosa batalla en que Tamerlán derrotó a Bayaceto, y está situada en la antigua Galacia asiática. Angola pertenece al África portuguesa y es un lugar atrayente por algo más que por las dimensiones colosales de sus mamuferas y baobabes, con cuya madera los nativos construyen sus canoas. En Angola funcionan teatros, bibliotecas y cines que no tienen nada que envidiar a los teatros, bibliotecas y cines de Europa, y la Municipalidad de Nova, Lisboa edita libros a la par de las más ambiciosas editoriales de Buenos Aires o de Barcelona. En Angola ofreció recitales Berta Singerman, conciertos Yehudi Menujim, y Joaquim Montezuma de Carvalho publicó libros y pronunció conferencias sobre la mayor parte de los escritores representativos de América.

En Angola, y también en Mozambique, los escritores argentinos gozan en los círculos universitarios y culturales del mismo prestigio y la misma difusión que en nuestro país. Préstennos atención, por favor. No estoy hablando de Madrid, de Roma o de París. Estoy hablando de Angola y Mozambique, regiones próximas al Congo, a la antigua Cafrería. Les cuento que en repetidas ocasiones tuve el inmenso privilegio de ponerme en contacto con los escritores más famosos de Europa, Asia y América. Y bien, fuera de tres o cuatro de ellos —cinco, a lo sumo—, nadie sabía —nadie sabe cuáles son nuestros grandes nombres y, mucho menos, qué hicieron. En cambio, en Lourenço Marques y en Nova, Lisboa, nos conocen a todos. El milagro se debe a Joaquim Montezuma de Carvalho, un portugués nacido en Coimbra que ejerce las funciones de juez del crimen en Mozambique y que se parece extraordinariamente a José Sebastián Tallon, el poeta mágico de "Las torres de Núremberg".

Joaquim Montezuma de Carvalho conoce a medio mundo y se cartea con todo el mundo. Su frenesí epistolar puede homologarse con el de San Pablo, el de Baltasar Gracián. Un frenesí amable y saludable, por supuesto. Desde su almandarache de Lourenço Marques escribe a los cuatro putos cardinales del planeta y se comunica con Herbert Marcuse y con Eduardo Mallea, con Jean Paul Sartre y con José Rabinovich (el poeta de "Hombre escatimado"), con José A. Mora, secretario general de la Organización de Estados Americanos, y con el poeta Sedar Senghor, presidente del Senegal; con el maestro Roberto F. Giusti y con Rubén Vela, uno de los vectores de la Fundación Argentina para la Poesía; con Ramón Medina, el organizador venezolano del reciente Congreso de Escritores Latinoamericanos, y con Ramón Solís, el director de "La Estafeta Literaria", de Madrid. Así como el karia de los árabes devora los más hermosos bosques, la voracidad insaciable de nuestro amigo devora los más hermosos libros para comentarlos y difundirlos sabiamente. Su naturaleza exuberante le permite todos los excesos. Ignora la soberbia y sabe que el supremo talento consiste en describir con sencillez cosas muy complicadas. Tengo la impresión que dicha virtud la heredó de su padre, el maestro Joaquim de Carvalho, uno de los mayores exégetas y traductores de Spinoza, el filósofo de la Ética.

Miembro descollante del Seminario de la Primera Bienal de Literatura de las Américas, celebrado recientemente en San Pablo, fue Montezuma de Carvalho uno de los que más influyeron para que se concediera el gran Premio Continental a Jorge Luis Borges, a quien admira de antiguo y de quien es uno de los más fervorosos paladines.

—Pensaban otorgárselo a Drummond de Andrade —nos revela—, gran poeta, digno de todos los honores, pero los convencí de que, siendo la primera vez que se concedía un premio de esa magnitud, premiar a un brasileño en el Brasil podía interpretarse como una muestra de extremo nacionalismo. Todos se mostraron felices en reconocer a Borges como al primero entre sus pares.

Deseando conocer de cerca a la gente de letras de nuestro país, Montezuma trasvoló desde San Pablo a Buenos Aires, donde tiene ganadas tantas amistades. Esto es cierto hasta tal punto que la viuda del imborrable Manuel Gálvez —cuya obra acotó el visitante— se fue a vivir a casa de su madre para cederle su apartamento de la avenida Santa Fe. Prevenidos de su llegada —y amigo "de allá lejos y hace tiempo"—, fuimos a verlo en nombre de CLARÍN. Como era de esperar, conocía nuestra revista y nuestro diario, estaba informado que Raúl González Tuñón había obtenido el premio Sixto Pondal Ríos, sabía quién era Sixto y, además, al soaire del centenario de Becquer se proponía pronunciar una conferencia acerca de la vida y la obra del melancólico sevillano, auspiciada por la Fundación Argentina de la Poesía.

Demetrio Aguilera Malta lo llamó el increíble Montezuma de Carvalho, y Manuel Bandeira: embajador de la cultura universal en África. Evidentemente, Joaquim es un hombre fuera de serie.

En las postrimerías del invierno portugués de 1954 un barco de la Companhia Colonial de Navegação lo conducía rumbo a Angola, en el África Occidental Portuguesa.

—Me fue preciso atravesar el Ecuador —nos confiesa— para empezar a creer en mí mismo. Amé las primeras islas y los primeros aborígenes que vi en ellas ofreciéndome hojas de vainilla, semillas de cacao, bananas bermejas y pájaros versicolores encerrados en jaulas de caña. Fueron años intensos vividos allí, en aquellas tierras sin fin, en la más absoluta camaradería con su geografía física y humana. La geografía de los blancos y de los negros. Tuve la más completa libertad para evadirme y recorrer de extremo a extremo el territorio. Desiertos de Mozamedes y florestas de Cabinda y Maiombe. Tierras de Cunene, de Bailundo y de Caconda. Practiqué sin retórica el tropicalismo de Gilberto Freyre. Traté como a blancos a los negros de los quimbos más remotos y a ciertos blancos y con cierta *society* procedí como su egoísmo lo merecía. Fue en Angola donde despertó en forma concreta y se hizo conciencia mi sentimiento del mundo. El sentimiento del mundo vive de polo a polo y atraviesa indistintamente todas las regiones del globo. Podemos desconocer el idioma de muchos pueblos; pero su destino se cruza con el nuestro en esta realidad de estar viviendo todos un momento histórico de la especie humana. Somos contemporáneos los unos de los otros. El día de mi nacimiento otros seres humanos nacieron en otros continentes. El día que muera morirán otros. Un destino de vida y muerte nos liga a todos: europeos, africanos, americanos, asiáticos.

—¿Cómo se le ocurrió publicar los cuatro tomos monumentales de su ya legendario “Panorama das literaturas das Américas”? —le preguntamos al socaire del tercer cigarrillo.

—Felizmente, en África estamos lejos de la civilización que pivota sobre el ruido y el vértigo. Nuestro tiempo es brahmánico. Sin incurrir en maniqueísmo, es necesario decir, como quería un gran poeta colombiano, que en nuestro siglo se ha precipitado y exagerado el eterno combate entre la luz y las tinieblas. La inteligencia del hombre ha superado todos los mitos proféticos. Orfeo no descendió nunca a infiernos semejantes a los descriptos por Joyce, Proust, Robert Musil, los hermanos Mann, Eustasio Rivera o Elías Castelnuovo. Durante mis años de exilio africano leí todo lo que podía leerse de América, que no fue poco. Eran libros difíciles de encontrar en las librerías portuguesas. Comencé a admirar la prodigiosa fuerza espiritual de sus intelectuales. Mi sed de conocimiento me obligaba a consultar constantemente más y más libros sobre literatura argentina, mexicana, venezolana. Recorrió con mis ojos infinitos manuales de literatura hispanoamericana. Manuales o historias bien realizados, responsables, pero nunca completos. Sé que nadie puede exigir más al descomunal esfuerzo realizado por Rafael Alberto Arrieta, de Alberto Zum Felde o de Luis Alberto Sánchez en sus tentativas de abarcar el proceso literario de sus respectivos países. Dada la vertiginosa creación literaria verificada en lo que va del siglo en los países de América Latina

es poco menos que imposible conocer e interpretar minuciosamente todo lo que se publica. Fui advirtiendo esas carencias. Cualquier texto de literatura hispanoamericana se refiere siempre a los mismos movimientos literarios, las mismas influencias europeas, los mismos poetas, prosistas y novelistas anteriores a 1900. Mi afán de información me llevó a una doble originalidad. Primero: reunir en un libro las historias de la literatura a partir del 1900 hasta el presente, en todos los países del continente americano; segundo: confiar dicho estudio directamente a un investigador, a un estudioso especializado del propio país, por lo tanto con un contacto mayor con las realidades literarias y circunstancias de sus lugares de origen.

—¿Qué opina de los nuevos novelistas del nuevo mundo?

—Nunca una generación tan brillante de novelistas y narradores hispanoamericanos estuvo más dentro de la piel del toro, más disconforme con el gangsterismo político, como la actual. Son hombres de una clara actitud desenmascaradora y emancipadora. Es sobre todo en Carlos Fuentes, un mexicano de mi generación, en quien observo una conciencia más vigorosa y dolorosa de la problemática continental. En 1904 escribía Antonio Machado a Miguel de Unamuno: “Es verdad, hay que soñar despierto. No debemos crearnos un mundo aparte en que gozar fantástica y egoísticamente de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor, que sea estéril para los demás”. Los creadores literarios de América Latina sueñan despiertos, ligados a lo real maravilloso porque es ésta la propia realidad vital que quisieron y no pudieron expresar sus descubridores. Los actuales novelistas de una generación pluriforme, trepidante, vitalista y culta, en su euforia por inaugurar nuevos procedimientos, serán los bautistas de los dominios visibles e invisibles de América. Bautistas de una palabra nueva, de una esperanza nueva, de una nueva belleza, los escritores de hoy, los grandes escritores de hoy, saben que puede conjugarse perfectamente imaginación, realidad o sobrerealidad y lenguaje. Zola escribía en su tiempo: “Hacéis hermosos libros, pero abusáis del lenguaje”. Ahora podría decirse lo mismo, pero sería interesante saber en qué consisten esos abusos. Borges, García Márquez, Carpenter, Asturias, habrían desagradado a Zola, “ma non troppo”... Porque una cosa es el estilo donde cada frase parece un camión de mudanzas y otra la iluminación súbita de la frase cargada de electricidad.

Instantes después estamos en la calle. Joaquim Montezuma de Carvalho, con el remo de Ulises al hombro, mientras se organiza para nuevos periplos, se despide de nuestra ciudad con una mirada abarcadora y profunda. Pronto tendremos noticias de sus observaciones. Todavía nos cuesta creer que haya estado entre nosotros este portugués de Coimbra que reside en Mozambique y a quien Jorge Zalamea llamaría uno de los grandes desbornizadores de los viejos prejuicios de nuestras tribus, este portugués que nos admira, que habla de “Martín Fierro” y “Don Segundo” en las universidades africanas.



AMENA CHARLA CON
Rosario Castellanos

Esperamos a que llegue Rosario Castellanos en una amplia sala de su casa. Hemos leído ya de la escritora, pero aun ignoramos cómo es ella físicamente. Mientras nos paseamos por la sala admiramos los cuadros que allí hay: reproducciones de Picasso y originales de Siqueiros, Pedro Coronel, Lilia Carrillo y un retrato de Rosario que le hizo Reyes Meza. La espera se prolonga y nos asomamos al jardincillo, hasta que al fin llega la mujer. De súbito aparece ante nosotros una personita en pantalones, de tez fresca, de aspecto alegre, ligera de carnes como una adolescente y ojos vivos. Sentimos la sensación de que es una vieja amiga. Tomamos, tras darnos la mano, asiento. Pero ella se levanta para prepararnos un café.

Y ya hay dos tazas de café humeando sobre la mesa. Rosario nos mira de arriba abajo mientras juega con los finos y largos dedos de sus manos de pianista romántica.

No sabemos todavía qué preguntarle, pero tenemos que romper la cuerda del diálogo:

NORTE.—¿Qué la impulsó a escribir?

R.C.—Una serie de circunstancias muy particulares, de soledad, de imposibilidad de conjugar una angustia que no comprendía pero que parecía disminuir en el momento de la escritura. Así que, más que un juego, un fenómeno estético, la literatura fue para mí —desde la infancia— un modo de salvación.

NORTE.—¿Cree usted que el escritor tiene alguna misión específica en la sociedad?

R.C.—Sí. Desde luego, la literatura no habría surgido ni sobreviviría si no satisfaciera alguna necesidad muy profunda del hombre, que es la de verse representado, liberado en imágenes, convertido en palabras.

Rosario alza su taza de café con un señorío muy particular. Nosotros encendemos un cigarrillo. El sol llena la sala, un sol verde reflejado en las plantas del jardincillo y pasado por las lentes sin aumento de las cristaleras. Uno piensa en una escena de ciencia-ficción y se pregunta: ¿Será esta Rosario una criatura de Marte? En torno a ella, de repente, hay un halo de misterio.

NORTE.—¿Qué es una novela? —le preguntamos para romper el misterio.

R.C.—Para mí la novela es aquello que decía Tomás Mann, es decir, "una aspiración al conocimiento lúcido del mundo", pero no a un conocimiento abstracto, sino encarnado en un personaje. En situaciones y anécdotas y, como consecuencia de todo esto, en un estilo. La novela es la transmutación del caos que encuentro cotidianamente a mi rededor en un orden deleitoso de contemplación.

NORTE.—Usted acaba de hablar del estilo. ¿Qué entiende, pues, por estilo?

R.C.—El estilo, entiendo yo que es la respuesta del escritor a las exigencias que le impone su deseo de ordenar el caos, su urgencia de comprender y aclarar lo confuso; su afán de pasar la realidad del plano de lo efímero, que es el de los hechos, a un nivel más perenne que es el de las palabras. Cuando me coloco en un plano emotivo profundo ineludiblemente desemboco en la poesía y escribo en verso, pero si me sitúo en un margen más bien intelectual, uso la prosa.

NORTE.—¿En qué plano vive ahora?

R.C.—Ahora estoy escribiendo una serie de poemas que supongo integrarán un volumen. También mi último libro publicado fue de poesía: **Materia Memorable**.

NORTE.—¿Cuáles son los problemas fundamentales del escritor latinoamericano?

R.C.—Aparte de los problemas propios de la profesión literaria, esto es, encontrar la manera adecuada de expresarse, el escritor latinoamericano tiene una enorme preocupación política y un gran sentido de responsabilidad social que en muchas ocasiones, no sabe cómo conciliarlos con su vocación estética y oscila entre la torre de marfil, que es siempre un refugio muy tentador, y el afán de proselitismo que calma muchos escrúpulos de conciencia. Cuando un escritor latinoamericano encuentra el equilibrio entre estas dos exigencias es cuando se logra una obra maestra.

NORTE.—Denos algunos casos concretos de ambas situaciones.

R.C.—No creo que haya un caso en el que exclusivamente se permanezca en la torre de marfil, pero sí hay una corriente de ficción que trata no de representar la realidad, sino de usurparla. Esta corriente está encabezada, y de manera genial, a pesar de todo, por el argentino Borges. En el otro lado tenemos la corriente más numerosa, que se llaman a sí mismos, y que lo están, comprometidos. Y las variantes van desde los juegos intelectuales y críticos de un Cortázar, hasta el desgarriamiento entrañable de José María Arguedas.

NORTE.—¿En qué corriente de las dos señaladas más arriba, está Rosario Castellanos?

R.C.—Desde luego me inclino mucho más, sobre todo en la prosa, por la segunda actitud, al punto que mis novelas han recibido un marbete, que no me gusta, pero que tengo que aceptar, y que es el de indigenistas.

Hay una pausa en la conversación. Rosario se levanta y vuelve a llenar las tazas de café. Hay una extraña sordera en la sala. El sol verde es ahora rojizo.

NORTE.—Si tiene usted capacidad de admiración, tan escasa por estas latitudes, díganos a qué poetas y escritores mexicanos admira más.

R.C.—Sí, tengo una enorme capacidad de admiración, creo que mi capacidad para admirar es insaciable. Y limitándonos a la literatura mexicana yo le mencionaría entre mis autores predilectos, en primer lugar a José Gorostiza, cuya **Muerte sin fin** me parece el monumento poético más alto de la lengua española de nuestro siglo. En otro terreno pero no menos admirable, está toda la obra de Carlos Pellicer. Entre los jóvenes admiro la obra de Jaime Sabines, que tiene una fuerza lírica extroordinaria y a Juan Bañuelos que cada día cimenta más su prestigio.

En la novela, evidentemente, **Pedro Páramo** de Juan Rulfo, que hasta el presente no ha sido superada ni en profundidad ni en trascendencia por ninguna otra obra de ficción contemporánea, entre nosotros. Me parece muy excepcional y muy admirable también el caso de Carlos Fuentes que, a su talento, añade un gran sentido de la aventura y de la disciplina. Entre los novelistas de generaciones más recientes es imposible no citar a García Ponce, Salvador Elizondo, Vicente Leñero y, de la última hornada, a José Agustín que ha alcanzado un gran éxito. También quisiera llamar la atención sobre un libro que creo que la merece: **La muchacha en el balcón o la sombra del coronel retirado**, de Juan Tovar, por la originalidad del tema y por la limpieza del tratamiento. Quiero hacerle notar que esta lista no incluye todas mis preferencias, sino que sólo apunta a ciertas direcciones fundamentales.

El sol ahora es color azul. Rosario se toma las manos, parece una mantis religiosa, aunque sin la crueldad de aquélla. Sus ojos brillan, despiden inteligencia. Rosario Castellanos siempre está alerta.

NORTE.—¿De todos sus libros, cuál de ellos prefiere?

R.C.—Depende de mi estado de ánimo como lectora. Cuando quiero un texto más o menos apacible y fluido voy a **Balún Canán** y cuando me empalaga tengo que equilibrarme con **Oficio de tinieblas**.

NORTE.—¿En qué cosas cree usted realmente?

R.C.—Creo, pero esta creencia sólo es aplicable a mi persona y a mi caso personal, en el valor de la literatura, porque yo he encontrado en ella no sólo la fórmula de vida que me conduce a la plenitud, sino el vínculo para relacionarme con el mundo y para tender un puente desde mi soledad a la de las otras personas.

NORTE.—¿La literatura es entonces para usted, esencialmente, comunicación?

R.C.—Para mí sí lo es, indudablemente.

NORTE.—¿Hacia dónde cree usted que va la literatura de nuestro tiempo?

R.C.—A pesar de todas las profecías de McLuhan y sus seguidores, yo sigo confiando en que la literatura sobre-

vivirá, del mismo modo que sobrevivió la pintura al descubrimiento de la fotografía.

NORTE.—¿Cuáles son los males de la literatura mexicana?

R.C.—Creo que son la posibilidad de caer en los dos extremos: el de un aldeanismo que se niega a abandonar y a enriquecer los causes tradicionales con nuevos temas, nuevos enfoques y nuevos personajes y el del esnobismo que trata de hacer arraigar en el aire los experimentos formales que se están haciendo en Europa o en los Estados Unidos.

NORTE.—¿Vive usted de la literatura?

R.C.—Naturalmente que no. Bueno, la respuesta ha sido tajante. Deberé explicarme. Si la pregunta consistía en averiguar si yo vivo de las regalías de mis libros, diré que no, como ya dije, pero si la ampliamos un poco más, podría decirle que sí ya que vivo económicamente hablando de dar clases de literatura, conferencias de literatura y todo lo relacionado con la literatura.

NORTE.—¿Qué cosas ama y qué cosas odia usted?

R.C.—Tanto como amar... desde luego, para mí, el amor es el reconocimiento de otra persona y soy tan egocéntrica que la única persona cuya existencia reconozco y acepto con gozo y con alegría es la de mi hijo. Odiar, bueno, odiar quizás requiera un esfuerzo mucho más grande que amar y yo no soy capaz de sostener ese tipo de esfuerzo más que unos minutos, así que muy pronto el objeto terriblemente odiado se me olvida.

NORTE.—¿Escribir en México —va aquí nuestra última pregunta— no es un poco "oficio de tinieblas"?

R.C.—Mariano José de Larra, dijo que escribir en pueblos como los nuestros es llorar.

ENTREVISTA

Dolores Diez de Sollano

Deportista excelente en sus años mozos y encantadora dama nace en la ciudad de México en 1907. Es madre de cuatro mujeres y tres varones.

Después de haber estudiado con varios profesores particulares ingresó a la Academia de San Carlos en donde terminó sus estudios de pintura, siendo sus profesores el señor Germán Gedovius en óleo, Sóstenes Ortega en desnudo, Fidías Elizondo en escultura, en anatomía el Dr. Dublan, el Prof. Lazo en historia del arte y en acuarela el profesor González Hermosillo. Ha participado en algunas exposiciones colectivas en el Palacio de Bellas Artes y en el Auditorio Nacional. Actualmente se dedica a impartir clases de pintura y modelado.

NORTE.—¿Desde cuándo pinta usted?

D.D.S.—Empecé a los catorce años y considero mi pintura netamente clásica y realista.

NORTE.—¿Cuáles son sus pintores favoritos?

D.D.S.—Mi pintor favorito es José María Velasco, que es el que ha sabido mejor interpretar el paisaje mexicano. Lo considero como el paisajista número uno y que a la fecha no hay quien lo haya superado. En cuanto a la pintura figurativa, hay muchos bastante buenos y considero a uno de los mejores al profesor Germán Gedovius. Tuve la oportunidad de tratar a la familia de Siqueiros —su padre una maravillosa persona— pero personalmente la pintura de José Alfaro no me ilena. En cuanto a Diego Rivera mi opinión es que tuvo algunos cuadros bastante buenos.

Me desagrada por completo la pintura negativa ya que soy del parecer de que se debe plasmar la belleza y no la fealdad.

Sin llegar a los extremos me gusta mucho la pintura impresionista destacando a Renoir. La abstracta me gusta como para una bonita paleta; considerando las creaciones de arte abstracto, propiamente como pruebas psicológicas.

NORTE.—¿Qué es lo que más le gusta hacer?

D.D.S.—Visitar las academias y escuelas de pintura. En una ocasión visitando yo el Convento de las Monjas —en donde antes se impartía pintura— en San Miguel de Allende, me encontré a un pintor haciendo su labor artística; de pronto me preguntó si yo conocía su técnica y a mi negativa me explicó que su escuela se trataba de movimiento. Me hizo pasar luego al salón que había sido refertorio de las monjas y me mostró sus pinturas al temple, haciéndome correr para atrás y para adelante, y al final de la carrera me preguntó: ¿Verdad que se movieron mis pinturas? Mi respuesta no salió de mi mente, pero hubiera sido la siguiente: La que me moví fui yo y no sus pinturas. Deduciendo que cuando este pintor realizara alguna exposición tendría que poner cartelitos en donde especificara a qué velocidad se tendría que correr para apreciar cada pintura.



NORTE.—¿Qué es lo que más se le dificulta pintar?

D.D.E.—Creo que son los retratos, pero sólo porque no es fácil complacer al cliente, por querer aparecer mejor de lo que es.

NORTE.—¿Cómo define su pintura?

D.D.S.—Para mí es el acto de plasmar con colores no solamente la belleza material sino también la belleza intrínseca de las cosas. Considero yo que para hacer una buena pintura, se debe de sacar de la cabeza toda idea de dinero; no hacer las cosas por comercialidad. Debemos nosotros tratar de que nuestras pinturas lleguen y sean comprendidas por el pueblo. Lo que más se ve en mis obras son los contrastes de luz y sombra, color, profundidad; teniendo la impresión de transparencia y vida.

NORTE.—¿Qué es lo que considera más importante después de la pintura?

D.D.S.—Yo considero que mi tercera vocación —ya que creo que la primera es el ser madre y la segunda pintora, porque siento que la pintura es para mí como un compromiso ineludible para con la naturaleza— es la enseñanza, ya que disfruto mucho el acto de transmitir mis conocimientos.

NORTE.—¿No se ha dedicado usted a escribir?

D.D.S.—Propiamente no, porque no sabría cómo hacerlo, pero por cada uno de mis cuadros sueño una poesía con que se relacionaría cada obra. Y no solamente me gustaría complementar con poesías mis cuadros sino también con música, para mí la música también es color. Por ejemplo yo me imagino una caída de hojas acompañada de una fuga.



NORTE.—¿Cree que el éxito ha llegado a su vida?

D.D.S.—Creo que sí, un motivo para pensar así es la buena venta de mis cuadros y otros los resultados que he obtenido con mis alumnos, que constituyen una de mis mayores satisfacciones.

NORTE.—¿Tiene algún color por favorito?

D.D.S.—No, para mí todos son igual de bellos, sin privilegios para ninguno.

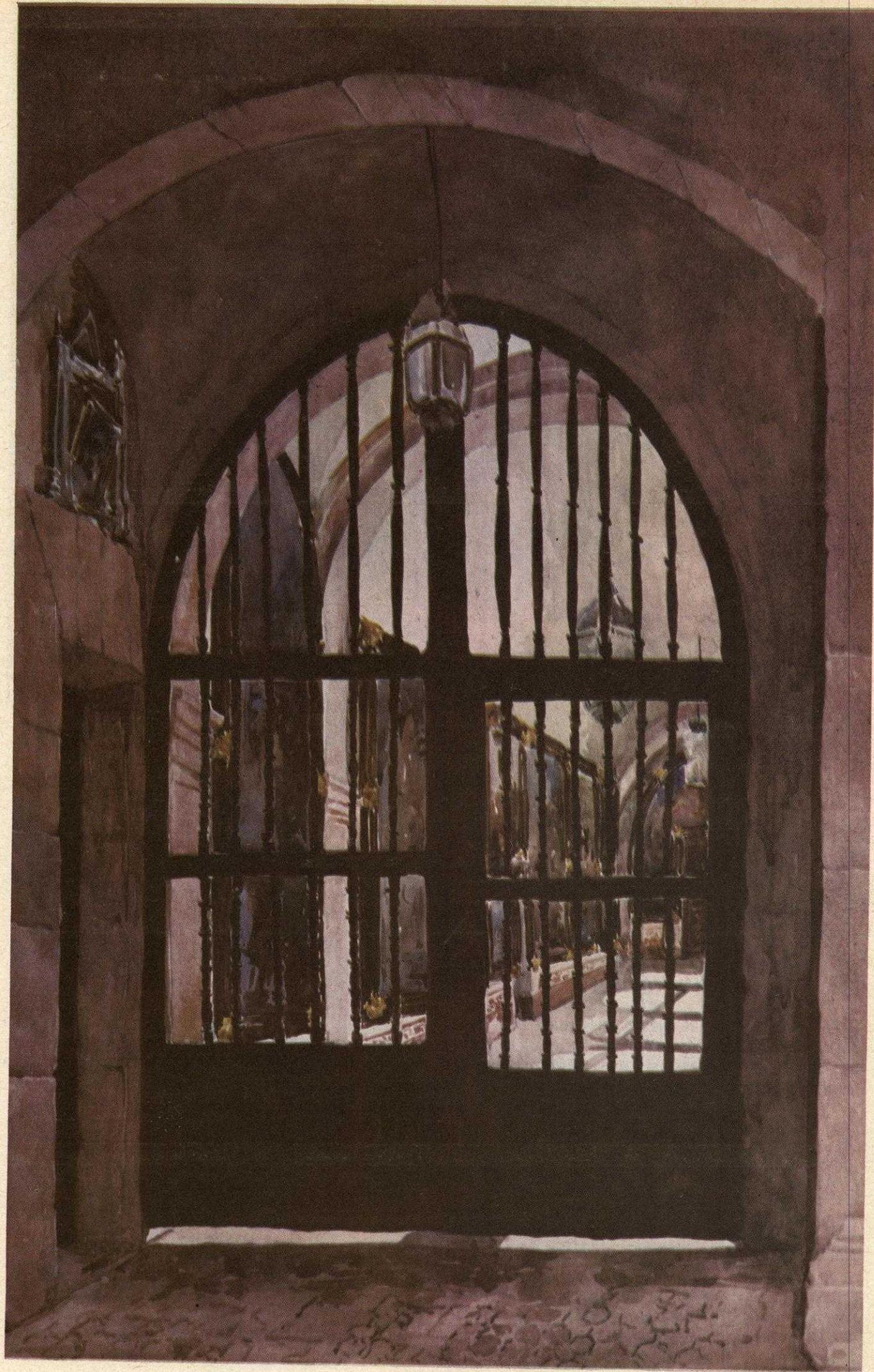
NORTE.—¿Considera que es importante el dibujo en la pintura?

D.D.S.—Indudablemente, ya que el saber pintar no implica solamente el poner colores y más colores, sino dar una forma conjugándolos, y para mayor perfeccionamiento ayuda mucho el saber modelar.

NORTE.—¿Le duele separarse de sus creaciones?

D.D.S.—Sí, de todas, siento que dejo una parte de mí misma en cada cuadro. Poseo algunos a los que les tengo un afecto especial, pero desgraciadamente no todos los puedo conservar.

Montevideo No. 209,
Col. Lindavista
Tel. 586-00-62





EL museo de Ramón y Cajal

Por
Miguel
de
Aguilar
Merlo

En febrero de 1969 escribí un ensayo sobre el Museo Cajal, situado en Velázquez 144, en una de las salas cerradas del Instituto Ramón y Cajal. Entonces me illovieron, materialmente, preguntas de compañeros sobre si había exagerado la nota descriptiva. Un relato por demás irónico y desenvuelto. La misma extrañeza de mis interlocutores, el desconocimiento del tema, me hizo comprender que no exageraba cuando creí ver en Cajal un sabio arrinconado, un sabio cada vez más olvidado, un ser típicamente de museo frío y cerrado.

(En otro lugar, en otro instante, a la una de la tarde el sol entraba a raudales por las ventanas. Alzábamos la cabeza y queríamos meter dentro de nosotros la luz, la luminosidad intensa de aquel martes, 16 de junio de 1970. Se había buscado en la vieja Facultad de San Carlos, en Atocha, la misma luz que iluminara la cátedra del maestro, a la misma hora en que él explicaba a sus alumnos. La una de la tarde, antaño, veía con guíños de ventana las clases de don Santiago.)

Es un problema de siempre. Un problema de jurisdicciones, de papeleo, de escrituras. Un museo, consistente en sólo una habitación, por falta de espacio, me había parecido en 1969 insuficiente para su cometido. Y lo manifesté noblemente por escrito. Pero fueron tantas las exclamaciones que creí haberme excedido. Y pasé nuevamente por Velázquez, 144, y hablé con todo el personal administrativo, y a nadie le habían sentado mal mis sanas intensiones, movidas del interés por Cajal. Pregunté si hizo algún comentario desfavorable el director, doctor Carrato Ibáñez. Y la respuesta fue negativa. No podía ser de otra manera. Un discípulo de Cajal no podía por menos de sentirse orgulloso que a alguien no le gustara su "museo", sus frías paredes. El problema era económico. No había espacio, no había dinero, ni tan siquiera visitantes. Sobraba con una habitación, cerrada con llave. Era suficiente una tumba ignorada, de un sabido pasado.

(En otro lugar, en otro instante, junio de 1970, una Comisión Pro-Cajal, formada —por fin— para salvar lo que pudiera salvarse, estaba en la histórica aula IV del maestro, bajo los guíños y la sonrisa de una ventana, para reproducir en nuestras mentes todo un ambiente roto, resquebrajado, sangrante... Y el techo abierto, como el costado de un Cristo, mostraba por todos los lados fragmentos de cañas... Estaba yo allí, formando parte de la Comisión Pro-Cajal, con los doctores Luis Ramón y Cajal, García Miranda, Gil y Gil, Aguirre Viani, Bullón Ramírez, Ignacio Izpizúa, Ricardo Galán, Ruiz Heras, González Sánchez y Ricardo Bertolotti. Todos con el mismo deseo de restaurar la obra de Cajal, su aula, su laboratorio, su biblioteca... que se estaban hundiendo, en el viejo San Carlos, olvidado de todos.)

Pero a la espalda de nosotros, en el jardín de la Facultad de Medicina de Atocha, en un jardín que en su día fue hermoso, estaba la estatua de Ramón y Cajal, como un "Quijote" de la ciencia, espigado y sombrío. Un monumento mutilado, decrépito, sucio. Una estatua con la cabeza del gran maestro, faltándole lo más noble y característico. Un corte bárbaro le arrebató la frente, los ojos, la nariz. Sólo restaba la boca, la boca silenciosa del maestro. Cincuenta años de desidia y abandono aniqui-

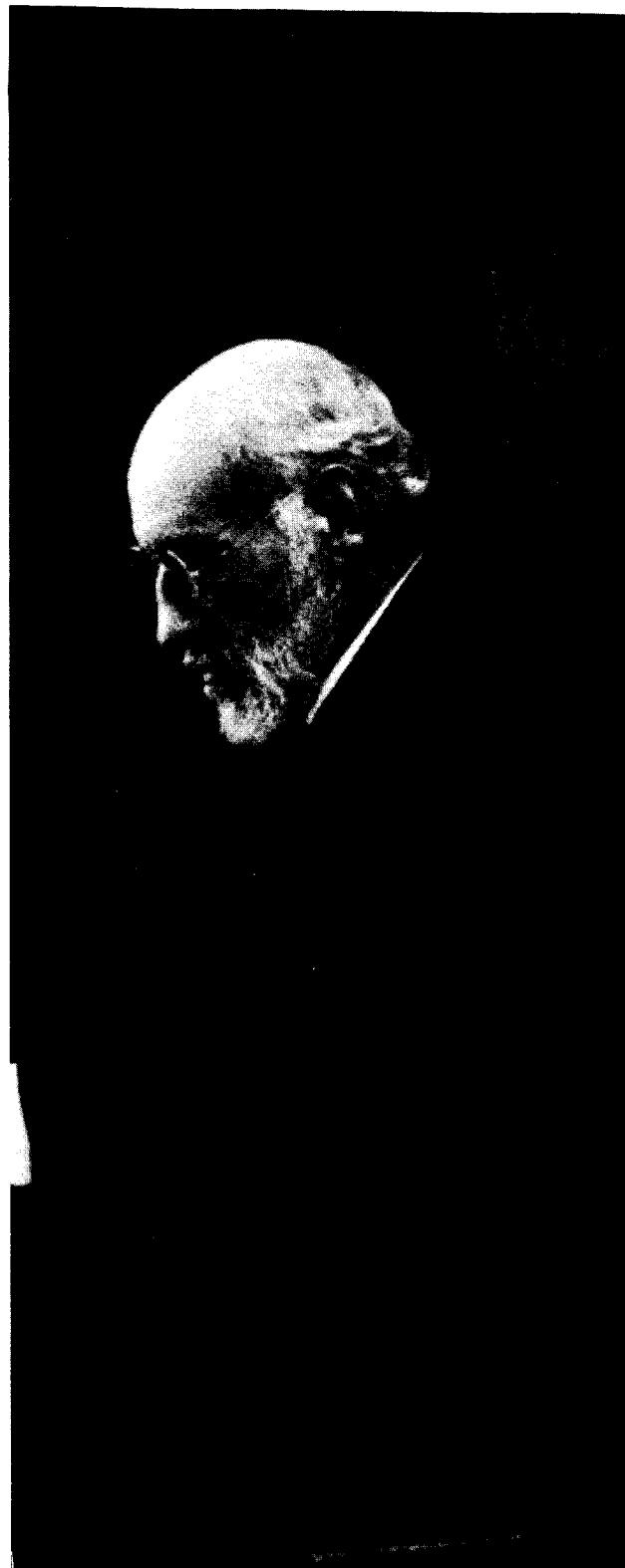
laron los ojos penetrantes que descubrieron tantos misterios cerebrales. Cincuenta años tan solo habían sido suficientes para terminar con la frente científica más preclara de España.

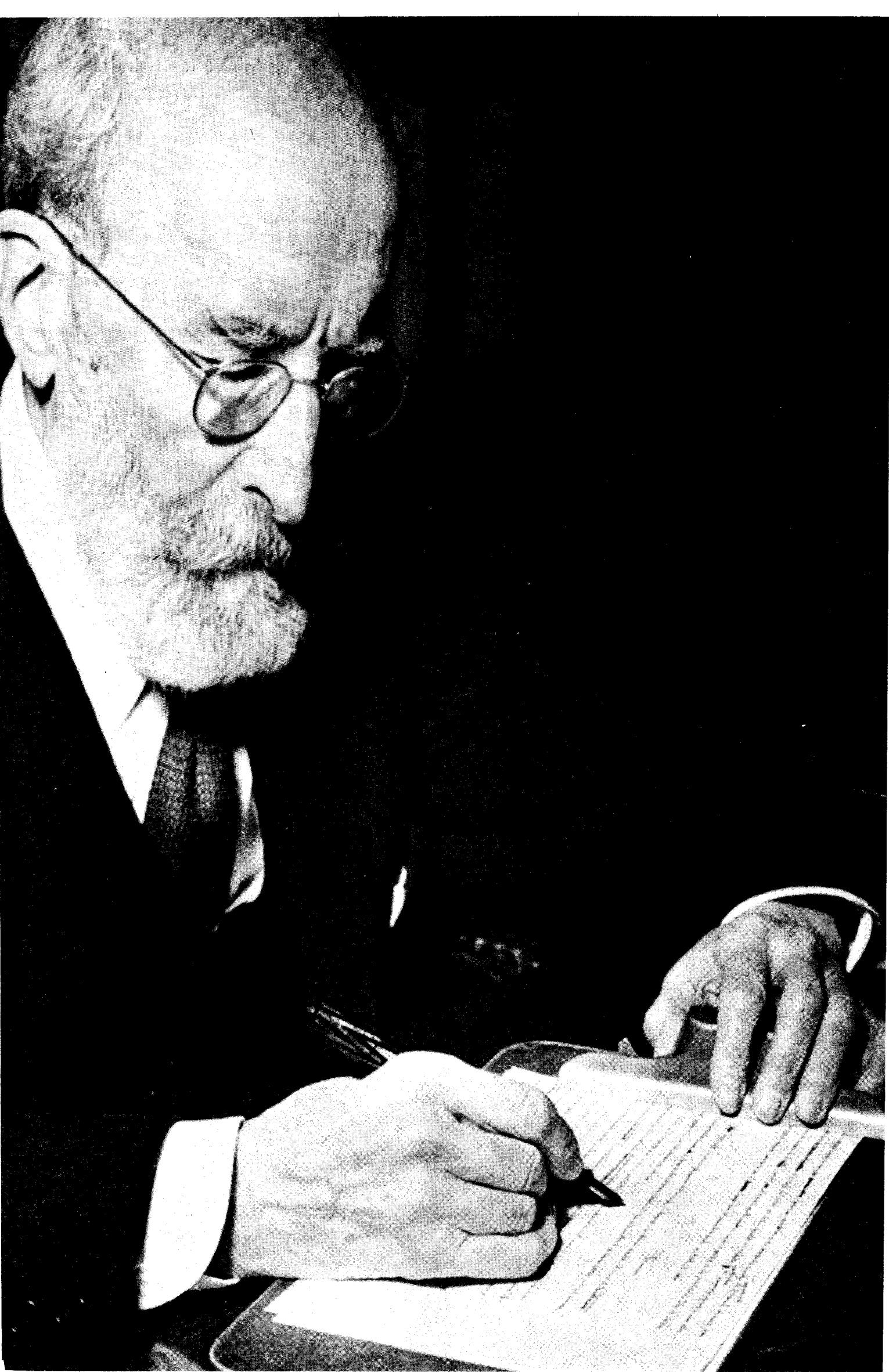
Octubre de 1889. Cajal tiene treinta y siete años. Es la hora del genio. Es la imagen que debemos recordar siempre. Acude a Berlín y el Congreso Mundial de Histología de la Universidad Alemana le reconoce como el mejor entre todos los investigadores de su disciplina, al ver los trabajos de Cajal traídos de España. ¿De España, la desconocida científicamente? Cajal asombra y abre las rutas de Europa y del resto del mundo a los investigadores españoles que le sigan. 1894, en Inglaterra se le nombra doctor "honoris causa" en Medicina. 1900, premio de Moscú. 1905, medalla de oro Helmholtz. 1906, premio Nóbel. Los premios se acumulan, los viajes, las conferencias, los homenajes mundiales son continuos, inacabables. En España, donde siempre es más difícil triunfar por aquello de que nadie es profeta en su tierra, en 1888, a los treinta y seis años, se le entrega la medalla de oro de la Exposición Universal de Barcelona, como premio a sus preparaciones micrográficas. Luego vendría la Gran Cruz de Isabel la Católica, la de Alfonso XII, la concesión de la medalla Echegaray, etc. El Rey Alfonso XIII estaría presente en la concesión de las distinciones y en la inauguración de sus monumentos, como el de Benlliure, en Zaragoza.

(En otro lugar, en otro instante, pasados cincuenta años largos, en un jardín marchito, en el patio de su vieja Facultad, la ancha frente luminosa de Cajal ha desaparecido, sus ojos carcomidos se volatizaron con los años. Tan sólo nos resta, en un jardín mustio y reseco, su boca callada, silenciosa, que no quiere hablar. Los techos de sus aulas y laboratorios hundiéndose. No quiere hablar en España Cajal de la gloria científica, de las angustias del investigador, de la tristeza y esperanza de los sabios, de la España investigadora trashumante en laboratorios extranjeros. Permanece callado, porque solamente le queda la boca.)

En Madrid también, pero lejos del Museo Cajal de Velázquez, 144, y de las aulas del maestro en Atocha, se encuentran recuerdos del patriotismo de Cajal. Porque Cajal fue ante todo un patriota. Un sabio al que le dolía España. Y combatió con las armas en la mano en Cuba. Y escribió sobre los hombres y las tierras de España. Y él, un aragonés nacido en Navarra, formado científicamente en Valencia y Barcelona, diría en sus libros con amargura: "¡Pobre Madrid, la supuesta aborrecida sede del imperialismo castellano! El chivo bíblico portador de todas las culpas." Porque Cajal nunca escondió la cara. Hombre que había sintetizado todas las regiones de España, a todas amaba y a todas les pedía el culto a la patria grande. Y prueba de esta lealtad, de este no rehusar nunca el peligro, lo tenemos en el Museo del Ejército donde se guarda su traje de médico militar y un óleo fechado en 1874, vestido de capitán. Pero todos los científicos de España, todas las regiones de España, todos los españoles, le tenemos olvidado y no hacemos nada, mientras él sigue en un jardín muerto, callado, con su boca sellada por la tristeza y la ingratitud.

(En otro lugar, en otro instante, una Comisión Pro-Cajal sueña con recibir colaboraciones para encontrar un sitio adecuado, el suyo, el de siempre, para dar cobijo a tanta riqueza dispersa —museos, bibliotecas, etc.— y en hacer una cátedra abierta a todos, sede de sociedades médicas y centro de estudios, que no sea un museo frío, sino un centro que irradie filosofía y ciencia.)





Don Ramón Menéndez Pidal

Por
Joaquim
Montezuma
de
Carvalho

A fines de noviembre de 1968, a los noventa y nueve años de edad y a escasos cuatro meses de conmemorar su propio centenario, expiró en Madrid el romanista emérito, el padre de la filología románica española y el gran maestro de la historia de la lengua castellana que, hace un siglo, fue bautizado en la ciudad gallega de La Coruña con el nombre de Ramón Menéndez Pidal. Nació en Galicia, pero su familia era de estirpe y tradiciones asturianas. Este español del litoral, que sentía en sí mismo a todas las regiones ibéricas y las amaba por igual a todas ellas, representaba el mayor tesoro de España y era un monolito imperecedero y auténtico de erudición liberal y ciencia pacifista. Al morir, casi como monumento de sí mismo, tenía este singular curriculum vitae, que considero único en la vida intelectual de la Península, tierra de "vita brevis": publicó unos quinientos libros, estudios, monografías, catálogos, prólogos; fue durante cuarenta años catedrático de filología románica en la Universidad de Madrid (cátedra que obtuvo a los treinta años de edad), durante sesenta y seis, miembro de la Real Academia Española y treinta y cinco, su insigne presidente (sólo con el intervalo de su exilio durante la guerra civil de 36-39), lugar que ocupó hasta algunos meses antes de su muerte. Impresionantemente, era "doctor honoris causa" de doce universidades y pertenecía a una legión inacabable de veinticuatro doctas academias de Europa y América. Y, todavía esa celebridad la alcanzó con su sencillez, su inteligencia y su voluntad persistente de trabajador intelectual, probo y activo. No perteneció al número de los catedráticos que se estancan al iniciar la carrera docente. Fueron noventa y nueve años los que lo vieron siempre con un libro en la mano, con la palabra cordial y el corazón tolerante, en fecundo ensimismamiento, sin esa indiferencia ridícula por el resto de Europa y ese mal constitucional de "estar a la defensiva". Alma vigilante y que, día a día, en el silencio de su gabinete o en la incomodidad del campo, oyendo de labios rústicos centenares de versiones de antiguos romances poéticos, iba constituyendo su impresionante obra filológica, crítica e historiográfica. No tenía la memoria estereotípica de su maestro, don Marcelino Menéndez Pelayo, y consideraba más exactas sus "papeletas" de trabajo, otro material que nunca dejó de acompañarlo, en toda su vida. Pero, a pesar de su uso y de la comparación con Menéndez Pelayo, ¡qué soberbia y gigantesca es su memoria! Una obra como la de Pidal no se puede comprender con la presencia de esa memoria. ¡Basta decir que a los noventa y tantos años estaba escribiendo sobre temas que inició en su juventud! Todo ocurría como si el tiempo no existiera.

Cuento en mi vida con una gran alegría, la de haber conocido personalmente al sabio humanista ibérico y la de haber sido recibido en su propia casa, en el barrio tranquilo de Chamberí, muy distante del centro de Madrid, un barrio que ya tiene sabor a campo y villorrio. Fue Dámaso Alonso, que sucedió a Pidal en la dirección de la Real Academia Española, quien me facilitó esa visita que tuvo lugar en un atardecer de octubre de 1957. En la calle Cuesta del Zarzal había canes que me metieron miedo. Y no había nadie. Llamé al portón. Un lindo por-

tón. Atrás estaba un amplio jardín, con cipreses. La residencia del sabio tenía algo de 'villa' italiana. Seducía por la originalidad, la blancura de las paredes y los muros, invadidos ya por las plantas trepadoras. Cuando me hicieron pasar a la residencia —el sabio me esperaba a la entrada de su escritorio, en el primer descansillo y junto a la larga escalera que ascendía hasta el 'hall'— me sentí atónito ante el riguroso sabor español de su mobiliario. La casa indicaba una cosa por fuera; pero por dentro era española desde el sótano a los tejados, o sea, de los cabellos a los pies. Y era españolísimo el escritorio del sabio, con estanterías repletas de libros, y un orden más de museo que de investigación. El mismo sabio, después de que transcurriera ya un día de trabajo, aliñadísimo en su traje oscuro, parecía más un ciprés. Un ciprés gentilísimo, con ochenta y ocho años de edad. ¡Y qué rumor de sabiduría descendía desde las ramas altas! ¡Qué gentil ancianidad! ¡Qué sonrisa cordial! Habló de Portugal y del orgullo que sentía por haber recibido el diploma de doctor honoris causa de Lisboa. Habló del portugués Lindley Cintra. Se sintió satisfecho por ser yo el primer portugués, procedente de Angola, que iba a visitarlo. Habló de Carolina Michaelis de Vasconcelos. Y se sintió todavía más satisfecho cuando le afirmé que era un lector asiduo de Pío Baroja, Unamuno, Ganivet, Maeztu, Azorín, Valle Inclán, los Machados, Juan Ramón Jiménez y de toda la generación del 98, a la que pertenecía mi anfitrión. El maestro no ocultó su orgullo y me afirmó que el medio siglo (de 1880 a 1930) en que actuó su generación, era verdaderamente "un nuevo siglo de oro", tan rico o más que el de los tiempos de Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, etc. Me mostró algunas ediciones raras, me explicó algunas fotografías y me acompañó escaleras abajo, hasta la puerta. Fue cuando sentí una lástima súbita por sus avanzados años, con aquella escalera mal iluminada y que podría ser traicionera. De nada valió tratar de impedirlo. Antes de despedirme para siempre del genial sabio, miré a un cuadro al óleo, cerca de la escalera, que me pareció en seguida de Marcelino Menéndez Pelayo. ¡Sí, es de mi maestro, don Marcelino!, me confirmó. Y añadió con voz suave: ¡Le debo mucho, fue mi maestro, el mayor de todos! ¡No somos nada a su lado!

De allí me dirigí a la casa de Dámaso Alonso, no muy distante, a unos cuatrocientos metros. Iba asombrado por tanta simpatía. Había estado junto a la cumbre más elevada de la erudición y la ciencia y no sentí el aire enrarecido. Y estaba rendido ante ese milagro biológico y espiritual de un hombre de casi noventa años de edad, con el uso de todas sus facultades (plenos poderes, diría Neruda). No sé si volveré en mi vida a tener sensaciones tan fuertes como las experimentadas en ese atardecer de octubre de 1957, remoto y tan presente. Es su imagen la que nunca perderé. Puedo decir que vi a Iberia y hablé con ella en ese día.

Y todavía no soy un filólogo, un historiógrafo ni un crítico de textos medievales. ¿Cómo explicar ese entusiasmo por Pidal que, antes que nada, es un investigador, como lo fueran Milá y Fontanals, Pelayo, Teófilo Braga?

¿Sedujo alguna vez la erudición a los que no son de su corte? Las sensibilidades idas, de tiempos viejos, ¿pueden interesar seriamente al presente?

A todo esto, respondo de que Pidal no es un autor de una mera obra filológica, crítica e historiográfica, y no es genial porque su erudición es simplemente fabulosa. Menéndez Pelayo, fallecido en 1912, tuvo todavía la oportunidad de comprobar que su discípulo era poseedor de un "método preciso, severo, verdaderamente científico". Eso es lo que caracterizó a Pidal, su ciencia, que es del mismo orden objetivo y riguroso que la de otro Ramón, el Nóbel de histología hispánica Santiago Ramón y Cajal (1852-1934). ¡Puede considerarse pretensión el que un erudito de la investigación literaria e histórica haga... ciencia! Pues Pidal era ese científico nato que en lugar de bacterias estudiaba romances de la tradición popular o la morfología de un vocablo. Un erudito comienza a ser científico cuando ordena los hechos de la investigación en una estructura, una teoría, un sistema. El erudito no es hombre que infiera estructuras. El erudito no elabora necesariamente una ciencia. Si tiene alma de científico, entonces se lanza a los conjuntos explicativos. De ahí la tendencia de Pidal, que era erudito-científico, o un científico nato que se hizo erudito, a construir vastas interpretaciones de tipo histórico sobre la base de una hipótesis. Los hechos lingüísticos sólo obtienen su auténtico significado cuando se interrelacionan con los hechos literarios, jurídicos, políticos y sociales. Sólo las estructuras evidencian y explican el sentido de las realidades pretéritas. De aquí se alejaba Pidal de la filología positivista (las lenguas, una evolución ciega), del idealismo filológico de Benedetto Croce y de Karl Vossler, porque para el liberal de Nápoles, como para el rector de Munich y antinazi, en el lenguaje se exaltaban valores estéticos, y de otras corrientes unilaterales. No. Pidal tenía un concepto íntegro del lenguaje como fenómeno humano, y situaba la lingüística entre las formas totalizadoras de la vida y la cultura. Este concepto suyo llegaría a revelarse hasta obsesivo en su discípulo más destacado, el también grande Américo Castro, para quien el hecho literario es sólo un hecho entre otros que lo iluminan, el fluir vital de una persona teledirigida por un conjunto. Croce dijo que la materia del arte no son las cosas, sino los sentimientos. Era esta búsqueda total de los sentimientos la que buscaba también Pidal y que da sentido a su obra variada, aparentemente heterogénea; pero ligada inmensamente por el mismo escrupulo: descubrir el interior del ser de España, del ser español.

Hay arqueólogos que reconstruyen un ánfora griega tan sólo por la posición de un pedazo. Hay antropólogos que diseñan un cráneo milenario con sólo dos o tres huesos dispersos. Menéndez Pidal tuvo el mismo talento: descubrir las síntesis (mejor dicho, el perfil de España, o mejor todavía, el perfil de Iberia) por medio de los fragmentos. Es sólo un científico el que se vuelve en esa forma alpinista de la teoría que... los hechos confirmarán después. A lo largo de su vida, el sabio confirmó con nuevos libros lo que fuera hipótesis. A lo largo de los años, muchos investigadores confirmaron las teorías

de Pidal, revalidándolas con un carácter de certeza inatacable.

El maestro decía: "la total comprensión histórica exige considerar la vida de un pueblo con un continuo irrompible, dada la realidad de su ininterrumpida sucesión generativa". Idea fecunda, puesto que asienta el proceso de tradicionalismo, tan estimado en su investigación. Es este proceso, a su vez, el que le hacía posible al maestro la prospección de lo que él llamaba de "psicología arqueológica", el instrumento con el que intentaba reconstruir el alma de los pueblos del pasado y, por medio de esa reconstrucción, tratar de encontrar un sentido eficaz para el presente.

Será en la obra "La España del Cid" donde se observa más clara y patente esta finalidad, que corona el sentido de su obra. El Cid era un valor humano con vigencia actual, ese valor que podría liquidar espectros terribles (el de la pasada guerra civil, etc.) con su irradiación de elemento formativo del pueblo español. Escribía Pidal: "Al escribir la historia del siglo XI, me propongo, sobre todo, depurar y reavivar el recuerdo del Cid, que siendo de los más consustanciales, y por motivos del pueblo español, está en nosotros muy necesitado de renovación (...) Pensando en esto cuando escribía mi libro, sentí que al inicial interés histórico se añadía algo de interés piadoso". Y le apuntaba al Cid estas cualidades paradigmáticas: "fidelidad y patria", "desmaña y altivez", "cautela", "tradición y renovación", "justiciero", "invicto", "energía heroica". Y añadía: "El Cid es el triunfo de la voluntad, que supera lo insuperable, y en esto también es representativa de su nación"; y "la ejemplaridad del Cid puede continuar animando nuestra sociedad colectiva". Pidal veía en el Cid hasta el extremo del héroe prototípico de toda virtud y el extremo del aventurero sin fe ni ley, especie tenebrosa de "condottiero". Pelayo lo reputará como héroe épico, con todos sus atributos instintivos de brutalidad. Será Pidal el que dará base a un El Cid conocedor del derecho, dirigido salomónicamente por principios de justicia. Será Pidal quien hará elevarse la fama de El Cid como justiciero bravo y lúcido. Y como un día de 1922, en el diario madrileño "El Sol", dijo el crítico Enrique Díez-Canedo: "severo, no cruel; cumplidor de su palabra; tolerante con los moros españoles, enemigo terrible de los nuevos invasores africanos; nunca rebelde, siempre alerta a la voz de su rey". El Cid, de blasón la honra por la honra. Un Cid normativo, piadosamente influyente para la educación, la regeneración del pueblo ibérico, donde la terrible sombra de Caín se extiende por Guadarramas y Guadalquivires, manchados de sangre.

Menéndez Pidal no permaneció sólo con el descubrimiento del valor del Cid. En su obra "Los españoles en la historia y en la literatura" (Bs. Aires, Espasa-Calpe, 1951), evidencia los caracteres que han perdurado desde la dominación romana: la sobriedad, el tradicionalismo, la anonimia, la persistencia de temas en las letras, etc. Aquí estaba todavía el sabio tratando de diseñar el perfil esquivo de Iberia... Y, no obstante, en el prólogo general a la "Historia de España", de Espasa-Calpe, obra colectiva, orientada y dirigida por él, prólogo que se co-

noce como: Los españoles en la Historia: cimas y depresiones en la curva de su vida política (1947), es donde se revela más agónico el "problema de España". Insiste en la perduración del español a través de las diversas situaciones políticas, culturales, lingüísticas e históricas, apunta cualidades y defectos comunes a los hispanos primitivos, a los hispanorromanos y a los hispanogodos, y también a los españoles de épocas posteriores. Al llegar a estas épocas más tardías, destaca la ausencia de los mejores, la falta de visión y de acierto en la elección y la división, efectuada desde el siglo XVIII, de las dos Españas (un portugués, Fidelino de Figueiredo, llamó a uno de sus ensayos, de 1932, "Las dos Españas y en qué versa el mismo tema"). Las dos Españas, una apegada al pasado hasta la locura, la otra renovadora e iconoclasta. Al llegar al análisis de esta división, que equivale a una guerra civil no declarada, pero presente en todos los actos de los ciudadanos, el sabio maestro, con celo justiciero, proclama la necesidad de una reconciliación y aspira a que sea efectiva "la España total... la que no amputa uno de sus brazos, la que aprovecha íntegramente todas sus capacidades para afanarse laboriosa por ocupar un puesto entre los pueblos impulsores de la vida moderna". Medite un poco en estas palabras y pronto se verá su carga dinámica de tolerancia, patriotismo amplio, sentido regenerador y apaciguador.

Pidal inició su carrera como filólogo que sólo interesaba a otros filólogos, y con el correr de los años y los frutos de su saber, su obra llegó a interesar a filósofos, historiadores, juristas, sociólogos. En los últimos treinta y cinco años, Pidal llegó a ser leído hasta por un público no especializado, alcanzando muchas de sus obras tiradas populares. ¿Cuál es la razón de este fenómeno que, hasta hoy, no alcancaron en la Península un Menéndez Pelayo, un Teófilo Braga, un Adolfo Bonilla y San Martín? Creo que la razón de que ese interés por Pidal sea unánime se deriva de que su obra fue pensadora, con la finalidad de revelar a los propios españoles e ibéricos el carácter de España e Iberia, ese carácter que los siglos no desgastan y que interesa a los contemporáneos hasta por motivos pedagógicos. Esa razón estriba en que Pidal no fue un erudito, sino un científico, sirviendo su erudición como demostración o medio de confirmación de cuanto aseveraba con alma humanitaria y poética. Solamente un sabio que tiene el alma calibrada en esa forma, consigue fortalecer estructuras indestructibles y llegar a la esencia de lo perenne.

Cuando su maestro Menéndez Pelayo se refería a Pidal, recordaba un romance: "Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera". Interpretó esta profecía como un augurio de que el discípulo llegaría a la explicación total de los fenómenos peninsulares, a descubrir en ellos las leyes que perduran a través de los tiempos y las generaciones. Porque Pidal fue todavía más lejos que Pelayo. No dejó un esbozo de perfil, sino que completó un retrato de cuerpo entero de la Península. Fue un pintor de la cultura y utilizó los pinceles y los tintes de lo que curiosamente denominaba "psicología arqueológica". El discípulo venció, en ochenta años de trabajo diario, a todos los moros que Pelayo no pudo liquidar.

Mi interés por Menéndez Pelayo no era por el eruditó, sino por la posición espiritual que lo hermanaba efectivamente a los españoles de su generación, la del "98", a esa preocupación de un Unamuno; un Azorín, un Machado, un Baroja, un Ortega, por el "hombre ibérico posible, o sea, por la imagen de una idea del hombre, radicada en la historia y válida para el futuro armonioso que merece la Península unilateral".

Nunca desligué al sabio de los otros escritores de su generación. Todavía queda por valorar cuál, de todos, fue el más representativo, ahora que se extinguió el último, que estaba a punto de sobrepasar el límite de los cien años. El futuro lo dirá. Pidal es igual a Unamuno, cuando éste, en "Vida de Don Quijote y Sancho", propugna para el hombre ibérico la filosofía del hombre quijotesco, "la de no morir, la de creer, la de crear la verdad", "cultivando la voluntad, convenciéndose de que la fe es obra de la voluntad y que la fe crea su objeto, así, lo crea". Igual todavía a Ganivet, cuando éste, en el "Idearium", afirmaba: "el individualismo indisciplinado que hoy nos debilita y nos impide levantar cabeza ha de ser algún día individualismo interno y creador y ha de conducirnos a nuestro gran triunfo ideal. Tenemos lo principal: el hombre, el tipo; nos falta sólo decidirle a que ponga manos a la obra". Igual a Azorín que, en su "La ruta de Don Quijote", decía de Alonso Quijano el Bueno: "yo amo esa gran figura dolorosa que es nuestro símbolo y nuestro espejo" y consideraba la noble figura del hidalgo soñador y realizador como "el hombre del porvenir". Igual a Baroja que, en "Divagaciones apasionadas", desea que la vida del hombre ibérico sea "una fuente de energía, de pensamiento y de acción" y que el español del futuro reúna el estoicismo de Séneca y la serenidad de Velázquez, el sentimiento justiciero de El Cid y el brío de Loyola. Igual a Maeztu, que imaginó al futuro ibérico como "caballero de la Hispanidad" (escribe en su libro "Defensa de la Hispanidad": "sacar a los indios y a todos los pueblos de la miseria y de la残酷, de la ignorancia y de las supersticiones" . . . Esperemos entonces que los caballeros de la Hispanidad, con la ayuda de Dios, estén llamados a moldear el destino de sus pueblos). E igual todavía a Antonio Machado, el poeta que aspiraba:

**Mi corazón aguarda
al hombre ibero de la recia mano
que tallará en el roble castellano
el Dios adusto de la tierra parda (P.C., 113)**

y el hombre ibérico que vivirá en esa

España de la rabia y de la idea (P.C., 204)

y actuará

**con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza (P.C., 204)**

Igual a los novelistas, pensadores, poetas y dramaturgos de su generación. Igual a los limpios de esta generación, entre ellos, al principal: Ortega y Gasset. Igual porque lo animó un sentimiento piadoso por la triste dicotomía de España, la España dual, y ambicionó, como los demás escritores de su propio "siglo de oro", la victoria fecunda de la España total, yo diría de la Iberia unitaria e inmortal.

Hace siglos, Jorge Manrique dejó, en memoria de su padre Don Rodrigo, estos versos bellísimos:

**"aunque la vida murió,
nos dexó harto consuelo
su memoria".**

Se fue, casi en el límite de los cien años, otro Don Rodrigo. El recuerdo que dejó es tan vasto y tan rico que para todos los tiempos de la historia de Iberia dejará mucho consuelo, en la certeza de que, si se convirtiera en realidad su sueño tan fértil, volveremos, en los hombres ibéricos, a estar a la altura de los tiempos. Fue esa aspiración la que latió en su corazón ya dañado.

Un día que regrese a Madrid, volveré a la presencia de ese viejito. También se visitan fantasmas queridos, ausencias definitivas.

El poeta en la sociedad de masas

Por
Luis
Ricardo
Furlan

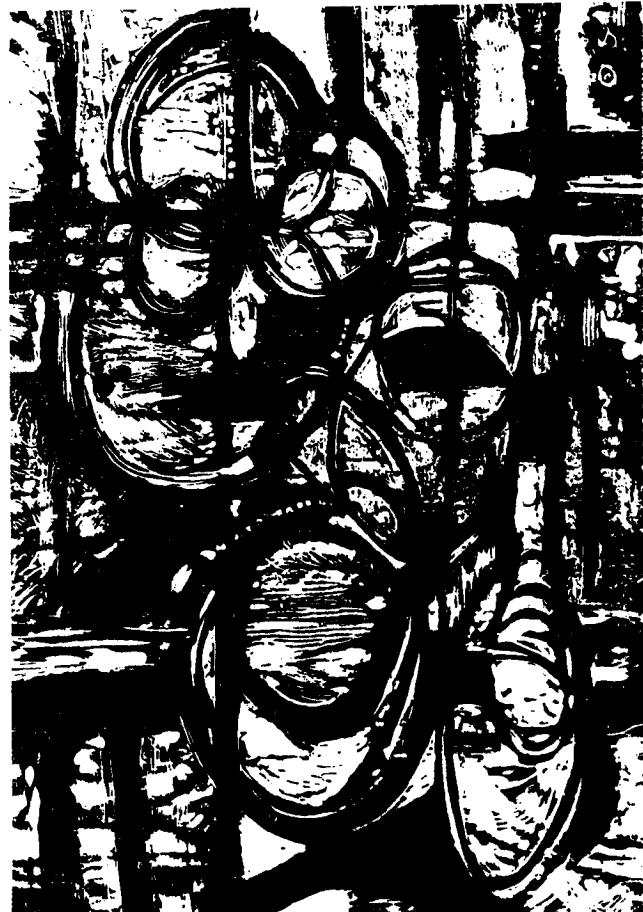
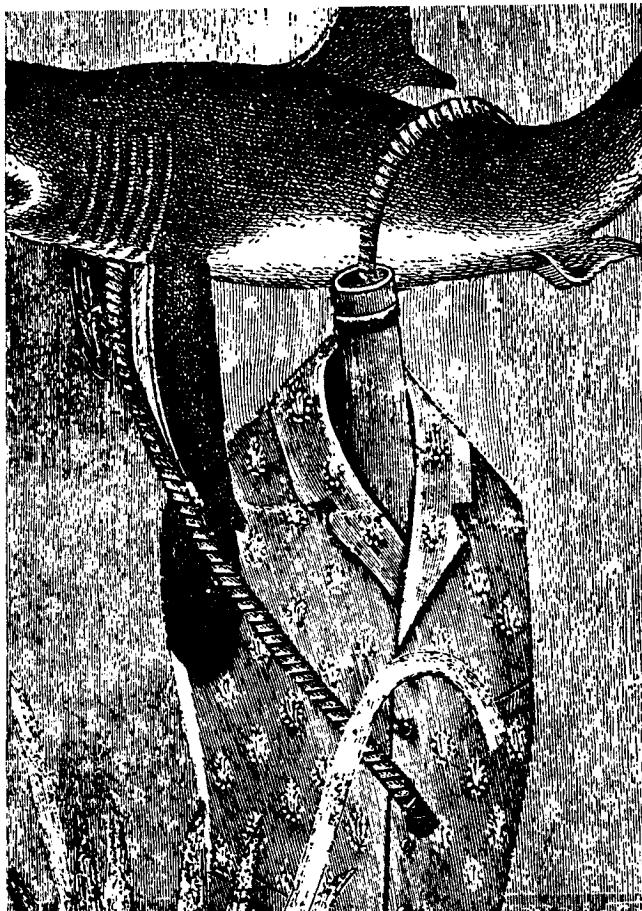
Todo intelectual enfrenta a la sociedad con espíritu cosmogónico y reacciona, a la vez, ante el envasamiento masivo del hombre que distorsiona su identidad y lo empuja a la pérdida del individualismo que es uno de los pilares esenciales y prerrogativos de la libertad del ser. El **síntoma** de la libertad como factor de acción y revelación no claudica ante posturas arbitrarias y anecdotáticas sino en la medida que es obligado el intelectual a replegarse, pero siempre rescatará la libertad interior, de la que nos habla Julián Marías. Desde luego, que la impunidad de la masa ante el intelectual es automática y asume su propia agresividad.

Pero, cuando ese intelectual es el poeta, la validez de su testimonio publicita las escoriaciones de la sociedad que lo contorna y ésta debe repasar su comportamiento y llegar a reconocer, por lo menos, lo que tiene de deleznable como núcleo tribal afecto a degradarse a medida que aumenta en la escala cultural. Los signos de una vida contemporánea aparentemente confortable en lo que exterioriza dejan sus señas en el **individuo-masa** y sólo es posible reencontrarlo a medida que el sentimiento de ser y estar inicia una prolongada y azafrona aventura hacia el interior, a la búsqueda inasible del espíritu que consolida lo humano.

“En la sociedad de masas donde nos toca vivir —apunta José Isaacson en su libro (*El poeta en la sociedad de masas / Elementos para una antropología literaria*, Buenos Aires, 1969)—, nada ni nadie tiene interés en que los individuos sean personas. Todo se nos alcanza envasado y enlatado: el conocimiento, la distracción, la alegría. El ocio que potencialmente contiene todas las posibilidades creadoras del hombre se convierte en factor acelerado de su cosificación creciente, lo que trae como resultado directo una alineación casi homogénea”, alineación, agregamos nosotros, que se establece por la falta de autenticidad existencial y por una valoración competitiva que rechaza otras vivencias perdurables.

Es duro oficio del poeta tratar de crear o disponer una corriente humanista en su medio. Isaacson postula desde siempre su teoría **neohumanista**, que “apunta hacia la revolución fundamental que reclama nuestro tiempo: el rescate de la persona”. Esta milicia del hombre en el mundo de hoy y aquí es el resultado de su controversia espiritual, de su constante desgano entre el **ser** y el **es**, algo parecido a lo que sostenía Monseñor Derisi cuando consideraba que “el **humanismo** —como la cultura que lo realiza— se estructura como un recorrido entre dos términos: entre el hombre tal cual es, y el hombre tal cual debe ser, o más brevemente, entre el **ser** y el **deber-ser** del hombre”. De donde surge, y volvemos a Isaacson, que “la palabra desalienada sólo es posible cuando el poeta logra conjugar dos ‘imperativos en cierto modo contradictorios’, que ya fueron señalados por Machado: ‘esencialidad y temporalidad.’” He aquí el hito de la cuestión.

No en vano, y es marca visible, insertar una simbología neohumanista implica reubicar a la persona en un contexto cultural que la contenga desde sus ángulos positivos. La cultura masiva es convencional en cuanto



se dispersa colectivamente y no canaliza su arraigo, es decir, se recibe aluvionalmente sin interesarse en las reacciones digestivas. La persona integra la masa, claro está, pero la masa no es la persona. En la masa está la discusión, la polémica, la batahola; en la persona, el diálogo, el esclarecimiento. De ahí que otra de las proposiciones de Isaacson diga: "Entre el individualismo y el colectivismo, la única posibilidad distinta es la que propone la filosofía dialógica". Por otra parte, entre individuo y colectividad (persona y sociedad = hombre y masa) lo que resalta es la continua e ininterrumpida lucha por no degradarse, por adquirir denominación que preocupa y ocupa al hombre inmerso en un proceso cuya definitoria arribada le es desconocida. Esta conciencia que el intelectual retoma en tanto da al hombre-individuo la centricidad de la acción progresista es resultado de una revisión que obliga a enfrentar la realidad desde planos subjetivos, de forma que la circunstancia no es ajena al medio histórico, sobre todo en un mundo como el que vivimos donde los valores se malinterpretan, la audacia no tiene límites y la funcionalidad es casi un rito.

Un poeta como Isaacson, sumergido siempre en la médula del hombre, asignado a su canto a través de varios poemarios de singular y varia trascendencia, no puede soslayar esta etapa crucial del ser contemporáneo. No lo quiere tampoco, porque desconocer la crucialidad del tiempo sería suicida y no corresponde a la actitud vital del escritor, del creador continuo y vaticinante. De ahí que su libro, cuyo comentario y glosa intentamos en esta modestísima nota, es una de las obras hábiles para el estudio de la antropología literaria y para su desmenuzamiento a rigor investigativo. Aquellos que atienden a las causales de la cultura y de la socie-

dad de masas hallarán en este ensayo orientación adecuada y clarificante sobre tópicos de auténtica y capital importancia para la condición humana.

Correspondiendo a su afirmación: "Latinoamérica es nuestro común destino. Le somos leales tratando de entregarle una voz que se module desde nuestra autenticidad. En esa órbita se inscribe el neohumanismo", Isaacson estudia a varios de los protagonistas de este episodio. Nicanor Parra, Ricardo Molinari, Arturo Marasso, Juvencio Valle, Carlos Drummond de Andrade y Jorge Luis Borges son los elegidos para exemplificar sobre el tema y sus distintos ángulos. La elección no es arbitraria; cada uno de ellos y en sí mismos, sostienen posiciones individuales e identificadas que pesan, no obstante, sobre la cultura amerindia y sobre la sociedad que habitan. Son voces que trascienden verticales, que humanizan la realidad y no la escamotean, que son a la vez mágicas y verídicas. Nos parece bueno recalcar que esta parte complementaria del libro no es un simple agregado para sumar páginas, sino una continuación del ensayo que lo origina y cuya prescindencia cercenaría la captación íntegra del trabajo y su sentido pedagógico.

La antipoesía de Parra es uno de los elementos imprescindibles para comprender hasta sus últimas consecuencias la exaltación del hombre en su quehacer comunicativo. Parra es un ser abismado en la relación, arquetipo de la imagen que trasciende y se populariza. El poeta chileno, "logra así una expresión —de cierto maniqueísmo estético— en la que el verso se ajusta al pensamiento y finca su modernidad en la adecuación dialéctica entre el qué y el cómo; una problemática contemporánea y un lenguaje cuya vertiente técnica no sólo transparenta la cultura matemática del poeta sino que a su edad —la nuestra— signada por la ciencia",

dice Isaacson. Distinto es Valle, su connacional de la tierra del copihue, para quien la naturaleza es su ámbito. "La poesía de Valle —dice el ensayista—, nutrida de paisaje, es poesía de comunión con su contorno. La tierra y sus habitantes, la alegría de vivir, que casi constantemente puede percibirse en sus versos, les dan un aura insólita en un tiempo como el nuestro, más affín por cierto con el laberinto y el caos". Sin embargo, ambas presencias se complementan porque están detectando al hombre de hoy y a un paisaje propuesto.

"La poesía de Drummond es, goetheanamente, poesía de circunstancia y, como tal, servirá como retrato indispensable para conocer el alma del hombre", escribe Isaacson cuando analiza a este poeta brasileño metido en su pueblo con veracidad recreadora. Poeta que entiende y comprende al hombre de la ciudad, a ese esclavo cotidiano del asfalto que se pronuncia inverosímil y angustiado ante su propia destrucción. Necesidad que busca y habilita el poeta para que el ser no se desintegre en la violación de su destino religioso, en el inventivo de sus lucideces y de sus clausuras. De ahí que, "entre la soledad y el desamparo, aislado en la multitud, el hombre de nuestro tiempo y de nuestras ciudades, tiene ante sí un horizonte de tan inminente proximidad que el recodo de una calle puede ser su fin y concretarse, de pronto, en pared palpable", confirma el ensayista.

Llegando a nuestra argentina literaria, Isaacson plantea tres versiones integrales a través de otros tantos poetas: Molinari y el realismo lírico; Marasso y el poeta frente al cosmos; Borges y el escritor frente a la palabra. "Aferrado a su ámbito terrestre, enamorado de la vida —dice— Molinari no es el inventor ni el descubridor de un paisaje; él es otra cosa, él es su habitante, bien consciente de su transitoriedad", en neta oposición o contraste, mejor, con "la sabiduría de Marasso (...) vinculada a la valoración del ser por sobre el saber" y donde "la palabra del poeta es constantemente relacional", hasta hallar que "lo genésico y lo cabalístico son dos mundos coexistentes pero que no se superponen" y que ese mundo es borgiano a través de la palabra. Claro que estas aproximaciones sólo pueden esclarecerse y gustarse con la lectura de los enjundiosos y amenos capítulos del libro que tratamos. Toda fragmentación, como la que antecede, puede resultar caprichosa y prejuiciada.

Inmerso en esa secuencia vital y trascendente que es la poesía y accediendo a la palpitante y auténtica problemática del poeta en la sociedad de masas, José Isaacson ha escrito uno de los más valiosos tratados sobre el tema y ahondado en él con vocación y exemplaridad. Si no bastara ese mérito, lo es más aún el de pertenecer a una generación clave dentro de la literatura argentina, la del **cincuenta**, cuyas características señalamos hace ya diecisiete años atrás, atribuyéndole las pautas que movieron a Isaacson a nominarla **neohumanista** una década más tarde, fijándola en su esencia espiritual. De ahí que esta obra será de incalculable valor para quienes la consulten o quieran hallar respuesta —que la encontrarán— a muchos interrogantes que hacen a la cultura de nuestros días. Ahí estará, no lo dudamos, su real permanencia.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO.

LIBROS UNIVERSITARIOS

EL ESCULTOR MANUEL VILAR
Por Salvador Moreno
UNAM. 1969. 1a. Ed. \$200.00

Vilar es uno de los artistas académicos más importantes de nuestro siglo XIX. Tienen especial interés histórico sus cartas escritas en México.



DE VENTA
EN LA
REPUBLICA
Y EN:

LIBRERIA UNIVERSITARIA
"INSURGENTES"
Av. Insurgentes Sur No. 299
México 11, D. F.

Observaciones sobre las neurosis políticas

Por
Arthur
Koestler

La mayor parte de las teorías contemporáneas relativas a la conducta política se basan en una curiosa paradoja. Es opinión muy generalizada que las muchedumbres tienden a conducirse de una manera irracional ("histerismo de las masas", "obsesiones de las masas", etc.). También es del dominio común que los individuos reaccionan de una manera irracional ante los problemas sexuales y en sus relaciones con la familia, con los superiores y con los subordinados. Sin embargo, aun cuando admitimos que **las muchedumbres se conducen en la vida pública, como los neuróticos**, y que los individuos sufren complejos en la vida privada, seguimos aferrados a la extraña ilusión de que el ciudadano medio, cuando no forma parte de la muchedumbre, es un ser racional en las cuestiones políticas. Todo nuestro sistema de gobierno democrático se funda en esta suposición implícita. Esta creencia, dogmática e injustificable, en la racionalidad política del individuo, es la razón primordial de que las democracias se hallen siempre a la defensiva contra sus adversarios totalitarios, no ya sólo físicamente, sino también psicológicamente. No obstante, la evidencia nos demuestra que el hombre del siglo XX es un neurótico político.

Los totalitarios, que son las fuerzas de la muerte que asaltan nuestra civilización, lo han comprendido así desde un principio; y la muerte, que se nutre de la enfermedad, tiene un diagnóstico seguro. De ahí que, para sobrevivir, nos será preciso también aprender a diagnosticar con acierto. Ahora bien, es imposible llegar a obtener un diagnóstico exacto, si se parte del supuesto de que el paciente está sano. Durante el "siglo de las luces", una serie de filósofos franceses, alemanes e ingleses: los enciclopedistas, los marxistas, los benthamistas, los owenistas y los progresistas de todas clases y matrizes nos inculcaron la creencia en la cordura política del individuo y en su racionalidad. Freud y sus sucesores han demolido una parte de esta fe optimista en el hombre, como ser racional; y se acepta el hecho de que nuestra libido sexual está desquiciada. Pero ha llegado la hora de reconocer que nuestra libido política está tan cargada de complejos, tan reprimida y tan reforzada, si no más, que la otra.

LA CORTINA DE HIERRO MENTAL

A primera vista puede parecer que el hablar de una "libido política", de una "inconsciencia política" y de sus recuerdos "reprimidos", es tan sólo un nuevo pasatiempo intelectual, un malabarismo con metáforas y analogías. Pero, si estudiamos de manera imparcial la escena contemporánea, veremos que la maraña neurótica del instinto político es tan real, y no menos profunda, que la del instinto sexual.

Un neurótico puede definirse diciendo que es una persona que tiene un contacto insuficiente con la realidad, y cuyos juicios se basan en sus deseos y sus temores, pero no en hechos firmes y comprobados. Los hechos capaces de contrariar el universo de los deseos y de los temores del paciente no son admitidos en la conciencia, si antes no son "censurados", convirtiéndo-

se así en complejos reprimidos. Si se aplica este esquema simplificado a la conducta política, se advertirá que abarca toda la escala de la patología política, desde la "esquizofrenia controlada", de un Klaus Fuchs, pasando por el mundo de los sueños y de los deseos del patrocinador de la campaña pacifista de Estocolmo, hasta la evación de la realidad del "neutralista". Los clisés políticos, que sirven como argumentos racionalistas para sus temores inconscientes, son tan desatinados como las razones que pudiera alegar un neurótico para no comer pescado. Cuando, en 1941, Harold Laski escribió al Sr. Juez Frankfurter que "la U.R.S.S. está más profundamente arraigada en la opinión popular que cualquier otro sistema", este argumento había perdido su fuerza de penetración contra las extravagancias de la libido política, y este profesor pasó evidentemente a ser un caso de estudio para el psiquiatra.

En el universo desquiciado del neurótico no tienen entrada los hechos que pudieran alterar su estabilidad interna. Los argumentos no pueden atravesar sus topes de casuística, sus parachoques semánticos, ni sus defensas emocionales. **El censor interior** —en el verdadero sentido psiquiátrico de la palabra— que protege las ilusiones del paciente contra la intrusión de la realidad, es incomparablemente más eficaz que ninguna censura de Estado totalitario. El neurótico político lleva su "cortina de hierro" particular dentro de su piel.

Por consiguiente, los hechos desagradables que el censor interior ha rechazado, quedan reprimidos y se amontonan hasta formar los complejos. El subconsciente político tiene lógica, síntomas y símbolos propios. Alger Hiss y Whittaker Chambers han llegado a ser estos símbolos para un espectáculo de títeres o para una concepción caprichosa, en que la culpabilidad se imputa, no ante la fuerza de la evidencia, sino de acuerdo con la lógica de los sueños del inconsciente. Si se mencionan los hechos "censurados" en presencia del neurótico político, éste reaccionará sea con vehemencia o con una sonrisa de superioridad, sea francamente con improperios o con insidias tortuosas, según la naturaleza del **mechanismo defensivo que le proteja contra su intima incertidumbre y su temor inconsciente**. Pues de lo contrario perdería el equilibrio precario del mundo de sus sueños y quedaría indefenso contra el mundo inflexible de la realidad, una realidad tan aterradora que ni siquiera un hombre cuerdo podría afrontarla sin sentir escalofrío.

LA CULPABILIDAD REPRIMIDA

En las cámaras de gas de Auschwitz, de Belsen y de otros campos de exterminio, se dio muerte a unos seis millones de seres humanos durante la última fase de la segunda guerra mundial. **Fue la mayor matanza organizada que registra la historia.** En la época en que esto se produjo, la mayor parte del pueblo alemán ignoraba lo que sucedía. Después, los documentos oficiales, los libros y el cine han publicado estos hechos con tal prolíjidad, que es imposible que una persona culta pueda desconocerlos. Y sin embargo, el alemán medio

hace cuanto puede por ignorarlos. La verdad no ha penetrado en la conciencia nacional y probablemente no penetrará nunca, porque su visión es demasiado aterradora. Si se la admitiera en la conciencia, la culpabilidad pesaría tanto que aplastaría el orgullo de la nación y frustraría sus esfuerzos para levantarse de nuevo como gran potencia europea. Muchos alemanes inteligentes y bien intencionados, cuando oyen mencionar en su presencia Auschwitz y Belsen, reaccionan con un silencio de piedra y la expresión dolorida de las damas de la época victoriana ante todo lo que les recordaba de manera algo ruda las crudezas de la realidad. No cabe en la cabeza de estos alemanes que tales hechos sean efectivos; son sencillamente cosas que no deben mencionarse y que carecen de significado para ellos. Otros desmentirán tal vez estos hechos y los calificarán de enormemente exagerados, o presentarán, a renglón seguido, diversos argumentos contradictorios, sin darse cuenta de la contradicción en que incurren.

El hecho notable, en lo que concierne a este tipo de reacción, es que revela un complejo de culpabilidad inconsciente incluso entre las personas que no participaron en las matanzas y que son la inmensa mayoría de los alemanes. Ante la ley, y hasta donde alcanza su conocimiento consciente de estos hechos, ellos son inocentes. Hacer, colectivamente, responsable a una nación de los actos de una minoría criminal es injusto, tanto en el aspecto legal como en el moral. Pero la subconsciencia política enfoca la cuestión de un modo distinto. Asume automáticamente una responsabilidad colectiva compartida, en cuanto atañe a los triunfos y a las derrotas, al honor y a la culpabilidad de la nación. En realidad, la característica más destacada de la libido política es su tendencia a identificar el "ego" con la nación, con la tribu, con la iglesia o con el partido. **La libido política puede definirse como la necesidad de considerarse parte integrante de una comunidad y de sentir la necesidad apremiante de pertenencia.**

Ahora bien, cuando esta tendencia inconsciente a la identificación produce resultados favorables, el "ego" consciente los admite de buena gana. **Todo alemán se siente orgulloso de "nuestro Goethe", como si hubiese participado en su creación;** todos los norteamericanos sienten satisfacción por su Guerra de Independencia, como si hubiesen luchado en ella. Pero los resultados menos agradables de la tendencia a la identificación no ocupan ese puesto de honor en el "ego" consciente. Y aun los hay que pueden actuar como un "shock" traumático, y que, por consiguiente, deben olvidarse o reprimirse rápidamente. **Nuestro Goethe, nuestro Beethoven, mi país constituyen la carne y el hueso del "ego".** Pero **nuestro Auschwitz, nuestros niños asfixiados por el gas, la guerra que nosotros iniciamos deben hundirse en las profundidades de la mente.**

Los complejos políticos, lo mismo que los complejos sexuales, cuando están reprimidos, tienen un efecto desconcertante. Por muy doloroso que sea el proceso, únicamente puede obtenerse una cura duradera retrotrayendo a la memoria el recuerdo reprimido. En lo que concierne al pueblo alemán, esta operación de higiene

mental sólo sus propios dirigentes podrán realizarla. El castigo y la humillación infligidos desde fuera no harán sino empeorar las cosas. Bien está que los vencedores olviden; pero los vencidos habrán de aprender a recordar.

LA AMNESIA COLECTIVA

Los franceses padecen un complejo reprimido de un carácter diferente, cuyas manifestaciones son todavía más ostensibles. Cuando el Gobierno legítimo de Francia capituló, en junio de 1940, después del derrumbamiento de sus ejércitos, la mayoría de los franceses aceptó la derrota y trató de llegar a una especie de modus vivendi con los alemanes vencedores. Con una Europa muerta y una Inglaterra desesperadamente aislada, este era el único camino que el francés medio, ajeno a la política, podía emprender razonablemente. Cuando el general De Gaulle proclamó desde Londres que "Francia había perdido la batalla, pero no había perdido la guerra", el pueblo francés, apresado como en un cepo, entendió que esto era una buena consigna de propaganda, pero que no respondía a la realidad de la situación. Durante unos dos años, aproximadamente, los franceses se dedicaron a sus ocupaciones lo mejor que pudieron, y gozaron de una paz relativa. Sólo un pequeño número de ellos siguió el llamamiento de De Gaulle y huyó a Inglaterra, para alistarse en su ejército de voluntarios, o se unió al movimiento de la resistencia. Esto tampoco deja de ser natural, ya que en aquella época la resistencia parecía una verdadera locura o una quijotada, y en todas las épocas y en todas las naciones los locos heroicos han sido siempre una pequeña minoría.

El giro que después fue tomando la guerra, el alistamiento forzoso de los franceses para trabajar en Alemania, y otros numerosos factores conexos contribuyeron a engrosar las filas del movimiento de la resistencia, hasta tal punto que, en el momento del desembarco de los aliados, ya había unos 20,000 a 40,000 franceses seriamente comprometidos en las operaciones de saboteo, de espionaje y de resistencia armada. Pero ni aun entonces constituían otra cosa que una pequeña minoría, ni su bravura ni su abnegación influyeron materialmente en el curso de la guerra. Francia fue liberada, no por el maquis, sino por el poderoso mecanismo bélico de los angloamericanos, por la aviación y los tanques británicos y norteamericanos.

De esta dura verdad no hicieron alarde los dirigentes angloamericanos, quienes por razones de cortesía dieron un relieve extraordinario a la contribución de los franceses a la guerra. Como es natural, los generales y hombres políticos de Francia siguieron la misma táctica, con el fin de reavivar la maltrecha dignidad de la nación y de salvar a ésta de la humillante sensación de haber sido liberada por los extranjeros. Así es como, en poco menos de un año, el francés medio llegó a convencerse sinceramente de que Francia no había sido jamás derrotada, sino que se había salvado por su propio esfuerzo; y además, que él, Monsieur Dupont, había

sido siempre un valeroso "résistant", al que sólo había faltado la oportunidad para demostrarlo. El recuerdo de sus pensamientos y de sus actos, durante el sombrío intervalo de los años 1940 a 1943, se reprimió con tanto éxito, que estos años aparecen hoy como una especie de hueco en la trama de la historia de Francia. Esto explica por qué llegó a ser posible que los comunistas franceses, que desde 1939 a 1941, habían predicado abiertamente la traición y la capitulación, y habían calificado de "aventura imperialista" y de "guerra de los ricos" la resistencia a la agresión alemana, resurgieran cuatro años más tarde como el partido más fuerte de Francia. Se aprovecharon de la amnesia colectiva y sus hazañas se hundieron en el abismo abierto en la memoria de la nación.

Así es como la estructura mental de la Francia de nuestros días ha podido levantarse sobre las quimeras y los desengaños. La leyenda de la nación victoriosa e invencible, que se mantuvo al principio gracias a un consentimiento mutuo y tácito, se convirtió rápidamente en acto de fe. El antiguo colaborador, no sólo ostenta la cinta de la "résistance" en el ojal, sino que cree también sinceramente que tiene derecho a llevarla. Porque admira a los héroes de la resistencia y porque siente que representan el verdadero espíritu de la nación, acaba inconscientemente por creerse uno de ellos. Nuestro Goethe, nuestra Juana de Arco, nosotros, la nación de los heroicos "maquisards" resurgen en todas partes.

Aquí vemos desarrollarse un proceso similar al que hemos observado en Alemania —el proceso de la identificación inconsciente con una minoría representativa— pero con resultados opuestos. En el caso de los franceses, la identificación conduce hacia una gloria compartida y permite a la libido política una expansión jactanciosa. Pero los recuerdos reprimidos ejercen su influencia tenaz y venenosa sobre la moral de la nación. La ficción del pasado sólo se mantiene evadiéndose de la realidad del presente. Francia, según la leyenda, nunca debió nada a nadie, en el pasado, y tampoco quiere deber nada a nadie, en el porvenir. Si se le procura la ayuda del Plan Marshall, es para servir algún proyecto misterioso de Wall Street. Si se le envían armas y tropas, es para favorecer los intereses del imperialismo norteamericano. Los únicos recuerdos del tiempo de la guerra relacionados con los norteamericanos, que permanecen vivos e incólumes, son los de los bombarderos que, a menudo, no acertaban a lanzar las bombas contra el objetivo y destruían de este modo ciudades y vidas francesas; y el de los C.I., a los que se veía con frecuencia borrachos, y que pagaban con cigarrillos los favores efímeros de las mujeres. La reacción consiguiente ha sido: ¡No más liberación "à l'américaine"! ¡Dejadnos en paz! ¡No queremos vuestras limosnas, ni vuestra coca-cola, ni vuestras bombas atómicas! Si vosotros nos dejáis tranquilos, también nos dejarán los rusos.

Todos los días pueden leerse en los periódicos franceses, cualquiera que sea su tendencia, variaciones rebuscadas sobre este tema. La única cuestión que no se menciona jamás es el hecho trágico, pero decisivo, de

que la supervivencia física de Francia depende del potencial atómico de Norteamérica. Si se admitiera este hecho, toda la estructura ficticia se derrumbaría. Y si hubiera que separar el elemento deseo, del universo de los deseos y de los temores del paciente, sólo quedaría el temor: el terror intolerable y reprimido de una Europa virtualmente indefensa todavía ante la amenaza rusa.

De ahí que sea necesario seguir manteniendo la ficción y eludiendo la realidad a toda costa. Esto no es hipocresía consciente, ni ingratitud, ni implica tampoco menoscabo por el carácter francés. Cualquier nación que hubiera sufrido tres invasiones en el espacio de un siglo, y en la que cada familia hubiera perdido un varón, por lo menos, padecería la misma forma de neurosis.

LA EVASIÓN DE LA REALIDAD

La evasión de la realidad es un rasgo característico de la Europa contemporánea; pero durante mucho tiempo fue un vicio específicamente británico. Casi podría decirse que los británicos deben su notoria inmunidad contra el histerismo al hecho de ser impenetrables a la realidad; defecto hábilmente disimulado con el arte de presentar sus desaciertos como si fueran actos de razonable moderación.

En los días en que Londres estaba sometido al "blitz", el P. E. N. Club pidió a Louis Golding que organizase unas conferencias para establecer una comparación entre la novela norteamericana y la británica. Apenas hubo terminado Golding su charla, cuando empezaron a sonar las sirenas anunciantoras de un ataque aéreo; pero la discusión se prosiguió con la naturalidad acostumbrada. El segundo o tercer orador era un hombrecito simpático y endeble, de pelo gris, que creo había escrito la biografía de un oscuro naturalista del siglo diecisiete, originario del Wiltshire. Atacaba a Hemingway, a Dos Passos, a Faulkner y a otros.

"Me parece", explicaba tranquilamente, "que estos novelistas norteamericanos modernos padecen una preocupación morbosa de la violencia. Leyendo sus libros pudiera creerse que allí el hombre normal se pasa la vida dando puñetazos a sus semejantes o recibiendo golpes en la cabeza; cuando, en realidad, las gentes normales rara vez tropiezan en su vida con la violencia. Se levantan por la mañana, trabajan sus jardines..."

Silbó una bomba y fue a estallar sobre unas casas próximas, y las baterías anti-aéreas iniciaron su estruendo infernal. El hombrecito esperó pacientemente que volvieran a sonar las sirenas, anunciando el fin del peligro, y después continuó con calma:

"Lo que quiero decir es que la violencia pocas veces desempeña un papel importante en la vida de las gentes normales y, en rigor, no es correcto que un artista dedique tanto tiempo y tanto espacio a esas cosas..."

Uno de los rasgos más destacados de la conducta del neurótico es su incapacidad para aprovechar las lecciones de sus pasadas experiencias. Como si actuara bajo la influencia de un maleficio, se lanza una y otra vez a los mismos conflictos e incurre en los mismos

errores. La política extranjera británica, en relación con la unión europea, y la política interna francesa, durante los últimos treinta años, parecen haber sido dictadas por esta fuerza que induce a la repetición de los mismos actos.

El resorte que hizo estallar la segunda guerra mundial fue la reivindicación, por parte de Alemania, de una ciudad que formaba en enclave en territorio polaco y a la que sólo podía llegar por un corredor. Apenas se había terminado esta guerra y ya los hombres de Estado aliados creaban un nuevo enclave, exactamente del mismo tipo, sólo accesible por un corredor trazado a través de territorio extranjero. El nombre del primer enclave era Danzig; el nombre del segundo es Berlín. Detrás del axioma baladí, según el cual "la historia se repite", se ocultan las fuerzas inexploradas que inducen a los hombres a repetir sus trágicos errores.

El ejemplo evidente más característico de esta fuerza es la llamada política de apaciguamiento. La lección que nos ofrece el tercer decenio de este siglo es que mientras exista una depresión, habrá una fuerza agresiva y expansiva, con una fe mesiánica en su misión, para ir a colmarla; que la elevación del nivel social, por conveniente que sea en sí misma, no basta para proteger contra un ataque, ni para disuadir al atacante; que el precio de la supervivencia es el doloroso sacrificio de una gran parte de la renta nacional para la defensa, durante un largo y penoso período, y que el apaciguamiento, por muy seductores y plausibles que parezcan sus argumentos, no es un sustitutivo de la fuerza militar, sino una invitación directa a la guerra. El recuerdo de estos hechos debería estar aún bien presente en la memoria de todos, y sin embargo, son numerosos los hombres políticos, sin mencionar a los millones de seres que entran en la categoría del hombre medio, que parecen decididos a cometer los mismos errores y a vivir de nuevo la misma tragedia.

"Del peligro de la guerra no es posible defenderse con las armas; esto sólo se podrá conseguir con el progreso hacia un nuevo mundo regido por el derecho... Los armamentos no pueden combatirse acumulando armamentos; sería lo mismo que recurrir a Belcebú para expulsar al Demonio."

Esto suena como un discurso de Mr. Aneurin Bevan, en 1953. En realidad, es un discurso pronunciado el 11 de marzo de 1935, en la Cámara de los Comunes, por Mr. Clement Attlee, para protestar contra una proposición del Gobierno, por la que éste pedía un modesto aumento del presupuesto del rearme.* Cuando Mr. Attlee sugirió, como una idea brillante para salvar la paz, la "disolución de los ejércitos nacionales", fue interrumpido con gritos de: "¡Dígaselo a Hitler!" El orador hizo caso, omiso de la interrupción, lo mismo que 18 años más tarde, Mr. Bevan pasa por alto impertinencias parecidas. En el citado año de 1935, la "candidatura de la paz" obtenía en Inglaterra once millones de votos, es decir, más de la mitad del electorado británico. Hoy día, todo esto ha pasado al olvido, se ha reprimido y se halla relegado a la subconsciencia política.

Incluso las consignas con que el agresor hipnoti-

zaba a sus víctimas, eran las mismas. Hitler patrocinó los congresos de la paz de los veteranos de guerra alemanes y franceses, que protestaban contra la conspiración de los "tradicantes de cañones" y contra los belicistas plutodemócratas de Wall Street. Los refugiados antinazis, que hablaban de los campos de concentración y de las intenciones agresivas de Hitler, eran considerados como propaladores de atrocidades, como maníacos de la persecución y fomentadores del odio entre las naciones, lo mismo que acontece ahora con sus sucesores, los refugiados rusos y los excomunistas. ¡Si las Casandras y los Jeremías se callaran, todo iría bien!, parecían decir las gentes. Después de cada acto de agresión, Hitler hacía un gesto de paz, que era ansiosamente aceptado por su valor nominal, como lo son los gestos similares de Stalin y de Malenkov. **Los hombres que levantaban la voz contra esta credulidad eran acusados de sabotear deliberadamente las posibilidades de una solución pacífica.** La cabeza de turco, el "verdadero belicista" era, en aquella época, no los Estados Unidos de América, sino... Francia. Cuando Duff Cooper, entonces Ministro de la Guerra, pronunció un discurso en el que insistía enérgicamente sobre la necesidad de la amistad franco-británica, fue atacado en ambas Cámaras por los laboristas, y Mr. Attlee subrayó que "un énfasis tan acentuado, al hablar de la amistad de un país, induce a otros países (es decir Alemania) a preguntarse por qué no se les trata con "la misma amistad". Cuando Hitler invadió la Renania (e inmediatamente después ofreció un tratado de paz de veinticinco años), el presidente del Consejo francés se trasladó a Londres, donde fue acogido con la misma cordialidad con que se recibe actualmente en Francia a los generales norteamericanos. Algunos expertos políticos imparciales, a quienes no gustaba el régimen nazi, se pusieron en guardia contra la exageración de sus peligros, diciendo que los alemanes sólo deseaban anexarse algunos territorios alemanes, como la Renania y el Sarre, pero que eran "demasiado inteligentes" para tragarse un país extranjero, tal como Checoeslovaquia, que no podrían digerir jamás. **Desde 1945 se oye exactamente el mismo argumento en Europa central y occidental, en relación con las intenciones de Rusia.**

El resultado de todo ello fue que, por el año 1936, los belgas, los rumanos, los yugoeslavos, etc. se habían hecho "neutralistas", y el sistema de la seguridad colectiva se desintegró, como se está desintegrando actualmente la O. T. A. N.

El neurótico que comete cada vez el mismo tipo de error y cada vez espera salir bien librado de él, no es un estúpido, sino sencillamente un enfermo.

ALGUNAS ABERRACIONES DE MENOR IMPORTANCIA

Casi todas las aberraciones de carácter sexual tienen su tipo correspondiente de perturbación en la libido política. Señalaré sólo algunos de los casos más frecuentes de neurosis política

La ambivalencia:

Una persona puede amar a otra y a la vez odiarla, y experimentar estas emociones simultánea o alternativamente, como acontece con las parejas de temperamento fuerte y en los casos de relaciones difíciles entre padres e hijos. Las relaciones que existen entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América son un caso típico de relaciones ambivalentes. **A los norteamericanos, por lo general, les gustan los aristócratas, las modas, los acentos y el empaque de las tradiciones británicas, pero al mismo tiempo se ríen de ellos.** Los británicos, aunque por razones distintas, consideran también a los norteamericanos con sentimientos que son una mezcla de admiración y de burla, de envidia y de desprecio. Aproximadamente una vez cada seis meses, las relaciones angloamericanas se envenenan y se produce una pequeña crisis causada, casi siempre, no por verdaderos conflictos de intereses, sino por la exasperación mutua, que es típica en una asociación ambivalente.

También se observa en las historias clínicas de los neuróticos que una emoción va seguida, de modo más o menos duradero, por su contraria: pasión ciega y odio desenfrenado, admiración ferviente y repugnancia escalofriante. **Muchos excomunistas, excatólicos y expatriados adoptan la misma actitud que el amante desengañado en relación con su pareja, con su iglesia o con su país, que en otro tiempo lo eran todo para ellos.**

En el tecnicismo psiquiátrico, esto significa una aberración por la que el instinto sexual se aficiona a un símbolo, a un accesorio o a una parte de lo que debería ser el destino natural de éste. El aspecto exterior de una mujer, un corsé, unas botas de montar, e incluso un retrato de "pin-up" pueden llegar a ser objeto de una adoración fetichista. La libido política también puede estar sometida a este fenómeno.

El fetichismo:

El carácter fetichista de los símbolos, tales como las banderas, los uniformes, los emblemas, las canciones y los himnos, es demasiado evidente para que sea necesario insistir sobre él. Es igualmente obvio que la propaganda explota rasgos característicos, como la melena de cabello de Hitler, el cigarro de Churchill o la guerrera de cuello alto de Stalin. Esos apasionamientos de las masas rara vez se reconocen como síntomas patológicos, a pesar de que nadie ignora su existencia. Significan no sólo una regresión hacia la idolatría y la adoración de los totems primitivos, sino también que el símbolo o la parte del mismo que se ha convertido en objeto del culto del fetichista, ha pasado a substituir a la cosa que aquéllos representan, desviando así la energía social de su propósito original. El impulso político de millones de idealistas que empezaron yendo a la busca de un mundo mejor, se ha visto pervertido de esta manera; **la lucha por el progreso se ha convertido en adoración del "Partido", al que ya no se considera como un accesorio de la finalidad primitiva, sino como un objeto de adoración, por derecho propio.**

Los eternos adolescentes:

El joven intelectual radical de Bloomsbury, de St.-Germain-des-Prés o de Greenwich-village es un tipo realmente inofensivo. Su radicalismo proviene a menudo de una rebelión de adolescente contra sus padres o de cualquier otro conflicto estereotipado que le hace desesperar temporalmente del mundo. Pero algunos de estos radicales no alcanzan nunca la madurez del adulto y siguen siendo los eternos adolescentes de la izquierda.

En los Estados Unidos y en Francia, se encuentra frecuentemente una variedad de este tipo, pero rara vez aparece en Inglaterra. El joven X... empieza siendo un comunista entusiasta; pronto se desilusiona, y funda un grupo de oposición trotskista, constituido por diez personas; descubre que seis de entre las diez forman un "bloque de oposición" secreto dentro del grupo; vuelve a sentirse desilusionado, y funda una "capillita", con un programa cien por ciento anticapitalista, antinacionalista y antipacifista, que también fracasa; inicia otra nueva "capillita" y así sucesivamente. Todas sus luchas, sus polémicas, sus victorias y sus derrotas son tormentas en un vaso de agua, limitadas al mismo grupito de **intelectuales radicales**: una especie de familia que se sostiene con las peleas y las acusaciones mutuas, y que, no obstante, mantiene la cohesión en virtud de un singular coagulante dialéctico. Un ejemplo clásico de estos grupos es el de los existencialistas-marxistas que se agrupan en torno a *Les Temps Modernes*, de Sartre, con sus rencillas y sus cismas perpetuos. Puede decirse que el sectario padece de libido política de tipo "incestuoso".

El entrometido Y... representa otro tipo distinto. Su nombre figura en todos los comités "progresivos", su voz se alza para protestar contra todas las injusticias; ha abrazado todas las causas justas que existen bajo el sol, y no ha llevado nada a feliz término sobre la tierra. Y... es el equivalente político del "ninfomaníaco", que sufre de exceso de libido política. También esta clase de neurosis florece especialmente en el clima de izquierda; porque, en general, la izquierda es políticamente hipersexuada.

Finalmente, existe Z..., el "masoquista" político. Para él, la parábola de la paja y la viga se ha invertido. La menor injusticia, dentro de su propio país, le arranca gritos de angustia y de desesperación; pero encuentra excusa para los crímenes más odiosos cometidos en el campo opuesto. Cuando a un jugador de tenis, por no ser de raza blanca, se le rehusa una habitación en un hotel de Londres, Z... tiembla de indignación espontánea; cuando millones de personas echan los pulmones por la boca en las minas soviéticas del Ártico y en las barracas de los campos de concentración, la conciencia sensitiva de Z... permanece silenciosa. Z... es un patriota invertido, cuya aversión por sí mismo y cuya ansia de autocastigo se han transformado en odio hacia su país o hacia su clase social, y anhela el látigo que habrá de flagelarle.

El deseo de pertenencia:

Es un axioma de la psiquiatría que nadie es perfectamente cuerdo. La diferencia entre una persona normal y un neurótico es sólo de matiz, no de calidad. Pero en determinados períodos de la historia, el clima social y cultural favorece ciertas tendencias específicas hacia la neurosis y la aberración. En la edad de oro de Grecia, la homosexualidad masculina era un fenómeno casi general. En los años de 1920 a 1930, la promiscuidad alcanzó proporciones sin precedente. La libido política está sometida a altos y bajos similares, que van desde la relativa normalidad hasta las proximidades de la locura. Hace ya bastante tiempo que estamos presenciando una constante decadencia hacia esta última.

Las causas posibles de este proceso sólo pueden mencionarse brevemente. Así como el impulso sexual sirve para perpetuar la especie, la libido política representa la necesidad urgente en el individuo de identificarse con una idea o con un grupo de valores que forman parte de una comunidad; en otras palabras, su necesidad de "pertenencia". Ambos instintos son humanos, aun cuando en el curso de los últimos decenios la importancia del segundo se ha visto oscurecida por la insistencia con que los freudianos se han dedicado a estudiar exclusivamente la primera.

En la Edad Media, a pesar de las guerras, del hambre y de las epidemias, el hombre vivía en un universo relativamente estable. La formidable autoridad de la Iglesia, la jerarquía petrificada del Estado medieval, la fe en la Providencia y en la justicia divina daban a las gentes un sentimiento de seguridad y de pertenencia. Despues se produjeron una serie de movimientos sísmicos, que empezaron con el Renacimiento, continuaron con la Reforma y culminaron en las revoluciones francesa y rusa, que deformaron lenta, pero totalmente, la visión que el hombre tenía de la sociedad y del universo. La vida medieval se hallaba regulada por mandamientos indiscutibles, que terminaban todos con signos de admiración. Ahora, todos los signos han pasado a ser interrogaciones. Toda la tierra, que antes era el centro estable del universo, se ha transformado en un laboratorio experimental que se agita como un torbellino; los valores se han derrumbado, los lazos se han aflojado, la libido política del hombre se ha desatado con las ansias eróticas de un adolescente. Pero, hasta ahora, la busca de un nuevo orden general y de un credo que comprenda las relaciones que unen al hombre con el universo y con la sociedad, no ha dado ningún resultado positivo. El hombre del siglo XX es un neurótico político, que no encuentra una solución al problema del significado de la vida, porque tanto desde el punto de vista social como del metafísico, ignora a dónde "pertenece".

De acuerdo con estas circunstancias, un instinto frustrado puede manifestarse bajo una gran variedad de formas y, a menudo, se encuentran en la misma persona signos contradictorios. La frustración y la derrota prolongadas pueden conducir hacia una atrofia del instinto; el paciente se hace socialmente apático y sus desenga-

ños le convierten en cinico político y le dictan una conducta antisocial. Los síntomas de este proceso de la libido política amargada se observan con carácter más sorprendente en la Francia contemporánea.

Pero el proceso contrario es todavía más peligroso. La necesidad insatisfecha de "pertener" puede conducir a la "hipersexualidad política", que se manifiesta por una ciega devoción abnegada hacia una causa no santa. En nuestra época, los que más profundamente han sentido la pérdida del paraíso han sido los primeros en experimentar la atracción de los reinos de los cielos "ersatz": la Revolución Mundial, la Rusia soviética, o el imperio milenario. En lenguaje psiquiátrico se dice que han experimentado "fijaciones" de su libido política hacia esos sustitutivos sangrientos de la utopía.

Las anteriores consideraciones no significan que deba subestimarse la importancia de los factores económicos y de los estados de tensión social. Ningún psiquiatra puede curar la pobreza ni la enfermedad que sufren las densas poblaciones del Asia. Pero es innegable que antes de expresarse las necesidades económicas del pueblo mediante acciones políticas se produce un proceso mental; y la mayor parte de las veces, este proceso mental engendra acciones absolutamente opuestas a la necesidad original. Los pensadores optimistas del siglo XIX creían que, en general, las acciones de las masas coincidían con sus intereses; el siglo XX nos recuerda que hasta un pueblo tan altamente civilizado como el alemán, es capaz de entregarse al suicidio colectivo, impulsado por alguna obsesión neurótica y sin tener en cuenta la realidad económica.

El razonamiento por sí solo no es suficiente para vencer esas obsesiones. Es propio de los credos totalitarios suministrar al creyente una saturación emocional, una sensación perfecta de pertenencia. Aunque el comunismo es un credo fantasma, tiene, no obstante, el dinamismo de una religión secular. Para los frustrados y hambrientos, tiene toda la atracción sexual de un credo fuerte y monolítico, en comparación con nuestra civilización dividida y compleja. La democracia no puede crear un instrumento de conspiración semejante al del Cominform, ni producir un fantasma contrario para oponerlo al credo comunista. No dispone de ninguna panacea para los múltiples problemas que abruman a nuestra civilización. Y sin embargo, sólo podremos sobrevivir si, además de poseer el armamento más poderoso, somos también capaces de destruir la fuerza hipnótica del fantasma.

La primera condición para ello es un diagnóstico exacto. Se atribuye a los hombres políticos tener solamente un conocimiento superficial de la historia y de la economía. Ya es hora de que se les obligue a aprender los elementos de la psicología, y a estudiar las extrañas fuerzas mentales que impulsan a las gentes a actuar contra sus propios intereses, con determinación tan obstinada.

* Evidentemente, en otros períodos se encuentran declaraciones semejantes en los discursos de los portavoces del partido conservador.

Agustín Lara *

Por Leopoldo de
Samaniego

Una de las figuras más interesantes de las que han pasado por XEW, es la del músico-poeta Agustín Lara y su historia una de las más cautivantes.

Agustín dice que nació en Veracruz, pero parece que no hay tal, sino que es originario de Puebla, aunque quiere a la tierra jarocho como si fuera propia. Su padre fue un médico de buena reputación, que procuró educar bien a su hijo. Agustín hizo estudios en el Colegio Militar de Chapultepec y luego tomó parte en la Revolución, según él cuenta.**

Habla y escribe correctamente el francés y el inglés: es uno de los hombres mejor vestidos de México y en su trato es de una finura de diplomático.

Ya desde pequeño y en la casa de una tía suya llamada doña Refugio Aguirre Del Pino, a quien él llama "mi tía Refu" y que fue directora del antiguo colegio de las Vizcaínas, le dio por tocar el piano. Auténtico genio musical, no hizo jamás aprecio de los maestros que trataron de enseñarle solfeo y demás secretos musicales: comenzó tocando sonecitos y un buen día sorprendió a todos tocando "de corrido" y con su estilo peculiar inimitable.

Agustín ha tenido infinidad de imitadores en su manera de tocar, pero si se compara algo ejecutado por el mejor de ellos, con algo tocado por él, se advierte inmediatamente lo burdo de la copia y se distingue la mano del genio, del genio, si, mal pese a que este calificativo no guste a sus enemigos y detractores.

El siempre ha sido diferente: no es como el común de las gentes ni en gustos, ni en apreciaciones, ni en arte, ni en nada.

Hay quien dice que las letras de sus canciones no son suyas y se las atribuyen a diversos poetas; lo cierto es que si algunas no han sido escritas por él, sí se deben a su inspiración la gran mayoría de ellas.

Hay quien le echa en cara su época de bohemio, sin acordarse de que muchos de los grandes literatos, de los grandes pintores, de los escritores famosos, pa-

saron por peores épocas y que una gran mayoría de ellos no logró salir del vórtice a que los empujó esa bohemia y perecieron dentro de ella.

Quien ha tratado al músico-poeta, sabe que es un soñador, un artista auténtico; un hombre que por lo mucho que sufrió en una etapa de su vida, tuvo justo de recho a paladear los goces que la vida le había negado antes.

Si se pudieran hacer cuentas de lo que Agustín ha ganado desde que el maestro Francisco de Paula Yáñez lo llevó a presencia de don Emilio Azcárraga y comenzó a cobrar las primeras monedas de oro de cincuenta pesos por cada canción, hasta nuestros días, se lograría una suma que pasaría de varios millones de pesos; sin embargo, Agustín no tiene un centavo: sigue siendo el mismo bohemio de siempre.

De ahí que pueda decir con Ricardo León: "Sé gastar a mi talante, la vida como el dinero..."

¿Cómo nacieron sus canciones? Las de vena española son, desde luego, reminiscencias de una época de su vida, durante la cual convivió con gentes de la primera inmigración peninsular.

Las otras, son, cada una, la historia de una mujer: una rubia, la otra morena, una de ojos claros, otra de ojos oscuros.

De "María Bonita" todo el mundo sabe quién se llama así y es bonita de verdad y sería ocioso e indiscreto estampar aquí su nombre. Ella fue un gran amor y ese amor tuvo que cantarse en una de sus más bellas canciones.

"Mujer", una de sus canciones más dulces, más delicadas, es la expresión de uno de sus amores más tiernos, de unos amores que marcan la linda entre los días de la bohemia pobre y la bohemia que comenzaba a ser dorada.

Se ha acusado a Agustín de plagios y ello ha sido sin bases de ninguna especie. Claro está que ha habido coincidencias entre una canción de Lara y otra que floreció en el pasado siglo o en algún país extranjero; pero ello ha sido una simple y llana coincidencia. Un autor de la fecundidad de Agustín está expuesto a eso y hasta ahora no se sabe de ningún músico mexicano que haya compuesto tantas canciones como él.

Ya se ha dicho que no sabe música en el sentido técnico; es decir: que no escribe sus canciones. Pero, ¡qué oído el suyo, qué intuición musical, qué manera de sentir la música!

Un día me escribió en un libro de autógrafos: "Eres de los pocos que han visto llorar mis canciones, frente a esa cosa que se llama micrófono" y ello es cierto...

* Este artículo fue escrito hace tiempo, mucho antes de la muerte del músico-poeta, para una Historia de XEW, que editorial NORTE publicará próximamente.

** Al fallecer Agustín Lara, se comprobó que había nacido, no en Tlacotalpan, Ver., sino en la ciudad de México. Hay que recordar que siete preclaras ciudades de la antigüedad, se disputaron la cuna de Homero.



Leopoldo:

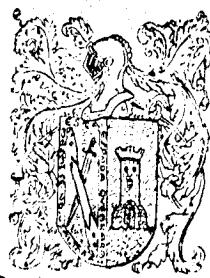
¡Cómo pasa el tiempo!...

Para el amigo que por primera vez me presentó al pueblo en un micrófono, y para el hombre que con su dignidad y su lección, conserva por siempre el afecto de quienes, como yo, han tenido el honor de conocerlo.

Leopoldo

Sr. Mst. Enviado 20/6/44.





¡Pobre España!

Ya no hay mantón de manila
hoy es la blanca mortaja
en donde toda la sangre
de los clavados, se enaja! -

Alfonso.

Leopoldo:

Bajo el Escudo de tu Razón
esta copilla de tu cuate.

Alfonso.

vida y a la difícil lucha que tuvo que sostener en sus comienzos para lograr el triunfo, la riqueza y la popularidad que disfrutaba.

No había querido abandonar su modesta casa de calle de la Trinidad, en la que vivía desde niño, a pesar de su magnífica situación económica. Le tenía mucho cariño. Pensaba que si en esta vivienda había pasado sus años difíciles, debían también ser hoy sus muros mudos testigos de su gloria y bienestar.

Se había casado con Engracia Lzano, con la que estaba en relaciones desde hacía más de cinco años y que supo alentarle siempre en sus horas de incertidumbre y desánimo.

Era una excelente mujer, de regular belleza e inmejorables prendas morales. Tuvieron un solo hijo, al que pusieron el nombre de Juan, en recuerdo del abuelo paterno, recientemente fallecido. Le llamaban cariñosamente Juani y constituía la delicia del matrimonio. José Luis solía decir con orgullo acariciando las sonrosadas mejillas del pequeñuelo:

—Este será torero como yo y se hará famoso en toda España y en el mundo entero..... Mira, Engracia, qué ojos más pilluelos y expresivos tiene. Parece como si se diera cuenta de lo que le estoy diciendo.

—2—

—1—

El triunfo de José Luis González fue clamoroso. Su actuación en los ruedos se hacía notar por su valentía y por su arte y estilismo. Citaba la prensa su arrogancia en las arenas y sus lances primorosamente ceñidos. Con la muleta era también valeroso y artista, destacando sus pases de pecho y espalda que efectuaba tan próximo al toro que casi le rozaban los cuernos del astado.

Era un torero muy completo. Cuando cogía el estoque, lo hacía asimismo a las mil maravillas, consiguiendo casi siempre que rodara su enemigo al primero o segundo intento de matar.

Los periódicos dedicaban grandes elogios al coloso malagueño del torero, publicando numerosas fotos de sus actuaciones en los cosos taurinos y extensos reportajes alusivos a su

Toreaba el diestro malagueño en Valencia. Era una tarde magnífica de sol. Despachó a su primer toro de una estocada certa, después de una monumental faena de muleta que le valió la vuelta al ruedo y la concesión de las dos orejas y el rabo.

Se disponía a lidiar a su segundo toro. Estuvo con el capote lleno de acierto y valentía. Era un bicho nervioso, traicionero; tardío en embestir. Acudía a las llamadas del torero inesperadamente, cogiéndole casi siempre de improviso.

Luego de recibir las puyas reglamentarias y de ser banderillado, José Luis tomó animoso la muleta para finalizar la lidia de aquel toro un tanto inquietante.

Dio con gran fortuna varios pases de pecho "de los suyos" que fueron muy aplaudidos. Inesperadamente, cuando citaba de nuevo a la fiera,

TODO POR EL HIJO

José Maqueda Alcaide

dispuesto a darle un pase de espalda, ocurrió algo trágico que llenó de estupor y angustia a la concurrencia. El diestro fue volteado aparatadamente. Caído en la arena del circo, recibió varias cornadas. Los quites resultaron tardíos. José Luis sangrante, perdido el conocimiento, fue trasladado rápidamente a la enfermería.

—3—

Fue largo su período de recuperación. De las diferentes heridas que sufrió, las más graves fueron las que recibió en el brazo derecho y en el hombro del mismo lado. A pesar de todos los auxilios de la ciencia, que hizo lo indecible para que su curación fuese total, dicho brazo le quedó casi por completo inmovilizado. Esto representaba el final de su vida taurina.

Sufrió José Luis atrozmente con esta desgracia que le privaba de volver a torear, como hubiera sido su deseo.

Unos amigos y compañeros del infortunado diestro, a raíz de salir éste del sanatorio, le rindieron un cálido homenaje que aceptó con honda emoción y que, de momento, le hizo olvidar un tanto su infortunio.

Después de una comida en la que reinó la mayor camaradería y buena amistad, le fue entregado un primoroso pergamino en el que se le nombraba Presidente del Club Taurino que había de inaugurarse en el barrio de la Trinidad y que funcionaría bajo los auspicios del pondonoso torero, ídolo de la afición española.

—4—

Desplegó José Luis su actividad con gran eficacia y entusiasmo a fin de que se hiciera realidad la constitución del mencionado club.

Dada la ventajosa situación económica que había conseguido durante su larga y triunfal actuación en las arenas, no dudó en alquilar, relativamente cerca de su casa, un amplio y estupendo local, al que dotó de un moderno bar, que había de regentear él mismo, ayudado por su hijo Juani y un par de camareros. Con gran optimismo puso manos a la obra.

Como no se trataba de una empresa de finalidad comercial, se habían de limitar estrictamente los ingresos que esperaban obtener a cubrir la totalidad de gastos del establecimiento. El café que ofrecían al público era excelente y económico y lo mismo ocurría con los vinos y demás bebidas.

El éxito del club fue rotundo. El público supo responder al torero con el cariño y la simpatía a que era acreedor.

Juani había sentido siempre una gran afición a los toros. Los triunfos de su padre le habían ilusionado en extremo y hubo un tiempo en que pensaba firmemente seguir el camino paterno. La idea de triunfar en los ruedos tuvo un acusado eclipse a la vista de la grave cogida que sufrió el autor de sus días. Pasado algún tiempo, aquel proyecto fue tomado en su cerebro nueva vida. Alentaban la renacida afición del joven, numerosos amigos que acudían al club, de los cuales unos eran novilleros que habían toreado ya con algún éxito y otros, simplemente aficionados al arte de Mazantini.

Sus padres se oponían tenazmente a su determinación. A pesar de ello, un buen día debutó Juani, que ya había asistido anteriormente a numerosas capeas, en la plaza de Ronda. Tuvo un enorme triunfo. Los críticos taurinos, con este motivo, recordaron en la prensa la figura de su padre, señalando algunos que su estilo y arrojo eran idénticos a los de José Luis.

La suerte estaba echada. Juani González prosiguió su triunfal carrera durante varios años, logrando extraordinaria popularidad.

Se desposó con Celia Romero, linda joven que había sido su novia casi desde la infancia, teniendo de la misma un precioso bebé al que pusieron el nombre del abuelo paterno

.... ¿Sería también torero Pepito Luis?

—5—

Los éxitos taurinos de Juani González le rodearon de una aureola de prestigio colosal. Ponía cátedra toreando. Con vista de lince, estudiaba ceteramente a su enemigo y ponía

en juego todo su saber para dominarlo por completo y reducirlo a la impotencia.

Pero también —la historia se repite— una tarde aciaga, toreando en la Maestranza de Sevilla, tuvo una gravísima cogida que le puso en los umbrales de la muerte. Un grito desgarrador de dolor corrió por los tendidos. Presentía el público que se trataba de algo grave.

El parte facultativo corroboró este presentimiento.

Pasados los primeros momentos de suma gravedad, fue trasladado a Málaga, siendo hospitalizado. Con este traslado, sus familiares podían estar más al tanto del estado del torero.

Fue larga su estancia en la clínica. Los más famosos doctores se interesaban grandemente por salvarlo.

Su fuerte naturaleza se hizo presente en aquella lucha entre la vida y la muerte y, al fin, entró en franco período de convalecencia.

Tanto sus padres como Celia habían sufrido lo indecible mientras estuvo internado en la clínica. Una vez recuperado, la esposa, con lágrimas en los ojos, le pidió reiteradamente que abandonara el toreo. Le presentaba, en apoyo de su súplica, a Pepito Luis que viendo los tristes semblantes de todos, le faltaba muy poquito para llorar.

Al fin, accedió Juani a aquellos requerimientos:

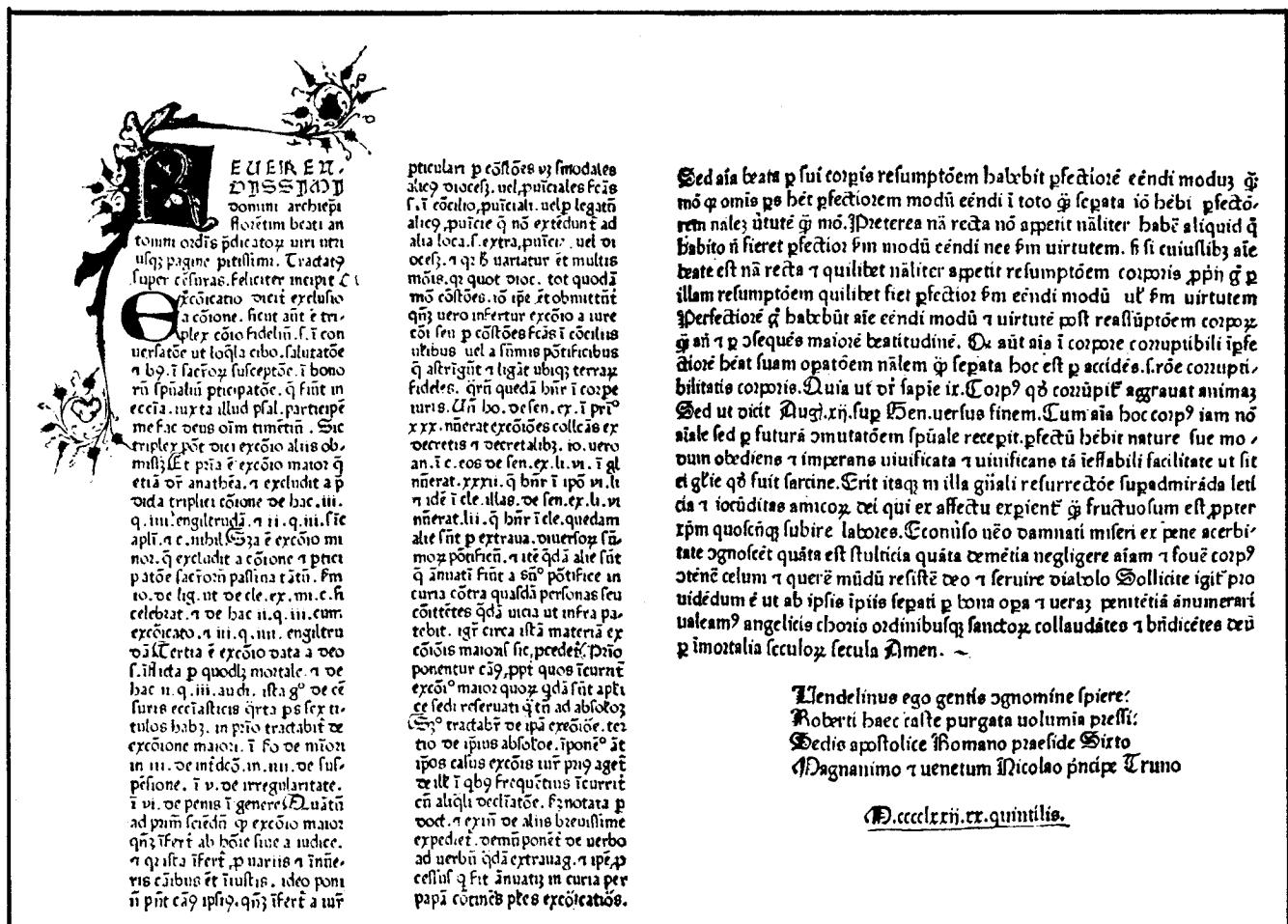
—Cumpliré los contratos que tengo firmados y luego... ¡se acabó!

Sonrió la mujer satisfecha.

Cierta mañana, fue Celia retirando de todas las habitaciones de la casa las fotografías en que aparecían toreando José Luis y Juani, haciendo con ellas un voluminoso paquete que guardó en el fondo de una alacena. No quería que las viera su hijo. También impediría, por todos los medios, que visitara, cuando fuese mayor, el Club Taurino. Así se evitaría que pudiera nacerle la afición a torear.

—Pepito Luis— decía con tono resuelto —será ingeniero, médico o abogado. O comerciante, si no sirve para el estudio. Pero no seguirá, de ninguna forma, el camino de su padre y de su abuelo. No quiero más sobresaltos e inquietudes. Sin ser torero, podrá encontrar, si Dios quiere, la senda de la felicidad.

Los incunables



Primera página del **Tractatus de Censuris**,
por el Arzobispo de San Antonino, impreso
hacia 1471.

Es de notarse que el número de lectores que como promedio anual concurrían a este recinto era de ... 70,000 a finales de siglo, siendo el acervo bibliográfico de más de ... 100,000 volúmenes.

Una página del **Sermonario** de Roberto Lilio, impreso en Florencia en el año de 1472.

PALOMA

Leopoldo de Samaniego

Nemorosa calle de San Juan del Río,
vieja calle Real,
yo quiero una noche rendir mi albedrío
prendido a las rejas de algún ventanal,
de cualquier casona de tu caserío,
del más rancio y puro tipo colonial,
y decir: ¡te quiero! y escuchar: ¡bien mío!
y cambiar un beso por un madrigal.
Vieja calle umbrosa, calle de leyenda,
quiero que una noche la ronda me prenda
escalando alguna casa conventual
de las que te marcan prestancia y orgullo,
por besar la mano, que sería capullo,
de quinceabriéña dama principal.
Calle rumorosa, bajo tu arboleda,
yo quiero, a los sones del toque de queda,
ponerme a pasear
una clara noche de luna de enero,
pesando en el cómo decirla: ¡te quiero!
sin que se trasluzca mi miedo al hablar.
Calle Real umbrosa de San Juan del Río,
de amores me muero, me muero de frío...
Quiero una paloma, como en la canción
que venga volando desde algún alero,
de uno de los tuyos viejo caserón
y con sus alitas caliente el acero
de mi corazón.

LAUD DEO

Manuel Ruano

Vengo porque nacen aquí los cánticos salvajes.
De aquí y a la hora en que maduran los estios,
en las silenciosas cavidades, frente,
a las vacías cavidades de la locura.
Como una amapola de invierno.

aquí yacen
las tristes catedrales,
que llaman desde el Jardín de Ammán,

o desde,
los secretos tahúres que se comían al Sol.
¡Aquí están, aquí, sujetos a mis ruinas!
En las hoscas miradas de mis ruinas,
ofreciéndole almizcle a los sentidos.
Desde el pretérito adalid que sostiene
la máscara grave de los dioses.
Igual al tallo que sube y se deshoja y cubre
y torna a descender, entre los gritos ácidos
que proceden desde un opúsculo infernal.
Como levantándose espectral y finalmente
envuelto en el manto de Orión o su túnica caprina.
O donde nacen las ojivas de lo eterno,

ahi,
donde Dios pudo levantar sus primeros soles serenos.
Como una canción triste de los hombres tristes.
Ausente de lo que es esotérico y dulce y cierto.
Vengo como si fuera una fruta oscura,
de oscuro corazón, de nervio negro,
a buscarte entre el pólém ciego y grávido
de tus lágrimas; a descubrirte en la fecundidad
que han de poseer mis dedos; a besar
el verde trigo de tus ojos; a buscar el cuajo fértil
de tu ternura y su pequeña flor... Lo digo
como si viniera y apenas fuera comprensible;
como si viniera desde un lejano mal,
—apetecido cadáver éste—,

que hoy nace aquí entre cánticos salvajes
y muestro
soberbio y sí, acaso circunspecto.
Algunas veces arrogante la manera, el gesto.
Igual que si fuera Xipe-Totec
o Tamarián el Terrible o el Hijo del Sol
en reconquista de su Tierra Sagrada.
Aqui levanto mi epopeya,
mi Canción de Gesta,
su Edad con clarividencias de Oro.
¡Guárdense de mí porque estoy volviendo!
Como si en realidad volviera volviendo,
a mí,
a descubrir mis pasos, a deambular,
a dar sentido a esta voz —Amor—, a poner
cielo a los infiernos.

Porque nacen aquí
los cánticos salvajes que llueven de par en par
desde tu sombra.

A la hora en que maduran los estios,
y en el que se abre la sangre de mi frente.
Vengo con una canción triste de los hombres tristes;
en busca de ti —Amor—; vengo a ahogar tu piel
en este terrible Sol devorador de lunas vírgenes,
orgulloso y siempre altivo. Porque soy
el Conquistador de una Tierra Sagrada,
que llega a beber solo, humildemente,

del añejo vino
que guardan tus desiertos.

Vengo así,
como si fuera una oscura fruta,
de oscuro corazón, de nervio negro,
y de silencios vivos.

PLACERES CAMPESTRES

RODEO, COLA Y CAPAZON

Entre las quiebras del monte,
bajo el estrellado cielo,
se oyen correr las caballos
de los traviesos rancheros;
ya al ganado se despierta,
y ya comienza el rodeo:
Reluce de la mañana
El matutino lucero
alegre anunciando gozos,
feliz llamando a festejos.
Vaqueros y aficionados
forman un círculo inmenso,
y los toros y las vacas
van reconociendo un centro
en donde está la parada,
que es a la falda de un cerro,
como desgracia espinoso,
de altos peñascos cubierto,
de enmarañados espinos
y precipicios horrendos.
Como las sombras discurren
tras las reses los rancheros,
y en el oscuro horizonte
se ven sus perfiles negros:
Inquietos braman los toros,
audaces ladran los perros,
El joh! se percibe agudo
de caporales expertos,
y ronco suena el bramido
del solícito becerro;
pero una luz blanquecina,
que oscurece los luceros,
sobre las crestas del monte
esparce dulces reflejos:
Se tiñen las nubes de oro,
de topacio y grana el cielo,
y, brota al fin el sol puro
en el limpio firmamento.

¡Oh cuadro! ¡Divino cuadro!
¡Cómo halagaste mi pecho!
¡Cómo a acariciar veniste
mi mirada de extranjero!
¡Cómo en tus variadas tintas
exaltabas el contento!
¡Cómo disfrutado hubiera
contigo goces sin cuento,
si mi corazón marchito
capaz fuera de consuelo!
Cuadro de tierna inocencia
y de júbilo perfecto,
abismo de luz y aromas
para el Hacedor excelso...
pintar no puede ese cuadro
quien no tenga pincel diestro;
pero mucho hace el que emprende
y tiene el pulso resuelto.

Guillermo
Prieto

20. RODEO

Tendiéndose entre montañas
se mira apacible valle,
que corre desde el Oriente
hasta el Ocaso distante:
Lo ciñen montes enormes
cubiertos de peñascales,
de tan agrupadas rocas,
de tan áridos breñales,
que apenas entre sus grietas
transita medroso el aire:
Son tan peladas sus piedras,
sus picos tan desiguales,
que apenas el pensamiento
osa por allí treparse:

Cuelgan de entre aquellas rocas
toscas biznagas salvajes,
las de púas afiladas
y los cardones punzantes.

Al lado opuesto se miran
continuas desigualdades,
los bajos más risueños,
los rastros de los raudales,
y la arcilla colorada
donde ni la yerba nace,
pero do brotan cardones
y mesquites y nopales,
y con todo esto el bajo
tiene conjunto agradable;
y a la luz del sol naciente
y al manso correr del aire,
cobraba aquella corrida
encantos inexplicables.
Ya de muy lejos vaqueros
disperso torete traen
en tropel alborotado,
obligándole tenaces
a que venga a la parada,
aunque bufe y aunque rabie.
Unos rancheros dejando
a los caballos colgarse,
son inmóviles custodios
del gando que allí pase,
otros furiosos persiguen
al toro que se retrae:
Todos los ojos espían
la res que quiere fugarse;
y ellos forman remolinos,
o solitarios se esparcen,
con joh! joh! llenando el aire,
sin reír ni distraerse.
Pero momento a momento
salta el toro, inquieto vase,
corren en tropel los buenos,
círculos hace en el aire
la gaza extensa del lazo,
como ellos dicen, mecate;

se alza entonces la algarazara,
vense correr y ocultarse
los entusiastas vaqueros
en quebradas y matorrales,
ladran los perros corriendo,
el toro cual rayo parte,
por fin, círtanle la vuelta
y a la parada lo traen.

Otras veces un becerro
logra azorado escaparse,
y como liviana cabra
sobre las rocas treparse:
Allí va feroz ranchero,
compite, salta, encaramase,
escúrrese entre las grietas
de los altos peñascales:
Nadie le dice "Detente",
nadie grita "No te mates",
y vuelve con su becerro,
y del pescuezo lo trae.

30. PARADA

Entre tanto en la parada,
en revuelto torbellino
de astas, de lomos y colas,
se oyen amantes bramidos.
Con mayor indiferencia
ningún héroe fue al martirio,
ni en los asientos de amores
vi corazones más finos,
que se embriagan de placeres
al borde del precipicio,
cuando a trozar sus delicias
va el carníero cuchillo.
A veces se encela un toro
o hace de Otelo un torito,
que al bravo rival emplaza
a tremendo desafío;
y se apartan, y se chocan,
dando feroces bramidos,
lanzando chispas sus ojos,
lleno de espuma el hocico:
Los agudos cuernos traban,
se alejan enfurecidos,
y tornan en rudo choque,
y permanecen unidos
resoplando furibundos,
topándose con ahínco.
En esos tremendos lances
tronchan mesquites y espinos,
y queda rastro sangriento
en donde fue el desafío.
El amor en todas partes
hace fieros desafíos,
aunque no entre los cornudos,
que siempre son mansos bichos,
digo los de cara blanca,
no los mecos, ni los pintos.

Acabóse la parada,
ya de marcha se dio el grito:
Llegan al corral los toros
en carreras y amorios:
Cabe el corral, se halla el toldo;
mas antes de ver el sitio,
a tomar un refrigerio
nos llama el amo político,
bajo del pajizo techo
que prestó contento el indio,
donde en el suelo se mira
extendido el mantel limpio.

40. ALMUERZO

Venga el de tuna encendido
y la blanda barbacoa,
que se sienta por el suelo
esa concurrencia toda,
y cuando se alegra el vientre
las lenguas están de gorja.
El tlecuil, como una hoguera,
les da existencia a las gordas.
¡Muchachos! como se pueda,
beban, y gocen, y coman,
así en círculos sentados...
—¡Qué hombre! parece una bola,
—Si embiste con el cabrío,
¡ni los huesos le perdonan!
Rebosando el colorado
vierte su linfa espumosa
sobre los labios sedientos
del que primero lo toma:
La cocinera contenta,
con su faldero bigornia,
a la puerta los sirvientes
de la alegre comilonas:
Allí el punzante epígrama,
allí la confianza loca,
allí el nácar cuentecillo,
allí la amistosa broma,
allí al colegial las burlas
y al ranchero las lisonjas.

Veloces del corderito
desaparecen las lonjas,
y en un estanque de caldo
el chile relleno asoma.
¡Oh qué divina franqueza,
oh qué holganza generosa!
¿Quién, en tu amistoso seno,
tus convites ambiciona,
corte, que en doradas copas
brindas con hiel y ponzoña?
¡Vamos a apartar, muchachos!
Gritan, y a caballo montan,
que ya se acerca el momento
de la carrera y la cola.

Está reunido el ganado,
haciendo tales diabluras
que no son para contadas
por mi pudorosa pluma.
Es amor al viento libre...
las campestres hermosuras
lo miran desde la cerca
como quien ve cosas chuscas
y... los puntos suspensivos
esta introducción concluyan.
Allí se opera el divorcio,
y se ven vacas viudas
consolarse de sus penas
con esposos de remuda;
que estas hembras por lo menos
de la fe común no abusan,
ni cubren sus gatuperios
con la sombra de la tumba.

Apartados, al martirio
de Orígenes van los toros;
pero antes en la carrera
y en la cola unos tras otros
darán pábulo al contento,
serán objeto de holgorio.
En las trancas, frente al lienzo,
hay un valladar vistoso,
formado por los jinetes
que están esperando al toro,
del lienzo casi al extremo,
que es un extremo remoto.

Se agrupan los lazadores
en caballos menos briosos,
de ancho y de carnudo encuentro,
firmes patas y buen lomo:
Ya se nombró la parada,
ya se apartó ardiendo un joso,
y ya, viendo el toro un claro,
a correr se lanza bronco.

LA COLA

Retiembla el suelo al escape,
un jinete se empareja,
y tras el ligero toro
veloz como el viento vuela:
Los gritos pueblan los aires,
el brioso corcel se empeña,
brillan con el sol luciente
su piel de oro y manchas negras:
Ya el hombre tomó la cola,
ya diestro se valonea,
mete cuarta, avanza fiero,
redobla su ligereza,
alza la pierna y estira
y... el toro cae y da vuelta,
y la faz de aquel jinete
de gusto relampaguea.

Gritos y vivas se escuchan,
todo tiene aire de fiesta:
Apenas el toro se alza
los lazadores se aprestan,
y con un tino exquisito
lo lanzan o manganean:
Brama el toro de coraje,
cayendo en tierra humillado,
y viene luego el verdugo,
con ansia de buitre llega,
y torpe, vil cirujano,
con mano tosca lo opera:
Muge de dolor el toro,
con su sangre el suelo riega...
ya puede servir de eunuco
y de irrigación a sus bellas...
ya se transforma en cuitada
su hermosa naturaleza,
de buey el nombre ha tomado,
y vil coyunda lo espera.

Pero tornando a los gozos
y a los placeres de gresca,
en cada toro de cola
se repiten las escenas:
Ya se corrió tal jinete
porque a la cola no llega;
otro queda descontento
de sólo dar media vuelta;
y en el caballo desquita
su desdicha o su torpeza.

Sucede en tales festejos,
con desgraciada frecuencia,
que correderos y toros
inadvertidos tropiezan:
La fiesta se torna en duelo,
los gritos de gozo en quejas:
¡Cuántos ayes doloridos
y cuántas profundas penas!
Al corredor desdichado
lo arropan y lo confiesan,
y luego en tosca zaranda
su estropeado cuerpo llevan;
pero en esta hermosa frasca
ni hubo heridos ni reyertas,
las caras de gozo llenas
todos se miran amigos,
y huye lejos la etiqueta.

El corral quedó desierto,
las chicas dejan la cerda:
Formando nubes de polvo
los concurrentes se alejan,
y yo tomo fatigado
(como acaso el lector queda)
entre jarillas y espinos
el camino de la hacienda.

CANTO V*

Vicente Géigel Polanco

Alerta a su destino, arraigó en la conciencia el fervoroso anhelo de fundar una Patria, en fraterno consorcio con las otras de América y en tareas hermanas con los pueblos del mundo. A lo largo del tiempo amamantó en su entraña las fuerzas poderosas para el logro del sueño: vitalizó las fibras de su tronco en la historia, arraigó en la conciencia el hispánico verbo, iluminó de luz la fe de sus mayores, afinó en el ambiente la tradición de vida que exalta los valores supremos del Espíritu, abrió los ventanales de los cuatro horizontes al saber y la técnica y al afán de servir, y en respuesta a los fueros de dignidad del hombre, desplegó dos banderas: ¡Libertad y Justicia!

*Del libro *Canto de Tierra Adentro*

TRES
MEDITACIONES
DEL
QUIJOTE

I

Uña vieja armadura,
una ruinosa adarga
y un fingido yelmo;
una torcida lanza,
una mellada espada
y un rocin decrépito.

¡De bien menguadas armas
[precisaste,
noble hidalgo,
para cobrar renombre eterno!

II

Salir en pos de grandes aventuras;
atreverse por selvas y desiertos;
hundirse en las entrañas de la tierra
desafiando al misterio.

Surcar océanos en endeble barca;
romper los aires en alado leño;
y libertar a miserios forzados,
de duro cautiverio.
Fiero león rendir con la mirada;
vengar agravios, y enderezar tuertos;
batir gigantes; y en feroz batalla
desbaratar ejércitos.
Y una buena tarde,
volver, sumiso, al olvidado pueblo,
y concretar el mundo a una sobrina,
una ama,
un rudo labrador,
un cura,
un bachiller burlón
... y un barbero.

III

La sed de gloria.
El noble empeño de emprender
[hazañas
para pasmo de tiempos venideros.
El ansia de alcanzar la fama.

Todo traído a menos.
Todo, al fin, preterido
—en el rigor de cuatro muros
[blancos—
a la tibia oquedad
de un modesto lecho.

LA
ULTIMA
SALIDA

Advierte el buen Quijano
su fin y acabamiento.
Vencedor de sí mismo,
recuerda al cabo de profundo sueño.
Ha vuelto el juicio libre y claro;
mas su noble renuncia
le llena de mortal desabrimiento.

El ama y la sobrina lloran;
calla el barbero.
El cura hilvana con latines,
atropellado rezó.
Olvida el bachiller su ciencia;
y Sancho, entre pucheros
y lágrimas, implora:
"Vuesa merced no muera,
y siga mi consejo;
de la señora Dulcinea,
desencantada ya,
vayamos al encuentro".

Con abierta humildad, el noble
[hidalgo
perdón demanda al escudero.

Ha vuelto la cordura.
¡Pero el ideal no ha muerto!

Y ahora, nuevamente,
mas con distintas armas
armado caballero,
por campos de Montiel imaginarios
dispone una poster salida,
hacia el misterio.

Y sin quitar de lo alto la mirada,
firme y resuelto,
pasa calladamente,
de un sueño
... a otro sueño.

(Afuera, en el corral,
Rocinante y el rucio
se miran en silencio.)

PEDRO GARFIAS

... yo he de seguir gritando
mi llanto de bacerro que ha perdido a su
(madre.)

Poeta que sufre su destierro, y en su rodar por los desiertos del tiempo, riega a su paso, con las dulces aguas de su inagotable manantial, las cálidas arenas de la América española.

¡Qué azul tu fuente! Tu manantial
¡qué azul y limpio! Puras aguas serranas.
Fluías con holgura y blandamente
ceñías a la tierra tu vena inmaculada.

Mas este manantial de músicas palabras eran una necesidad vital para Pedro, era un darse a sí mismo sustento espiritual.

Sin otra compañía
que la palabra que balbucea su sentido,
con la frente apagada y el alma en agonía,
sin aguas que alimenten mi vista ni mi oido.

Inspiración, estro, duende, o una terrible compulsión de sacar líquido de las piedras del hastío.

Las rocas son como pechos
que se abriesen por sus puntas.

El poeta compensa sus carencias espirituales:

Canta, corazón mío,
la primavera.
De mi garganta fluye
un río de voces nuevas.
Hay en cada latido
de mi sien, un poema.
Y ha brotado hojas verdes
mi voz, ardida y seca.

Mas la sublimación estática de Garfias sobreviene al arrancarse de su patria, y es entonces cuando erotiza sus angustias, sufrimientos y desesperanzas en forma más latente:

Ahora

ahora sí que voy a llorar sobre esta gran roca sentado
la cabeza en la bruma y los pies en el agua
y el cigarrillo apagado entre los dedos...

Ahora
ahora sí que voy a vaciaros ojos míos, corazón mío,
abrir vuestras espiras lentes y vaciaros
sin peligro de inundaciones.

Ahora voy a llorar por vosotros los secos
los que exprimís vuestra congoja como una virgen sus
(pechos)

y por vosotros los extintos
que ya exhaláis vapor de hieles.

Ahora voy a llorar por los que han muerto sin saber por
(qué)

cuyos porqués resuenan todavía
en la tirante bóveda impasible...

Y también por vosotros, lívidas, turbias, desinfladas
(madres,
vientres de larga voz que araña los caminos.
Un llanto espeso por los pueblecitos

que ayer triscaban a un sol cándido y jovial
y hoy mugen a las sombras tras las empalizadas.

Y por las multitudes

que pasan sus vigilias escarbando la tierra...

Un llanto viudo por los transeúntes
tan serios en el ataúd de su levita.

Ahora

ahora puedo llorar mis llantos olvidados
mis llantos retenidos en su fuente
como pájaros presos en la liga.

Los llantos subterráneos

los que minan el mundo y lo socavan
los que buscan la flor de la corteza
y el cauce de la luz, los llantos mínimos
y los llantos caudales, acuden a mis ojos
y fluyen en corrientes sosegadas
a incorporarse al llanto universal.

Sobre esta roca verdinegra
agua y agua a mi alrededor
ahora sí que voy a llorar a gusto.

DOS POEMAS DE LUIS ALVAREZ LENCERO

Que un poeta no muere porque está
acostumbrado
a llevar sobre el hombro la muerte
cada día.

CUERPO PRESENTE

Te miro y quiero hablarte y no me atrevo
esta noche ante ti, cuerpo presente,
y te lloro y te lloro amargamente
muerto mío lo mucho que te debo.

Me parece mentira y te compruebo
con tus manos cruzadas, seriamente,
tú ahí tan cerca y tan distante, enfrente,
y yo ahogado en el llanto que me bebo.

Dime por qué me miras de ese modo
si estoy para escucharte aquí callado
y me espanta tu boca así entornada...

Pero ya tu silencio lo habla todo:
Mañana tu cadáver enterrado
será sólo ceniza, olvido y nada.

CAMPOSANTO

Hoy he pisado la tierra
callada del cementerio,
y la tierra me dolía
como si pisara a un muerto.

Sentí bajo mis zapatos
un hondo estremecimiento.
Cerré los ojos. Delante
cavaba el sepulturero.

Casi me hundía en la tierra.
Tiraba de mí el silencio.
Me volví sobre mis pasos.
Me toqué el alma con miedo.

Espera un poco. Mañana.
Ya te daré todo el cuerpo
en cuatro tablas desnudas
dormidamente muy serio.

Se me saltaron las lágrimas
del hombre que llevo dentro.
Tiré mi boca a la tierra
para besarle sus muertos.

Y salí a la carretera
cuando llegaba otro entierro.
Lentamente los caballos
tiraban del carro negro.

Pasó la muerte a mi lado.
Iba detrás sólo un perro.
Alguien me dijo al oído:
¡Adiós, amigo, hasta luego!

Y eché adelante mis pasos
pensativo y triste. El viento
despeinaba los cipreses
y a mí me helaba los huesos.

Del libro *Tierra Dormida*
(Requiem por
Manuel Monterrey)

UN POEMARIO DE ANGELES CAIÑAS PONZOA

DESNUDEZ

Angeles es una poetisa cubana que nos confiesa:

**Yo soy una mujer atormentada
por fieros torcedores invisibles,
surgieron para mí los imposibles
en toda empresa que soñé colmada.**

Sin embargo, es una mujer que se defiende contra la tortura de sus "últimas querellas". Y este defendérse lo hace con una gran sensibilidad estética que le da fluidez, musicalidad y ritmo a sus compulsiones inconscientes.

**Y siempre limitada por lo adverso
hallé refugio en la inquietud del verso...**

No cabe duda que todo poeta sufre, pero goza sufriendo, porque crear es eso.

**Crear es padecer. Es la tortura
del espíritu en trance de locura...**

¿Qué sería de esas almas sensibles si no conocieran la frustración, la adversidad, el amor imposible y no supieran sobrellevarlo con estoicidad? Angeles tanto sufre que goza en sufrir.

**Bendigo el sufrimiento que me clava la espina
de no gritar, gozosa, mi amor reconcentrado.**

El amor imposible en el poeta le hace enamorarse de lo divino. Suelen ser sus sentimientos amorosos verdaderos de tipo plátonico, y enamórase pues de lo irreal.

**Estoy enamorada de un lucero.
Inalcanzable gema rutilante,...**

Ante esa imposibilidad de amar lo carnal, lo munido, busca el poeta el rechazo para luego cantarlo y gozarse con él.

**De mí sólo querías la sonrisa,
el cascabel de mi cantar sonoro,...**

Y reconoce su anormalidad porque Angeles es rara como una piedra preciosa cuando reflexiona:

**Alma perdida, nunca recobrada,
vivo, paloma que no orienta vuelo.**

Mas sus versos le van guiando por la senda de su propio conocimiento, porque son la mejor medicina para los males que la afligen. Reconoce:

**sé tras de qué miserias anduve, y en qué vanos
y frágiles pilares quise asentar mi amor.**

Sin embargo, cuando un hombre cruza por su camino, que sufre y se pierde en el laberinto de la adversidad algo dentro de ella se identifica con la desgracia de él. y se compadece.

**Llegabas con angustias en el pecho
y las sienes punzadas por espinos.
A tus fatigas ofrecí los linos
de las sábanas blancas de mi lecho.**

A veces nuestra poetisa se mira en un espejo ajeno pero similar y llora porque se compadece a sí misma.

**Me recitó sus versos en la calma nocturna.
Comprendí su tragedia, me quedé taciturna
y temblaron, dolidos, mi pulso y mis entrañas.**

Sí, Angeles tiene una dolencia interior, algo muy profundo, pero que lo delatan sus versos pues en casi todos ellos corren las palabras: miel, ríos, caudales y aguas cristalinas. "Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces" dice el dicho. ¿Qué nos quiere decir esta elegida de las Musas?

**Hambre de siglos, alimento crudo,
persecución del oro y de su veta, . . .**

¿Por qué reconoce que el poeta es un manipulador de líquidos?

**poeta que condensas y diluyes
jugos de vid para tu sed total.**

¿Por qué tiene el poeta "la voz de leche y sol"?

Nuestra poetisa quizá se está defendiendo contra un secreto interior que suponemos que existe y que la atormenta, provocándole sus versos: protestas del genio. Es significativo que el verso a su madre recalque en el beber las cristalinas aguas.

**... en la serena
calma de aquella casa, que era fuente
de cristalinas aguas, de riqueza;
donde bebi mi néctar de pureza . . .**

Y cuando de Cristo nos reza en su poema RESURRECCION, dramatiza la sed en la cruz.

**¡Sed tengo!, musitaba en agónicos temblores
el Señor Jesucristo con labios entreabiertos.**

Es pues una sed infinita, una insatisfacción por falta del líquido vital, un deseo interior de ser rechazada y al mismo tiempo un darse cuenta que los poetas no son como los demás. lo que nos demuestra Angeles en su lucha titánica por conocerse a fondo.

**Agua de crecidas impetuosas,
agua mansa en las ondas misteriosas
integradas en un solo caudal.
Sois el connubio de la vida mía.
Arrebato en las horas de alegría.
Silencio para el duelo y el puñal.**

MADERERIA

LAS SELVAS, S. A.

MADERAS

TRIPLAY, CELOTEX
FIBRACEL, MASONITE
DUELA PARA PISOS,
CAOBA, CEDRO ROJO,
OCOTE Y PRIMAVERA.

TELS.

22-23-22, 22-10-22 y 22-29-06
EMILIANO ZAPATA 124
MEXICO 1, D. F.

MADERERIA

CARDENAS

M. ALONSO Y CIA.



FERROCARRIL DE CINTURA 209
MEXICO 2, D. F.

TELS.
26-53-16 y 29-12-28